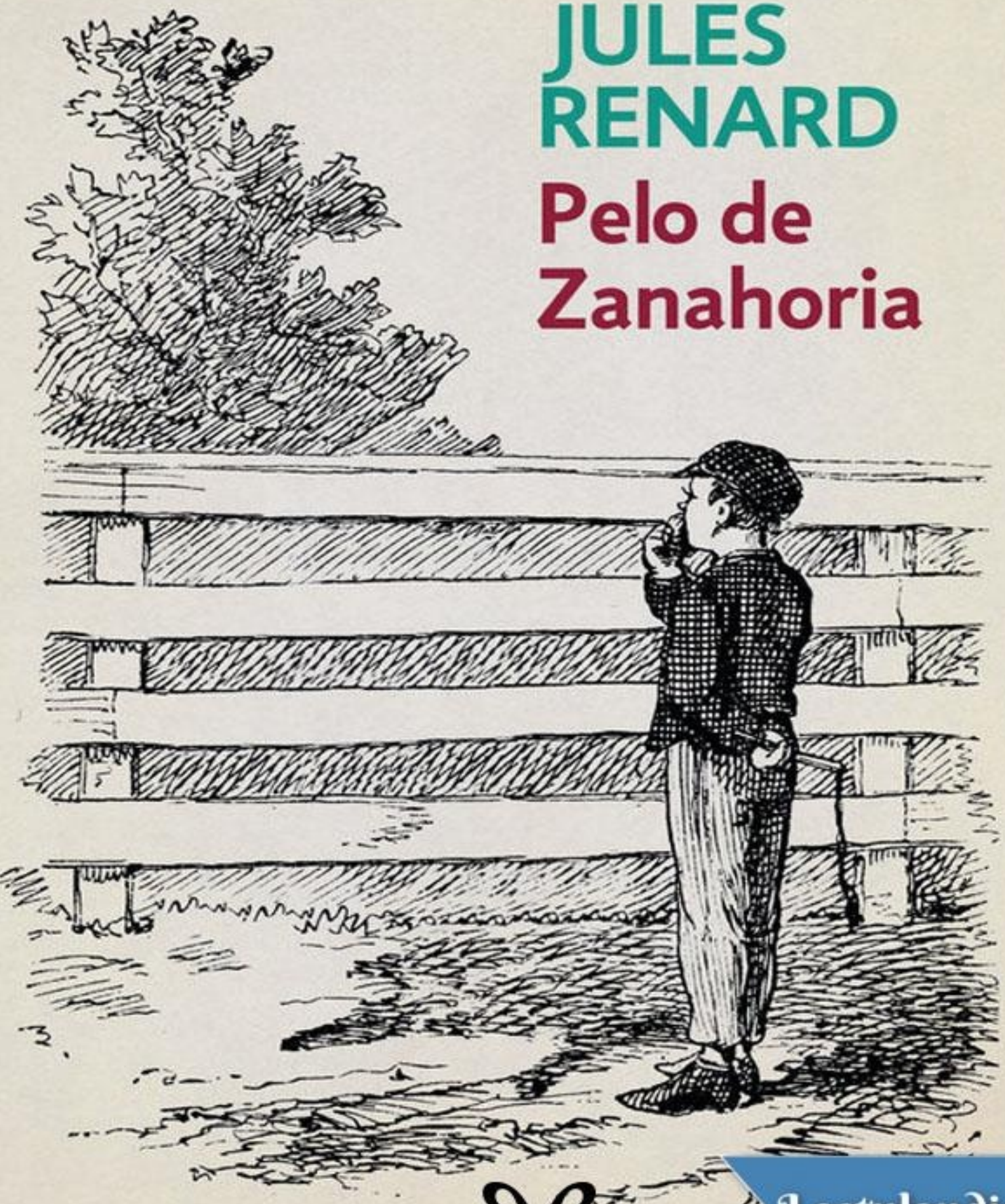
JULES RENARD

Pelo de Zanahoria



Lectulandia

Pelo de zanahoria puede considerarse con toda justicia uno de los clásicos de la narrativa universal. Su lenguaje minucioso y sus bellísimas imágenes retratan de forma indeleble la azarosa vida de un niño que sufre una terrible infancia, pero que sabrá sobreponerse a las adversidades y hallar su lugar en el mundo. La presente versión, prologada y traducida por Ana María Moix, recupera toda la frescura y la fuerza narrativa de esta deliciosa y turba.

Lectulandia

Jules Renard

Pelo de zanahoria

ePub r1.0
Titivillus 01.05.17

Título original: *Poil de Carotte*
Jules Renard, 1894
Traducción: Ana María Moix

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Fantec y Baïe

Prólogo

Pelo de Zanahoria se publicó en 1894, cuando su autor, Jules Renard, contaba treinta años de edad, estaba casado, tenía dos hijos y gozaba de cierta reputación como escritor. En aquel entonces Renard ya había publicado una selección de relatos (*Crime de village*) y una novela (*L'Ecornifleur*); era amigo de Sarah Bernhardt, del actor Lucien Guitry, de Marcel Schwob, de Toulouse-Lautrec, de Paul Valéry, de Paul Claudel, de Auguste Rodin… Había fundado *Le Mercure de France*, colaboraba en *La Plume*, y en *La Revue Blanche*. Era, en fin, un autor reconocido dentro de los ambientes culturales parisinos, un escritor que había superado los duros inicios dentro de la vida bohemia (que aborrecía) de París, donde había llegado procedente de la Francia central —nació en Chalons-sur-Mayenne, en febrero de 1864—, y se hallaba en la plenitud de su capacidad creativa.

No obstante, aquel hombre sombrío, más bien misántropo, reservado, irónico y mordaz —de una mordacidad cuyo terrible alcance no se revelaría por completo hasta la publicación póstuma de su *Diario (1887-1910)*— seguía viviendo dominado por una herida que no habría de superar nunca: la infancia. Más concretamente, la vida familiar y la relación con su madre.

De hecho, *Pelo de Zanahoria*, sin duda la obra más famosa de Jules Renard, la que más se ha editado y reeditado en todo el mundo, gira en torno a un problema esencial: las relaciones familiares. Mejor dicho, la complejidad de las relaciones familiares. Una complejidad que, en ocasiones, puede dar pie a situaciones cómicas, y, en otras, a malentendidos y sinsabores susceptibles de durar toda una vida. Y ese fue el caso de Jules Renard.

Nacido en un ambiente rural, en el seno de una familia acomodada, el conflicto vivido en la infancia a raíz de las relaciones con sus padres y sus dos hermanos se convertiría en una obsesión que marcaría su obra literaria (*Les Cloportes, Sourires pincés, La Bigote* y, sobre todo, *Pelo de Zanahoria*) y también su vida íntima, su vida interior, la que configuraría al hombre moralista, reconcentrado, autocrítico hasta la exageración, y, a la vez, inmaduro hasta el extremo de no conseguir «perdonar» a la persona que, según él, había arruinado su vida de niño y de adulto: su madre.

Se ha vertido mucha tinta en torno a la cuestión de si *Pelo de Zanahoria* es una obra para el público infantil o, por el contrario, es una obra de la que hay que defender al lector infantil. El personaje de la señora Lepic, la madre de Pelo de Zanahoria, es juzgado por el lector de hoy como un monstruo de crueldad, como una mujer autoritaria, arbitraria, que disfruta torturando a su hijo menor, ese Pelo de Zanahoria a quien se empeña en inculcar el sentido de obediencia, pulcritud, honestidad y demás valores que regían la educación de todo hijo de vecino, tanto en las familias como en los colegios hasta hace bien poco tiempo.

El talante de esa madre autoritaria, más los sinsabores de Pelo de Zanahoria debidos a la convivencia con ella, han hecho que los padres y los pedagogos de hoy

consideren esta novela como un libro no apto para la sensibilidad del lector infantil. Se trata de un juicio del que me permito discrepar si matizamos la edad de ese lector infantil. Por supuesto, no es un libro para lectores de siete u ocho años; pero sí para lectores de once o doce años en adelante, es decir, para lectores de la edad de Pelo de Zanahoria en adelante, quienes, a buen seguro, se sentirían reconfortados viviendo sobre el papel muchas de las experiencias de las que ellos mismos son protagonistas en la vida real, aunque en un medio y en una época completamente diferentes a las descritas por Jules Renard.

Los problemas de Pelo de Zanahoria son universales, trascienden medios sociales y culturas. El dilema que le crea, por ejemplo, no saber por qué en lugar de echarse al cuello de su padre al volver del colegio y darle un beso, que es lo que desea, se queda rígido y sin saber qué decirle, es idéntico para todo adolescente, ya viva en una aldea de montaña o en una populosa ciudad; el rencor que siente Pelo de Zanahoria por el hecho de que sea su hermano quien presuma de haberse cobrado una pieza de caza que, en realidad, se ha cobrado él, es un sentimiento común en las relaciones entre hermanos desde que el mundo es mundo; el deseo de Pelo de Zanahoria de separarse de su madre, de elegir una vida que se desarrolle lejos de su presencia autoritaria, es una quimera que ha anidado siempre en el ánimo de los adolescentes. ¿Qué hay, pues, de condenable en la lectura de este libro por parte de un público juvenil? ¿Quién, en plena adolescencia, no desea liberarse del padre o de la madre?

Curioso que, actualmente, se considere la lectura de *Pelo de Zanahoria* como una agresión a la sensibilidad adolescente. Por una parte, se pretende proteger a las criaturas de un personaje como la señora Lepic (quien, al fin y al cabo, preside un hogar donde —a diferencia de los actuales— los padres comen, cenan e incluso hablan con sus hijos) pero, por otra, se les deja solos durante horas y horas delante de un televisor a través del que entran en contacto con guerras, injusticias, miserias y toda clase de actos violentos, sin que ninguna voz adulta les explique las razones o sinrazones de lo que están viendo.

Con eso no estamos diciendo que la señora Lepic sea una madre ideal. Pero ¿cómo sería una madre ideal a ojos de un muchacho de la edad de Pelo de Zanahoria? A juzgar por los reproches con que Jules Renard acuchilla la figura materna, la madre ideal para Pelo de Zanahoria sería lo contrario de la señora Lepic, es decir, una mujer exenta de autoridad. O lo que equivale a lo mismo: una madre como la mayoría de madres, y padres, de hoy en día: seres adultos que han renunciado a ejercer cualquier tipo de autoridad frente a sus hijos, y que por lo tanto han renunciado a su papel de educadores, de transmisores de valores, de formadores de hijos destinados a convertirse en futuras personas.

La palabra autoridad es un término con el que la gente hoy cincuentona se siente terriblemente incómoda. Pertenecientes a una generación que protagonizó una suerte de rebelión —sin duda necesaria— contra sus mayores, y que vivió el dulce sueño de un mundo habitado por una humanidad capaz de transitar sobre esta tierra sin

necesidad de doblegarse al dictado de nadie, los padres de este inicio de siglo no han querido encarnar el papel, a su juicio represor, de los padres de antaño, y se encuentran frente a sus hijos sin saber en realidad cómo tratarles. Incómodos en su papel de padres, a la que se descuidan encarnan el papel de hijos frente a sus propios hijos, intentando lo imposible: que sean estos quienes les dicten un código que rija sus relaciones. El resultado es el desastre de la educación actual. No me refiero a la educación en el sentido académico (desastrosa también, pero no motivo de estas líneas), sino simplemente humano. Los mayores estamos hoy «criando» una población infantil destinada a convertirse en población adulta inepta para la vida. Digo «criando», no «educando». Criar es fácil, al menos en buena parte de Occidente, pues aquí tenemos la suerte de poder alimentar —y sobrealimentar—, cuidar sanitariamente, sobrevitaminar, sobreabrigar en invierno y sobrerefrigerar en verano a vuestros vástagos. Pero educar, es decir, dar normas de comportamiento, es otra cosa. Me refiero a las normas de comportamiento (no de higiene, ni de educación social) encaminadas a enseñar a vivir y, sobre todo, a convivir con los demás, esa aventura para la que nadie nace preparado y que tanta paciencia, dedicación y autoridad requiere.

No seré yo quien decida si los adolescentes pueden o no leer *Pelo de Zanahoria*. Pero es indudable que los adultos sí deben leer esta historia. No para imitar a la señora Lepic, por supuesto, sino para comprender qué es un adolescente, qué necesita y qué le perjudica.

La señora Lepic grita mucho, demasiado, y pretende ejercer un tipo de autoridad que resulta estéril. La prueba es que no enseña, no enseñó a vivir a Jules Renard-Pelo de Zanahoria. No le enseñó a vivir, ya que convirtió a su hijo menor en un hombre que hasta el final de sus días no fue capaz de perdonarla. Nuestro autor murió, al parecer, odiando a su madre, y ese odio nos muestra que fue incapaz de preguntarse no tanto por qué aquella mujer era tan odiosa sino por qué era tan infeliz.

Hay un pasaje magistral en este libro, casi al final, en el que Pelo de Zanahoria expone a su padre, el señor Lepic, su necesidad de vivir separado de la madre porque, dice, ha comprendido que «ya no la quiere», confesión a la que el padre responde con un irreprimible: «¿Y yo? ¿crees que yo la quiero?». He aquí un instante magnífico, aunque terrible, que sirve de clausura a la novela. Pelo de Zanahoria, rebosante de infelicidad, ha comprendido la infelicidad de su padre. Y es que crecer, al fin y al cabo, consiste simplemente en eso: en aprender a convivir con la infelicidad ajena.

ANA MARÍA MOIX

Las gallinas

—Apostaría cualquier cosa —dice la señora Lepic— a que Honorine se ha vuelto a olvidar de encerrar a las gallinas.

Es verdad. Se puede comprobar a través de la ventana. Allá, al fondo del gran patio, en la oscuridad de la noche se recorta el cuadrado negro de la puerta abierta del corral de las gallinas.

—Félix, ¿y si fueras tú a encerrarlas? —pregunta la señora Lepic al mayor de sus tres hijos.

—Yo no estoy aquí para ocuparme de las gallinas —responde Félix, un chico pálido, indolente y cobardica.

—¿Y tú, Ernestine?

—¡Oh, mamá, pasaría mucho miedo!

Félix, el hermano mayor, y Ernestine, la hermana, apenas levantan la cabeza para responder. Leen, con mucho interés, con los codos encima de la mesa. Sus frentes casi se tocan.

—¡Dios mío, qué tonta soy! —dice la señora Lepic—. No se me había ocurrido. ¡Pelo de Zanahoria, ve a encerrar a las gallinas!

La señora Lepic da ese nombre cariñoso a su hijo menor porque tiene el pelo rojo y la piel pecosa. Pelo de Zanahoria, que juega a nada concreto debajo de la mesa, se levanta y dice tímidamente:

—Yo también tengo miedo.

—¿Cómo? —exclama la señora Lepic—. ¡Un chico tan mayor como tú! Da risa. ¡Date prisa, por favor!

—Le conocemos de sobra; es muy valiente, no tiene miedo ni de su propia sombra —dice Ernestine, la hermana.

—No teme a nada ni a nadie —afirma Félix, el hermano mayor.

Tales halagos enorgullecen a Pelo de Zanahoria, que, avergonzado por ser indigno de ellos, lucha contra su cobardía. Para acabar de envalentonarle, su madre le promete una bofetada.

—Al menos, alumbradme —dice el niño.

La señora Lepic se encoge de hombros, Félix sonríe con desdén. Solo Ernestine se apiada, coge una vela y acompaña al hermano menor hasta el final del pasillo.

—Te esperaré aquí —dice.

Sin embargo, huye enseguida, aterrorizada, cuando un fuerte golpe de viento hace oscilar la llama de la vela y la apaga.

Pelo de Zanahoria, con las nalgas prietas y los talones bien pegados al suelo, empieza a temblar en la oscuridad. Es tan densa que cree haberse vuelto ciego. Una ráfaga de viento lo envuelve, como una sábana helada, para llevárselo. ¿Acaso no son zorros, incluso lobos, los que le soplan en los dedos y en la mejilla? Dadas las circunstancias, lo mejor es precipitarse hacia las gallinas, con la cabeza por delante,

para agujerear la sombra. A tientas, coge el gancho de la puerta. Al ruido de sus pasos, las asustadas gallinas se agitan cloqueando sobre sus perchas. Pelo de Zanahoria les grita:

—¡Callad, soy yo!

Cierra la puerta y huye, como si tuviera alas en lugar de piernas y brazos. Cuando regresa, jadeante, orgulloso de sí mismo, al calor y a la luz, tiene la sensación de haber sustituido sus harapos, pesados por el barro y la lluvia, por un traje nuevo y ligero. Sonríe, se yergue, lleno de orgullo, aguarda las felicitaciones y, ya fuera de peligro, busca en el rostro de sus familiares la huella de la inquietud que han debido de sufrir.

Sin embargo, Félix, el hermano mayor, y Ernestine, la hermana, siguen leyendo tranquilamente, y la señora Lepic le dice, con su tono de voz habitual:

—Pelo de Zanahoria, irás a encerrarlas todas las noches.



Las perdices

Como de costumbre, el señor Lepic vacía su morral encima de la mesa. Contiene dos perdices. Félix, el hermano mayor, las anota en una pizarra colgada en la pared. Es su cometido. Cada niño tiene el suyo. Ernestine, la hermana, despelleja y despluma las piezas de caza. En cuanto a Pelo de Zanahoria, está especialmente encargado de rematar las piezas heridas. Debe tal privilegio a la de sobra conocida dureza de su seco corazón.

Las dos perdices se agitan, mueven el pescuezo.

SEÑORA LEPIC

¿A qué esperas para matarlas?

PELO DE ZANAHORIA

Me gustaría mucho anotarlas en la pizarra, mamá.

SEÑORA LEPIC

La pizarra está demasiado alta para ti.

PELO DE ZANAHORIA

Entonces, me gustaría mucho desplumarlas.

SEÑORA LEPIC

No es tarea de hombres.

Pelo de Zanahoria coge las dos perdices. Amablemente le dan las indicaciones de costumbre:

—Apriétalas con fuerza, ya sabes cómo, por el pescuezo, a contrapluma.

Con una pieza en cada mano detrás de la espalda, inicia su cometido.

SEÑOR LEPIC

¡Dos a la vez! ¿Qué haces, bribón?

PELO DE ZANAHORIA

Es para ir más deprisa.

SEÑORA LEPIC

No te hagas el melindroso; en el fondo, saboreas tu placer.

Las perdices se defienden, convulsas, y, batiendo las alas, esparcen sus plumas. No querrían morir. Le resultaría más fácil estrangular a un amigo, con una sola mano. Se las coloca entre las rodillas para mantenerlas bien sujetas y, ora rojo, ora blanco, bañado en sudor, la cabeza en alto para no ver nada, aprieta más fuerte.

Los animales se entercan.

Dominado por el furioso deseo de acabar de una vez, las coge por las patas y les golpea la cabeza con la punta de los zapatos.

—¡Es un verdugo! ¡Es un verdugo! —exclaman Félix, el hermano mayor, y Ernestine, la hermana.

—La verdad es que va mejorando —observa la señora Lepic—. ¡Pobres animales! Por nada del mundo quisiera estar en su lugar, entre las garras de Pelo de Zanahoria.

El señor Lepic, a pesar de ser un viejo cazador, sale de la estancia, asqueado.

—¡Ya está! —dice Pelo de Zanahoria, arrojando las perdices muertas encima de la mesa.

La señora Lepic les da la vuelta una y otra vez. De los pequeños cráneos rotos mana sangre y asoma un trozo de seso.

—Ya es hora de arrancárselas de las manos. ¿Quieres emporcarlo todo más?

Félix, el hermano mayor, dice:

—Hay que reconocer que no las ha liquidado tan bien como otras veces.

Es el perro

El señor Lepic y Ernestine, la hermana, leen acodados bajo la lámpara; uno, el periódico, la otra, el libro de premio. La señora Lepic hace calceta, Félix, el hermano mayor, se calienta las piernas al fuego del hogar y Pelo de Zanahoria, en el suelo, recuerda.

De repente Pyrame, que duerme debajo del felpudo, lanza un gruñido sordo.

—¡Chist! —dice el señor Lepic.

Pyrame gruñe más fuerte.

—¡Imbécil! —dice la señora Lepic.

Sin embargo, Pyrame ladra con tal ímpetu que todos se sobresaltan. La señora Lepic se lleva la mano al corazón. El señor Lepic mira al perro de reojo, con los dientes apretados. Félix, el hermano mayor, blasfema, y luego todos se enfadan.

—¿Quieres callarte, perro de mierda? ¡Cállate, pedazo de imbécil!

Pyrame insiste. La señora Lepic le propina una manotada. El señor Lepic le da con el periódico y, a continuación, con el pie. Pyrame aúlla, echado, con la nariz pegada al suelo por miedo a los golpes y, diríase que rabioso, con el hocico contra el felpudo, su voz se hace añicos.

La cólera ahoga a los Lepic. De pie, se encarnizan contra el perro, que, echado, les planta cara.

Los cristales rechinan, el tubo de la estufa temblequea y Ernestine, la hermana, gime como un cachorro.

Pelo de Zanahoria, sin que se lo ordenen, va a ver qué ocurre. Acaso un vagabundo rezagado pase tranquilamente por la calle, a menos que esté escalando el muro del jardín para robar.

Pelo de Zanahoria avanza por el largo pasillo oscuro con los brazos extendidos hacia la puerta. Encuentra el cerrojo y lo descorre haciendo ruido, pero no abre la puerta.

Antes se exponía, salía y, silbando, cantando y pataleando, hacía esfuerzos para asustar al enemigo.

Hoy farolea.

Mientras sus padres se imaginan que registra valientemente los rincones y da la vuelta a la casa como un fiel guardián, les engaña y permanece pegado detrás de la puerta. Algún día le pillarán; pero hace tiempo que el engaño funciona.

Lo único que le da miedo es estornudar o toser. Contiene la respiración y, si alza la mirada, a través de una ventana que hay encima de la puerta ve tres o cuatro estrellas cuya centelleante pureza le sobrecoge.

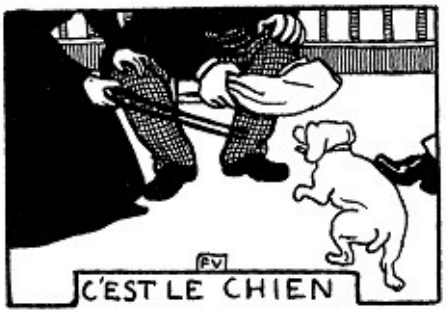
Sin embargo, ha llegado el momento de regresar. No hay que alargar el juego excesivamente. Levantaría sospechas.

Con sus frágiles manos vuelve a mover el pesado cerrojo, que rechina en las armellas oxidadas, y lo empuja estruendosamente con todas sus fuerzas. Con tanto

ruido, ¿quién dudaría que viene de lejos y ha cumplido con su deber? Con un cosquilleo recorriéndole la espalda, se apresura a tranquilizar a su familia.

Durante su ausencia Pyrame, como la última vez, se ha callado; los Lepic, ya calmados, han recobrado sus sitios respectivos, inamovibles, y, aunque nada le preguntan, Pelo de Zanahoria, por costumbre, dice:

—Era el perro, que soñaba.



La pesadilla

A Pelo de Zanahoria no le gustan los amigos de la casa. Le molestan, le quitan la cama y lo obligan a dormir con su madre. Y si de día tiene todos los defectos, por la noche tiene sobre todo el de roncar. No hay duda de que ronca adrede.

En la habitación grande, glacial incluso en agosto, hay dos camas. Una es la del señor Lepic, y en la otra Pelo de Zanahoria dormirá con su madre, en el rincón.

Antes de dormirse tosiquea bajo la sábana para aclararse la garganta. Pero ¿y si ronca por la nariz? Hay que expulsar el aire, despacio, por los orificios nasales para asegurarse de que no están obstruidos. Intenta no respirar demasiado fuerte.

Pero, en cuanto se duerme, empieza a roncar. Es como una obsesión.

La señora Lepic enseguida le clava un par de uñas en la parte más rolliza de una nalga, hasta hacerle sangre. Ha optado por este recurso.

El grito de Pelo de Zanahoria despierta bruscamente al señor Lepic, que pregunta:

—¿Qué te pasa?

—Tiene una pesadilla —responde la señora Lepic.

Y, como una nodriza, entona una nana que parece india.

Pelo de Zanahoria vuelve a dormirse al lado de su madre, en un rincón de la cama, con la frente y las rodillas pegadas a la pared, como si pretendiera derribarla, con las manos en las nalgas para detener el pellizco que le propinará al primer asomo de las vibraciones sonoras.

Con su permiso

¿Podemos, debemos decirlo? Pelo de Zanahoria, a la edad en que otros comulgan, blancos física y espiritualmente, sigue ensuciándose encima. Una noche, esperó demasiado, sin atreverse a pedirlo.

En medio de retortijones cada vez más intensos, esperaba calmar su malestar.

¡Vaya esperanza!

Otra noche, sueña que se encuentra cómodamente instalado contra un muro, en un lugar apartado, y se lo hace entre las sábanas, con toda inocencia, completamente dormido. Se despierta.

¡A su lado no hay más muro que su sorpresa!

La señora Lepic se guarda bien de enfurecerse. Tranquila, indulgente, maternal, lo limpia todo. E incluso a la mañana siguiente Pelo de Zanahoria, como un niño mimado, desayuna antes de levantarse.

Sí, le sirven la sopa en la cama, una sopa hecha con esmero, en la que la señora Lepic, con un utensilio de madera, ha desleído un poco, ¡oh!, muy poco de algo.

Félix, el hermano mayor, y Ernestine, la hermana, en la cabecera de la cama, observan a Pelo de Zanahoria con expresión burlona, dispuestos a prorrumpir en carcajadas a la primera señal. La señora Lepic, a cucharaditas, da de comer a su hijo. Con el rabillo del ojo parece decir a Félix, el hermano mayor, y a Ernestine, la hermana:

—¡Atención! ¡Listos!

—Sí, mamá.

Se divierten de antemano con las futuras muecas. Deberían haber invitado a algunos vecinos. Por fin la señora Lepic, con una última mirada a los hijos mayores, como preguntándoles: «¿Preparados?», levanta lenta, lentamente la última cucharada, la introduce en la boca abierta de Pelo de Zanahoria, se la hunde hasta la garganta, lo empapuza, lo atiborra y, a la vez bromista y asqueada, le dice:

—¡Ah, marranete! Te la has comido, te la has comido, y de la tuya otra vez, de la de ayer.

—Me lo temía —dice simplemente Pelo de Zanahoria, sin hacer las muecas que los demás esperaban.

Se acostumbra y, cuando uno se acostumbra a algo, acaba por no verle la gracia.

El orinal

I

Como ya ha sufrido más de un percance en la cama, Pelo de Zanahoria se cuida bien de tomar sus precauciones cada noche. En verano es fácil. A las nueve, cuando la señora Lepic le manda acostarse, Pelo de Zanahoria sale a dar una vuelta y pasa una noche tranquila.

En invierno el paseo se convierte en un fastidio. Aunque al caer la noche, y una vez que ha encerrado las gallinas, tome una primera precaución, no puede hacerse ilusiones pensando que esto bastará hasta la mañana siguiente. Cenan, hacen sobremesa, dan las nueve, hace rato que es de noche y la noche aún durará una eternidad. Es necesario que Pelo de Zanahoria tome una segunda precaución. Y esta noche, como todas, se pregunta: ¿Tengo ganas? ¿No tengo ganas?

Por lo general se responde «sí», ya sea porque, sinceramente, no puede esperar, ya sea porque la luna lo envalentona con su brillo. Algunas veces, el señor Lepic y Félix, el hermano mayor, le dan ejemplo. Por otra parte, la necesidad no siempre lo obliga a alejarse de la casa, hasta la zanja de la calle, casi en pleno campo. Lo más frecuente es que se quede debajo de la escalera. Depende.

Sin embargo, esta noche la lluvia acribilla los cristales, el viento ha apagado las estrellas y los nogales rabian en los prados.

La cosa va bien, concluye Pelo de Zanahoria tras deliberar concienzudamente consigo mismo; no tengo ganas.

Desea las buenas noches a toda la familia, prende una vela y llega al fondo del pasillo, a la derecha, a su dormitorio desnudo y solitario. Se desviste, se acuesta y espera la visita de la señora Lepic. La madre lo arropa con brusquedad y apaga la vela. Le deja la vela, pero no le deja ni una cerilla, y cierra la puerta con llave porque es miedoso. Al principio Pelo de Zanahoria saborea el placer de estar solo. Se complace pensando en la oscuridad. Repasa mentalmente su jornada, se felicita por haberse librado de una buena y cuenta con que mañana tendrá la misma suerte. Concibe la esperanza de que la señora Lepic no repare en él durante un par de días seguidos e intenta dormirse con semejante fantasía.

Apenas ha cerrado los ojos cuando experimenta un malestar conocido.

Era inevitable, se dice Pelo de Zanahoria.

Otro se levantaría, pero él sabe que debajo de la cama no hay orinal. Aunque la señora Lepic se empeñe en jurar lo contrario, siempre se olvida de ponerlo. Por otra parte, ¿para qué sirve el orinal, si Pelo de Zanahoria toma sus precauciones?

Y Pelo de Zanahoria reflexiona en lugar de levantarse.

Tendré que ceder tarde o temprano, se dice. Cuanto más aguante, más acumularé. Pero si hago pipí enseguida, haré poco y, con el calor de mi cuerpo, las sábanas tendrán tiempo de secarse. Sé por experiencia que mamá no notará nada.

Pelo de Zanahoria se tranquiliza, vuelve a cerrar los ojos, sintiéndose fuera de peligro, y se sumerge en el sueño.

II

De repente despierta y oye el ruidillo de su vientre.

—¡Oh, no! —dice—. ¡Esto se pone feo!

Hace unos instantes se creía a salvo. ¡Era demasiada suerte! Anoche, pecó de perezoso. Su verdadero castigo se acerca.

Se sienta en la cama e intenta reflexionar. La puerta está cerrada con llave. La ventana tiene barrotes. Imposible salir.

Sin embargo, se levanta y tantea la puerta y los barrotes de la ventana. Se arrastra por el suelo y sus manos reman debajo de la cama en busca de un orinal que sabe ausente.

Se acuesta y vuelve a levantarse. Prefiere moverse, caminar y patalear a dormir, y con ambos puños se comprime el vientre, que se le dilata.

—¡Mamá, mamá! —exclama con voz débil, temeroso de ser oído, pues si la señora Lepic apareciese ahora, Pelo de Zanahoria, todavía limpio, daría la impresión de burlarse de ella. Lo único que quiere es poder decir mañana, sin mentir, que la llamó.

Pero ¿cómo podría gritar? Emplea todas sus fuerzas en retrasar el desastre.

Un dolor intensísimo pone enseguida en danza a Pelo de Zanahoria. Se golpea contra la pared y rebota. Se golpea contra el hierro de la cama. Se golpea contra la silla, contra la chimenea, cuya tapa levanta violentamente, y se arroja entre los morillos, torcido, vencido, dichoso de una felicidad absoluta.

La oscuridad del dormitorio se hace más densa.

III

Pelo de Zanahoria no se duerme hasta el amanecer, y se le pegan las sábanas. La señora Lepic empuja la puerta y hace muecas, como si se sorbiera los mocos.

—¡Qué olor más raro! —dice.

—Buenos días, mamá —saluda Pelo de Zanahoria.

La señora Lepic quita las sábanas de la cama, olisquea por los rincones de la habitación y no tarda mucho en verlo.

—Me encontraba mal y no había orinal —se apresura a decir Pelo de Zanahoria, convencido de que dicha excusa es su mejor defensa.

—¡Mentiroso! ¡Mentiroso! —exclama la señora Lepic.

Sale del dormitorio, regresa con un orinal medio oculto y lo desliza rápidamente debajo de la cama. Se coloca junto a Pelo de Zanahoria, que ya se ha levantado, amotina a toda la familia y grita:

—¿Qué he hecho yo para tener un hijo como este?

Coge trapos, trae un cubo de agua, inunda la chimenea como si intentara apagar el fuego y, afanada y quejumbrosa, sacude las ropas de cama y pide ¡aire!, ¡aire!

Y gesticula en las narices de Pelo de Zanahoria.

—¡Miserable! ¡Has perdido el magín! ¡Estás por civilizar! ¡Vives como los animales! Si le dieran un orinal a un animal, atinaría a usarlo. En cambio, a ti no se te ocurre otra cosa que revolcarte en las chimeneas. ¡Dios es testigo de que me haces bailar la cabeza! ¡Moriré loca, loca, loca!

Pelo de Zanahoria, en camisón y descalzo, contempla el orinal. Por la noche no había orinal, y ahora hay uno allí, al pie de la cama. El orinal vacío y blanco lo ciega y si él siguiera obstinado en no ver nada, sería tener mucha cara.

Y, como su desolada familia, los vecinos que desfilan, guasones, y el cartero que acaba de llegar le dan la tabarra y le hacen preguntas, Pelo de Zanahoria contesta, con la mirada clavada en el orinal:

—¡Palabra de honor! No sabía nada de nada. ¡Que ustedes se las compongan!



Los conejos

—No queda melón para ti —dice la señora Lepic—. Además, eres como yo: no te gusta.

Pues qué bien, piensa Pelo de Zanahoria.

Así le imponen sus gustos y sus aversiones. En principio, a él debe gustarle únicamente lo que le gusta a su madre. Cuando llega el queso, la señora Lepic dice:

—Estoy segura de que Pelo de Zanahoria no lo comerá.

Y Pelo de Zanahoria piensa: Está tan segura que no vale la pena probarlo.

Además, sabe que resultaría peligroso.

¿Y, acaso no tiene oportunidad de satisfacer sus extraños caprichos en lugares que solo él conoce? A los postres, la señora Lepic le dice:

—Ve a darles estas tajadas de melón a tus conejos.

Pelo de Zanahoria cumple su cometido muy despacio, sosteniendo el plato en posición horizontal para no verter nada.

Cuando entra en el corral, los conejos, despeinados como gamberretes, las orejas juntas, la nariz olisqueando el aire y las patas delanteras tiesas y en alto como si fueran a tocar el tambor, lo rodean festejando su llegada.

—¡Oh!, un momento —dice Pelo de Zanahoria—, esperad, por favor, repartámoslo.

Sentándose sobre un montón de cagarrutas, de hierbajos roídos hasta la raíz, de tronchos de coles y de hojas de malva, les da las pepitas del melón y se bebe el jugo: es dulce, como el vino dulce.

A continuación rae con los dientes lo que su familia ha dejado en las tajadas amarillas y azucaradas, todo lo que aún puede licuarse, y da la parte verde a los conejos, sentados alrededor de él sobre las patas traseras.

La puerta del corral está cerrada.

El sol de la hora de la siesta atraviesa los agujeros de las tejas y templa la punta de sus rayos en la sombra fresca.

El azadón

Félix, el hermano mayor, y Pelo de Zanahoria trabajan codo con codo. Cada cual tiene su azadón. El de Félix, el hermano mayor, está hecho a medida, en el taller del herrero, con hierro. Pelo de Zanahoria se ha fabricado el suyo él solo, con madera. Trabajan en el huerto, se emplean a fondo y rivalizan en ahínco. De repente, en el momento más inesperado (siempre es en ese preciso momento cuando ocurren las desgracias), Pelo de Zanahoria recibe un golpe de azadón en la frente.

Al cabo de unos instantes hay que llevar en brazos y acostar en la cama, con cuidado, a Félix, el hermano mayor, que se ha mareado al ver la sangre de su hermano menor. Toda la familia está ahí, en pie, de puntillas, y suspira aprensiva.

—¿Dónde están las sales?

—Un poco de agua fría, por favor, para mojarle las sienes.

Pelo de Zanahoria se sube a una silla para ver algo por encima de los hombros de los demás, entre las cabezas.

Lleva la frente vendada con un trapo ya teñido de rojo, que rezuma y se empapa de sangre.

El señor Lepic le dice:

—Te han arreado de lo lindo, ¿eh?

Y Ernestine, la hermana, que le ha vendado la herida, explica:

—Entró como una seda…

Pelo de Zanahoria no ha llorado, porque ya ha aprendido que no sirve de nada.

Félix, el hermano mayor, abre un ojo y, a continuación, el otro. El miedo se ha esfumado y, como su tez recobra el color, la inquietud y el temor se extinguen en los corazones de la familia.

—¡Siempre igual! —exclama la señora Lepic dirigiéndose a Pelo de Zanahoria—. ¿No puedes ir con más cuidado, pedazo de idiota?

La carabina

El señor Lepic dice a sus hijos:

—Con una carabina para los dos es suficiente. Dos hermanos que se quieren lo comparten todo.

—Sí, papá —dice Félix, el hermano mayor—. La compartiremos. Incluso bastará con que Pelo de Zanahoria me la preste de vez en cuando.

Pelo de Zanahoria no dice ni sí ni no; desconfía.

El señor Lepic saca la carabina de su funda verde y pregunta:

—¿Quién de los dos la llevará primero? Creo que le corresponde al mayor.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

Cedo el honor a Pelo de Zanahoria. Que sea él el primero.

SEÑOR LEPIC

Félix, esta mañana te portas muy bien. Lo tendré en cuenta.

El señor Lepic coloca la carabina en el hombro de Pelo de Zanahoria.

SEÑOR LEPIC

Vamos, chicos; divertíos sin pelear.

PELO DE ZANAHORIA

¿Nos llevamos al perro?

SEÑOR LEPIC

No serviría de nada. Vosotros mismos haréis de perro, por turnos. Además, los cazadores como vosotros no hieren: matan de un tiro.

Pelo de Zanahoria y Félix, el hermano mayor, se alejan. Sus vestimentas sencillas son las que usan a diario. Lamentan no llevar botas, pero el señor Lepic suele decirles que los auténticos cazadores las desdeñan. El auténtico cazador arrastra su pantalón. Nunca se lo remanga. Así avanza por el lodo, por las tierras aradas, y los bajos del pantalón pronto se le convierten en botas que le llegan hasta las rodillas, unas botas sólidas, naturales, que la criada tiene órdenes de respetar.

—Seguro que no vuelves con las manos vacías —comenta Félix, el hermano mayor.

—Eso espero —dice Pelo de Zanahoria.

Siente una comezón en el hombro y renuncia a apoyar en él la culata del arma de fuego.

—Te la dejo llevar hasta que te hartes —dice Félix, el hermano mayor.

—Eres mi hermano —dice Pelo de Zanahoria.

Cuando una bandada de gorriones alza el vuelo, Pelo de Zanahoria se detiene y, con un gesto, indica a Félix, el hermano mayor, que no se mueva. La bandada pasa de un seto a otro. Encorvados, los dos cazadores se acercan sin hacer ruido, como si los pajarillos estuvieran durmiendo. Estos no se quedan quietos y, piando, van a posarse a otro lugar. Los dos cazadores se yerguen; Félix, el hermano mayor, lanza improperios. Pelo de Zanahoria, pese a latirle el corazón, parece menos nervioso. Teme el momento en que deberá probar puntería. ¡Ay, si falla! Cada minuto que gana es un consuelo. Pero, esta vez, los gorriones parecen esperarlo.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

No dispares, estás demasiado lejos.

PELO DE ZANAHORIA

¿Tú crees?

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

¡Naturalmente! Estar agachado engaña. Uno cree que está encima de la presa y, en realidad, está muy lejos.

Félix, el hermano mayor, sale de su escondite para demostrar que tiene razón. Los gorriones, asustados, emprenden el vuelo.

Sin embargo, queda uno, en el extremo de una rama, que se dobla y lo mece. Menea la cola, mueve la cabeza, ofrece su vientre.

PELO DE ZANAHORIA

Puedo darle, estoy seguro.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

¡Quita, quítate de ahí! Sí, es verdad, lo tienes a tiro. Rápido, dame la carabina.

Pelo de Zanahoria, desarmado, con las manos vacías, bosteza; en su lugar, junto a él, Félix, el hermano mayor, se apoya la carabina en el hombro, apunta, dispara y el gorrión cae.

Es como un juego de magia. Hasta hace un momento Pelo de Zanahoria apretaba la carabina contra su corazón. De repente la ha perdido, y ahora la recupera, pues Félix, el hermano mayor, acaba de devolvérsela y luego, haciendo el perro, corre a recoger el gorrión y dice:

—Te entretienes demasiado; tienes que ser más rápido.

PELO DE ZANAHORIA

Muchísimo más.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

Te has picado.

PELO DE ZANAHORIA

¡Vaya! ¿Quieres que cante?

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

Tenemos el gorrión, ¿de qué te quejas? Imagínate que lo hubiéramos dejado escapar.

PELO DE ZANAHORIA

Yo…

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

Tú o yo, lo mismo da. Hoy lo he matado yo; mañana lo matarás tú.

PELO DE ZANAHORIA

Bueno, mañana.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

Te lo prometo.

PELO DE ZANAHORIA

¡Ya lo sé! Me lo prometes, como siempre.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

Te lo juro. ¿Estás contento?

PELO DE ZANAHORIA

¡De acuerdo…! Pero, si ahora buscáramos otro gorrión, podría probar yo la carabina.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

No, es demasiado tarde. Regresemos para que mamá lo cocine. Te lo doy. Métetelo en el bolsillo, tontorrón, y déjalo con el pico fuera.

Los dos cazadores regresan a casa. De vez en cuando se encuentran con algún campesino que les saluda y les dice:

—Chicos, al menos no habéis matado al padre, ¿eh?

Pelo de Zanahoria, orondo, olvida su rencor. Llegan a casa, reconciliados, triunfales, y el señor Lepic, en cuanto les ve, exclama sorprendido:

—¿Aún llevas la carabina, Pelo de Zanahoria? ¿La has llevado todo el rato?

—Casi —responde Pelo de Zanahoria.

El topo

Pelo de Zanahoria encuentra un topo en su camino, un topo negro como un deshollinador. Cuando ya ha jugado con él, decide matarlo. Lo lanza varias veces por los aires, hábilmente, con intención de que vaya a caer sobre una piedra.

Al principio todo sale bien.

Al topo ya se le han roto las patas, se le ha abierto la cabeza, se le ha partido el espinazo, y parece que su sufrimiento no durará mucho.

Sin embargo, Pelo de Zanahoria advierte, estupefacto, que se resiste a morir. Aunque lo tira hacia arriba, lo bastante alto para que sobrepase la altura de una casa, hasta el cielo, el asunto no avanza.

—¡Bribón! No ha muerto —dice.

En efecto, el topo aparece encima de la piedra, lleno de sangre; su vientre lleno de grasa temblequea como una gelatina y dicho temblor da la impresión de vida.

—¡Bribón! —exclama Pelo de Zanahoria, que se ensaña con el animal—. ¡Aún no ha muerto!

Lo coge, lo insulta y cambia de método.

Rojo, con lágrimas en los ojos, le escupe y lo arroja con todas sus fuerzas, a bocajarro, contra la piedra.

Sin embargo, el vientre informe sigue moviéndose.

Y cuanto más lo golpea Pelo de Zanahoria, rabioso, menos trazas de morirse tiene el topo.



La alfalfa

Pelo de Zanahoria y Félix, el hermano mayor, regresan de misa y se apresuran a llegar a casa, pues es la hora de la merienda.

A Félix, el hermano mayor, le espera una rebanada de pan con mantequilla o con mermelada, y a Pelo de Zanahoria, una rebanada de pan sin nada; ha querido hacerse el hombretón antes de tiempo y ha declarado, ante testigos, que no es goloso. Le gustan las cosas naturales, normalmente come pan seco, con afectación, y esta tarde camina más rápido que Félix, el hermano mayor, para que le sirvan en primer lugar.

El pan seco suele ser duro. Así pues, Pelo de Zanahoria se abalanza sobre la rebanada como si atacara al enemigo, la agarra, la emprende a dentelladas, la rompe en pedazos y los hace volar. Sus padres lo contemplan con curiosidad.

Su estómago de avestruz es capaz de digerir piedras, monedas enmohecidas.

En resumen, no resulta nada difícil alimentarlo.

Pelo de Zanahoria intenta abrir la puerta. Está cerrada.

—Creo que nuestros padres no están. Dale tú con el pie —dice.

Félix, el hermano mayor, lanzando blasfemias, se precipita contra la pesada puerta guarnecida de clavos y la hace retumbar. Después ambos unen sus esfuerzos, pero se magullan los hombros en vano.

PELO DE ZANAHORIA

Es evidente que no están.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

¿Dónde se han metido?

PELO DE ZANAHORIA

Es imposible saberlo todo. Sentémonos.

Posan las nalgas en los fríos escalones. Sienten un hambre inhabitual. Desahogan su rabia bostezando y dándose puñetazos en el pecho.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

Si creen que les esperaré…

PELO DE ZANAHORIA

Pues es lo mejor que podemos hacer.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

No pienso esperarles. No quiero morirme de hambre. Voy a comer ahora mismo, lo que sea. Hierba.

PELO DE ZANAHORIA

¡Hierba! ¡Excelente idea! Y daremos una buena lección a nuestros padres.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

¡Claro que sí! Bien comemos ensalada. La alfalfa, por ejemplo, es tan tierna como la lechuga. Es lechuga sin aceite ni vinagre.

PELO DE ZANAHORIA

Así no hay necesidad de revolverla.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

¿Qué te apuestas a que yo como alfalfa y tú no?

PELO DE ZANAHORIA

¿Por qué tú sí y yo no?

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

Sin bromas, ¿qué te apuestas?

PELO DE ZANAHORIA

¿Y si pedimos a los vecinos una rebanada de pan untada de cuajada para cada uno?

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

Prefiero la alfalfa.

PELO DE ZANAHORIA

¡Vamos!

El campo de alfalfa despliega ante sus ojos su apetecible verdor. En cuanto entran en él, se divierten arrastrando los zapatos, aplastando los tallos tiernos y abriendo senderillos que durante mucho tiempo inquietarán a los lugareños induciéndoles a preguntar: «¿Qué clase animal ha pasado por aquí?».

El frescor les cala los pantalones hasta las pantorrillas, que poco a poco se les entumecen.

Se detienen en medio del campo y se tumban boca abajo.

—Aquí —dice Félix, el hermano mayor.

La hierba les cosquillea el rostro y ríen como antaño, cuando dormían juntos en la misma cama y el señor Lepic, desde la habitación contigua, les gritaba: «¿Os dormiréis de una santa vez, gamberros?».

Se olvidan del hambre y empiezan a nadar como marineros, como perros, como ranas. Solo se ven dos cabezas, que emergen de entre la hierba. Cortan con la mano y apartan a patada limpia las pequeñas olas verdes, que se rompen con facilidad. Muertas, no vuelven a recomponerse.

—Me llegan a la barbilla —observa Félix, el hermano mayor.

—Mira cómo avanzo —dice Pelo de Zanahoria.

Tienen que descansar, saborear con calma su felicidad.

Apoyados sobre los codos, recorren con la mirada las abombadas galerías que hacen los topos y que zigzaguean a flor de tierra como las venas de los viejos a flor

de piel. Ora las pierden de vista, ora reaparecen en un claro, donde la cuscuta raedora, maligna parásita, peste de la alfalfa, extiende su barba de filamentos rojizos. Las toperas forman allí un minúsculo pueblo de chozas erigidas al estilo de los indios.

—Esto no es todo —dice Félix, el hermano mayor—; comamos. Empiezo yo. Ojo con tocar mi porción.

Con el brazo como radio, describe un arco de círculo.

—Con el resto me basta —dice Pelo de Zanahoria.

Las dos cabezas desaparecen. ¿Quién imaginaría que estaban allí?

El viento trae dulces soplos, da la vuelta a las frágiles hojas de alfalfa, deja ver su pálido reverso, y un estremecimiento recorre por entero el campo.

Félix, el hermano mayor, arranca brazadas de forraje, se envuelve la cabeza con él, finge atiborrarse, imita el ruido de las mandíbulas de un ternero inexperto que se hincha a comer. Mientras él simula devorarlo todo, incluso las raíces, ya que sabe muy bien qué es la vida, Pelo de Zanahoria se lo toma en serio y, más delicado, elige solo las hojas más bonitas.

Las dobla con la punta de la nariz, se las lleva a la boca y las mastica despacio.

¿Por qué apresurarse?

La mesa no está reservada. Hay tiempo de sobra.

Y rechinando de dientes, con la lengua amarga y el estómago revuelto, traga y se deleita.

El vaso

Pelo de zanahoria no beberá más en la mesa. En pocos días, con una facilidad que sorprende a su familia y a sus amigos, pierde el hábito de beber. Una mañana le dice a la señora Lepic, quien le sirve vino, como de costumbre:

—Gracias, mamá, no tengo sed.

En la cena, por la noche, repite:

—Gracias, mamá, no tengo sed.

—Sales barato —dice la señora Lepic—. Mejor para los demás.

Así, como la temperatura es suave y él simplemente no tiene sed, pasa esa primera jornada sin beber nada.

Al día siguiente, la señora Lepic pone la mesa y le pregunta:

—¿Beberás hoy, Pelo de Zanahoria?

—No lo sé, de verdad —responde él.

—Como quieras —dice la señora Lepic—. Si quieres tu vaso, ve a buscarlo a la alacena.

Pelo de Zanahoria no va a buscarlo. ¿Capricho, olvido o miedo a servirse él mismo?

Los demás empiezan a extrañarse.

—Te vas perfeccionando —dice la señora Lepic—. Tienes una facultad más.

—Una facultad inusual —apunta el señor Lepic—. Te será útil en el futuro, sobre todo si te encuentras solo y perdido en un desierto, sin camello.

Félix, el hermano mayor, y Ernestine, la hermana, hacen apuestas.

ERNESTINE, LA HERMANA

Estará sin beber una semana.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

¿Qué dices? Como máximo aguantará tres días, hasta el domingo.

—Si no tengo sed, no beberé nunca más —afirma Pelo de Zanahoria, con una leve sonrisa—. Fijaos en los conejos y en los cerdos de Indias; ¿tienen algún mérito?

—Un cerdo de Indias y tú sumáis dos —dice Félix, el hermano mayor.

Pelo de Zanahoria, ofendido, le demostrará de lo que es capaz. La señora Lepic sigue olvidándose de su vaso. Pelo de Zanahoria se prohíbe a sí mismo pedírselo. Acepta los irónicos elogios y los sinceros testimonios de admiración con la misma indiferencia.

—Está enfermo o loco —dicen unos.

Y los otros:

—Bebe a escondidas.

Sin embargo, una vez pasada la novedad, todo cansa. La cantidad de veces que Pelo de Zanahoria saca la lengua, para demostrar que no se le está secando,

disminuye poco a poco.

Parientes y vecinos pierden interés por el caso. Solo algunos forasteros alzan los brazos al cielo cuando se les pone al corriente. «¡Exagera! —dicen—. Nadie puede escapar a las exigencias de la naturaleza».

El médico consultado declara que el caso le parece extraño, pero que, en definitiva, nada es imposible.

Y Pelo de Zanahoria se sorprende: temía sufrir, pero reconoce que, si uno se empeña, consigue lo que se propone. Creía imponerse una privación dolorosa, llevar a cabo un gran esfuerzo, y ni siquiera se siente molesto. Se encuentra mejor que nunca. ¡Ojalá pudiera vencer el hambre como ha vencido la sed! Ayunaría, viviría del aire.

Ni siquiera se acuerda de su vaso. Durante mucho tiempo se convierte en un objeto inútil. Más tarde, a Honorine, la criada, se le ocurre llenarlo con la sustancia roja que utiliza para limpiar los candelabros.



La miga de pan

Al señor Lepic, si está de buen talante, no le importa entretener a sus hijos. Les cuenta historias, caminando por los senderos del jardín, y Félix, el hermano mayor, y Pelo de Zanahoria suelen acabar revolcándose de risa por el suelo. Esta mañana ya no pueden más, pero Ernestine, la hermana, llega para decirles que el almuerzo está servido, y se calman. En las reuniones familiares, los rostros se tornan ceñudos.

Como de costumbre, almuerzan deprisa y sin respiro; si la mesa estuviera reservada, nada impediría ya que otros comensales la ocuparan. La señora Lepic dice:

—Por favor, ¿puedes darme una miga de pan para terminarme la compota?

¿A quién se dirige?

Por lo general la señora Lepic se sirve sola y únicamente habla al perro. Le informa del precio de las legumbres y le explica las dificultades que, en los tiempos que corren, supone alimentar con poco dinero a seis personas y a un animal. «No —dice a Pyrame, que gruñe amigablemente y mueve el felpudo de su cola—, no sabes los esfuerzos que me cuesta mantener esta casa. Como todos los hombres, imaginas que una cocinera lo tiene todo gratis. Lo mismo te da que suba la mantequilla y que los huevos sean prohibitivos».

Sin embargo, en esta ocasión la señora Lepic protagoniza todo un acontecimiento: de manera excepcional, se dirige al señor Lepic directamente. Es a él, a él, a quien pide una miga de pan para acabarse la compota. No cabe duda: para empezar, ella lo mira; además el señor Lepic tiene el pan cerca. Sorprendido, duda; con la punta de los dedos coge del fondo del plato una miga de pan y, muy serio, sombrío, se la arroja a la señora Lepic.

¿Farsa o drama? ¡Quién sabe!

Ernestine, la hermana, humillada por la situación de su madre, siente angustia.

—Papá tiene un buen día —dice Félix, el hermano mayor, que galopa, sin freno, en los barrotes de su silla.

En cuanto a Pelo de Zanahoria, hermético, con restos de comida en los labios, un zumbido en los oídos y los carrillos hinchados de patatas hervidas, se contiene, pero estallará si la señora Lepic no se levanta de la mesa en ese mismo instante, ¡porque la tratan como al último mono delante de sus hijos y de su hija!

La trompeta

Esta misma mañana, el señor Lepic llega de París. Abre la maleta. De su interior surgen regalos para Félix, el hermano mayor, y para Ernestine, la hermana; hermosos regalos con los que (¡qué curioso!) han soñado durante toda la noche. Acto seguido el señor Lepic, con las manos a la espalda, mira maliciosamente a Pelo de Zanahoria y pregunta:

—Y tú, ¿qué preferirías?, ¿una trompeta o una pistola?

La verdad es que Pelo de Zanahoria es más prudente que temerario. Preferiría una trompeta, ya que no se disparan en las manos, pero siempre ha oído decir que un chico tan alto como él solo puede jugar en serio con armas, con sables, con ingenios de guerra. Le ha llegado la edad de oler la pólvora y de matar. Su padre conoce a los niños: ha traído lo que les conviene.

—Prefiero una pistola —contesta Pelo de Zanahoria con valentía, seguro de acertar. Incluso va más allá y añade—: ¡Es inútil que la escondas! ¡La veo!

—¡Ah! —dice el señor Lepic, turbado—. ¡Prefieres una pistola! ¿Has cambiado de aficiones?

Pelo de Zanahoria rectifica de inmediato:

—¡Qué va, papá! Era una broma. Tranquilo, detesto las pistolas. Dame la trompeta, ya verás cómo me gusta soplar.

SEÑORA LEPIC

Entonces, ¿por qué mientes? Para apenar a tu padre, ¿verdad? Si a alguien le gustan las trompetas, no dice que le gustan las pistolas y, sobre todo, no dice que ve pistolas cuando en realidad no ve nada. Por lo tanto, te quedarás sin pistola y sin trompeta, para que aprendas. Mírala bien, tiene tres borlas rojas y una banda con franjas doradas. Ya la has visto. Ahora ve a la cocina, lárgate, trota y toca la flauta con los dedos.

En lo alto del armario, encima de un montón de ropa blanca, envuelta en sus tres borlas rojas y en su banda con franjas doradas, la trompeta de Pelo de Zanahoria espera a quien la haga sonar, inexpugnable, invisible, muda, como la del Juicio Final.

El mechón

El domingo la señora Lepic exige a sus hijos que asistan a misa. Los engalana y Ernestine, la hermana, preside en persona su arreglo, a riesgo de retrasarse en el suyo. Les elige las corbata, les lima las uñas, reparte los misales y entrega el más gordo a Pelo de Zanahoria. Y sobre todo les unta el cabello con fijador.

Realiza este cometido con auténtico prurito.

Pelo de Zanahoria se deja hacer, como un pánfilo; en cambio, Félix, el hermano mayor, amenaza a su hermana con enfadarse. Ella le engaña: «Me he olvidado, no lo he hecho adrede —dice—. Te juro que a partir del próximo domingo no volveré a hacerlo».

Y siempre consigue ponerle un poco de fijador.

«Esto acabará mal», dice Félix, el hermano mayor.

Esta mañana está envuelto en su toalla, con la cabeza gacha, y Ernestine, la hermana, sigue engañándole. Pero él no se entera de nada.

—¿Ves? Te obedezco. Hoy no refunfuñarás. Mira, el frasco cerrado está encima de la chimenea. Me porto bien contigo, ¿eh? Pero eso no tiene mérito. Para Pelo de Zanahoria necesitaría cemento, pero en tu caso el fijador es innecesario. Los cabello se te rizan y ahuecan solos. Tu cabeza parece una coliflor y la raya te durará hasta la noche.

—Gracias —dice Félix, el hermano mayor.

Se levanta, confiado. No se molesta en verificarlo, como suele hacer, pasándose una mano por el cabello.

Ernestine, la hermana, acaba de vestirlo, lo engalana y le pone unos guantes blancos de algodón.

—¿Ya está? —pregunta Félix, el hermano mayor.

—Resplandeces como un príncipe —afirma Ernestine, la hermana—. Solo te falta la gorra. Ve a buscarla al armario.

Pero Félix, el hermano mayor, se equivoca. Pasa por delante del armario. Corre hacia el aparador, lo abre, coge una botella llena de agua y, tranquilamente, se la vacía encima de la cabeza.

—Te lo había advertido, hermana —dice—. No me gusta que se burlen de mí. Aún eres demasiado pequeña para engañar a un viejo experimentado como yo. Si vuelves a hacerlo, arrojaré tu fijador al río.

Con los cabellos aplastados, con el traje de los domingos chorreando y completamente empapado, aguarda a que le cambien o el sol seque sus ropas, tanto le da.

¡Qué tipo!, se dice Pelo de Zanahoria, paralizado por la admiración. No teme a nadie; si yo intentara imitarle, cómo se reirían de mí. Será mejor que les haga creer que no detesto el fijador.

Sin embargo, mientras Pelo de Zanahoria se resigna mansamente, sus cabellos le

vengan sin él saberlo.

Aplastados a la fuerza durante un rato bajo el fijador, se hacen el muerto; después se desperezan y, debido a un invisible impulso, abollan su ligero y brillante moldeo, lo resquebrajan y lo revientan.

Parece un rastrojo al deshelarse.

Y de inmediato el primer mechón de pelo se yergue en el aire, tieso, libre.

El baño

Van a dar las cuatro y Pelo de Zanahoria, febril, despierta al señor Lepic y a Félix, el hermano mayor, que duermen debajo de los avellanos del jardín.

—¿En marcha? —dice.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

¡Vamos! ¡Coge los bañadores!

SEÑOR LEPIC

Aún debe de hacer demasiado calor.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

A mí me gusta que haga sol.

PELO DE ZANAHORIA

Y tú, papá, estarás mejor a la orilla del agua que aquí. Te echarás en la hierba.

SEÑOR LEPIC

Adelantaos y caminad despacio, no vayáis a pillar una pulmonía.

Pero Pelo de Zanahoria a duras penas aminora el paso y siente un hormigueo en los pies. Lleva sobre el hombro su bañador, discreto y sin dibujo alguno, y también el rojo y azul de Félix, el hermano mayor. Con expresión vivaz, parlotea, canta para sí y salta de mata en mata. Da brazadas en el aire, como si nadara, y pregunta a Félix, el hermano mayor:

—¿Crees que estará buena? ¡Chapotearemos!

—¡Qué pesado, no paras! —dice Félix, el hermano mayor, desdeñoso y firme.

Pelo de Zanahoria se tranquiliza de inmediato.

Ligero, es el primero en saltar un murete de piedras, y de repente el río aparece, fluye ante él. El momento de las risas queda atrás.

Reflejos glaciales espejean en el agua encantada.

Gorgotea, como los dientes al castañetear, y exhala un olor soso.

Se trata de entrar en el agua, de permanecer dentro y de hacer algo; mientras, el señor Lepic contará los minutos reglamentarios en su reloj. Pelo de Zanahoria tirita. Una vez más, el coraje, que avivaba para hacerlo durar, le falla en el momento preciso, y la visión del agua, subyugante desde lejos, lo llena ahora de angustia.

Pelo de Zanahoria empieza a desvestirse, apartado de su hermano y de su padre. Lo que quiere, más que esconder su delgadez y sus pies, es temblar a solas, sin pasar vergüenza.

Se quita las ropas, prenda por prenda, y las dobla con esmero encima de la hierba. Anuda los cordones de sus zapatos y no termina nunca de desanudarlos.

Se pone el bañador, se quita la camiseta y, al ver que está sudado, como el caramelo de manzana que se pega a su envoltorio, espera unos minutos.

Félix, el hermano mayor, ya ha tomado posesión del río y, convertido en su dueño, revuelve sus aguas. Lo golpea con todas sus fuerzas, lo patea, lo hace espumar y, terrible en medio de él, envía hacia la orilla un mar de olas enfurecidas.

—¿No te decides, Pelo de Zanahoria? —pregunta el señor Lepic.

—Me estoy secando —responde Pelo de Zanahoria.

Por fin se decide, se sienta en el suelo, tantea el agua con el dedo gordo del pie, que los zapatos, demasiado prietos, le han aplastado. Al mismo tiempo, se frota el estómago, que quizá aún no ha terminado su función digestiva. Después se desliza por las raíces, que le arañan las pantorrillas, los muslos y las nalgas. Cuando el agua le llega justo a la barriga, está a punto de salir y de salvarse. Tiene la sensación de que un cordel mojado se le enrolla poco a poco alrededor del cuerpo, como en torno a un trompo. Pero el montículo donde se apoyaba cede y Pelo de Zanahoria cae, desaparece, chapotea y emerge de nuevo tosiendo, escupiendo, sofocado, ciego y aturdido.

—Te zambulles bien, hijo —le dice el señor Lepic.

—Sí —admite Pelo de Zanahoria—, aunque no me gusta mucho hacerlo. El agua se me mete en los oídos, y me dolerá la cabeza.

Busca un sitio donde pueda aprender a nadar, es decir, a mover los brazos mientras las rodillas avanzan sobre la arena.

—Vas demasiado deprisa —le indica el señor Lepic—. No agites los puños cerrados, como si te arrancaras los cabellos. Tienes que mover las piernas; las dejas quietas.

—Es más difícil nadar sin mover las piernas —dice Pelo de Zanahoria.

Félix, el hermano mayor, le impide aplicarse en su cometido y le molesta todo el rato.

—Pelo de Zanahoria, ven. Aquí está más hondo. No hago pie, me hundo. Mira. Atento: ahora me ves. Mira: ya no me ves. Ponte ahí, junto al sauce. No te muevas. Apuesto lo que quieras a que te alcanzo en diez brazadas.

—Empiezo a contar —dice Pelo de Zanahoria tiritando, con los hombros fuera del agua, inmóvil como un auténtico mojón.

Se agacha de nuevo para nadar, pero Félix, el hermano mayor, se le encarama a los hombros, se tira de cabeza al agua y dice:

—Si quieres, ahora te toca a ti subirte a mis hombros.

—Déjame practicar tranquilo —le dice Pelo de Zanahoria.

—¡Ya está bien! —grita el señor Lepic—. Salid. Venid a beber un poco de ron.

—¿Ya? —pregunta Pelo de Zanahoria.

Ahora no querría salir. No ha aprovechado el baño lo suficiente. El agua, de la que ya hay que salir, ha dejado de darle miedo. Hace un momento se sentía de plomo, pero ahora se siente ligero como una pluma y se debate con una especie de osadía frenética, dispuesto a arriesgar la vida para salvar a quien sea, e incluso se sumerge voluntariamente para saborear la angustia de los que se ahogan.

—¡Date prisa —exclama el señor Lepic—, o Félix, tu hermano mayor, se beberá todo el ron!

Aunque el ron no le gusta, Pelo de Zanahoria dice:

—No pienso dar a nadie mi ración.

Y se lo bebe como un soldado veterano.

SEÑOR LEPIC

No te has lavado bien. Tienes mugre en los tobillos.

PELO DE ZANAHORIA

Es tierra, papá.

SEÑOR LEPIC

No, es mugre.

PELO DE ZANAHORIA

¿Quieres que vuelva al agua, papá?

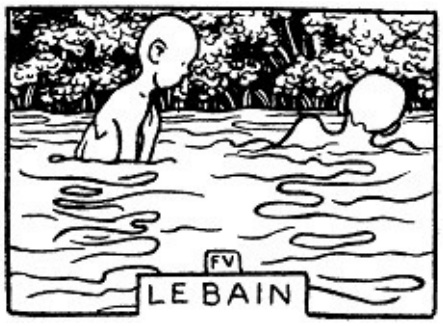
SEÑOR LEPIC

Te la quitarás mañana. Volveremos.

PELO DE ZANAHORIA

¡Bravo! ¡Ojalá haga buen tiempo!

Se seca con mucho cuidado, con las esquinas secas de la toalla que Félix, el hermano mayor, no ha mojado, y con la cabeza pesada y la garganta irritada ríe a carcajadas mientras su hermano y el señor Lepic se burlan de los dedos gordos de sus pies, aplastados.



Honorine

SEÑORA LEPIC

Así pues, ¿qué edad tiene usted, Honorine?

HONORINE

El día de Todos los Santos cumplí sesenta y siete, señora Lepic.

SEÑORA LEPIC

¡Pobrecilla! ¡Es usted una anciana!

HONORINE

Si se puede trabajar, la edad no tiene importancia. Creo que soy más dura que una piedra.

SEÑORA LEPIC

¿Sabe qué le digo, Honorine? Morirá usted de repente.

Cualquier tarde, al volver del río, sentirá que el banasto le pesa más, que empujar la carretilla le cuesta más que otros días; caerá de rodillas entre las varas de la carretilla, con la nariz contra la ropa mojada, ¡y se acabó! La encontrarán muerta.

HONORINE

Me hace usted reír, señora Lepic. No tema, mis brazos y piernas aún resisten.

SEÑORA LEPIC

Se ha encorvado usted un poco, de veras, pero, cuando la espalda se redondea, los riñones duelen menos al lavar. ¡Lástima que vaya perdiendo la vista! ¡No lo niegue, Honorine!

Hace algún tiempo que lo vengo notando.

HONORINE

¡Oh, veo tan bien como cuando me casé!

SEÑORA LEPIC

De acuerdo. Abra el armario y deme un plato, uno cualquiera, da igual. Si seca usted la vajilla como es debido, ¿por qué está empañada?

HONORINE

En el armario hay humedad.

SEÑORA LEPIC

¿Y dentro del armario también hay dedos que se pasean por los platos? Mire esta huella.

HONORINE

¿Dónde? Haga el favor de decírmelo, porque yo no veo nada.

SEÑORA LEPIC

Eso es precisamente lo que le reprocho, Honorine. Entiéndame, no digo que no trabaje con el mismo ahínco de siempre, porque mentiría. No conozco en los alrededores una mujer tan enérgica como usted. Lo que ocurre es que está envejeciendo. Yo también envejezco, todos envejecemos, y llega un día en que la buena voluntad no basta. Apuesto lo que quiera a que a veces nota una especie de velo en los ojos, y, por mucho que se los frote, no desaparece.

HONORINE

Pero los abro mucho y no veo turbio como si tuviera la cabeza dentro de un cubo de agua.

SEÑORA LEPIC

Sí, sí, Honorine, créame. Ayer, sin ir más lejos, le dio usted un vaso sucio al señor Lepic. No dije nada por miedo a apenarla montando una escena. El señor Lepic tampoco dijo nada. Nunca dice nada, pero no se le escapa una. Parece que todo le da igual; ¡grave error! Observa y todo se le queda grabado detrás de la frente. Simplemente rechazó el vaso con el dedo y tuvo el valor de almorzar sin beber. Yo sufría por usted y por él.

HONORINE

¡Solo faltaría que el señor Lepic se enfadara con su criada! ¡Solo tenía que abrir la boca y yo le hubiera cambiado el vaso!

SEÑORA LEPIC

Es posible, Honorine, pero personas más aviesas que usted no consiguen hacer hablar al señor Lepic cuando él decide callarse. Yo misma he renunciado a intentarlo. De todos modos, esa no es la cuestión. En pocas palabras: su vista se debilita día a día. Para las tareas toscas, como hacer la colada, es un mal menor, pero usted ya no está para trabajos delicados. Pese a que supondría un aumento de los gastos de la casa, de buena gana buscaría a alguien que la ayudara…

HONORINE

Nunca me llevaría bien con otra mujer, señora Lepic.

SEÑORA LEPIC

Eso mismo iba yo a decirle. Entonces, ¿qué?, ¿qué me aconseja?

HONORINE

Todo irá bien así, hasta que me muera.

SEÑORA LEPIC

¿Morirse, usted? ¿Piensa en morirse? Es usted capaz de enterrarnos a todos, como es mi deseo. ¿Cree usted que cuento con su muerte?

HONORINE

No tendrá usted intención de despedirme por haber pasado mal un trapo. Yo solo dejaré su casa si me pone de patitas en la calle. Y, una vez en la calle, ¡a palmarla!

SEÑORA LEPIC

¿Quién habla de despedirla, Honorine? ¡Se ha puesto usted como un tomate! Estamos charlando amistosamente, y de repente se enfada usted, dice unas tonterías más grandes que una casa.

HONORINE

¿Qué quiere que le diga?

SEÑORA LEPIC

¿Y yo? Que usted pierda la vista no es culpa suya ni mía. Espero que el médico la cure. Es posible. Mientras tanto, ¿quién de las dos está más apurada? Usted ni siquiera reconoce que sus ojos van a peor. El cuidado de la casa se resiente por esta causa. Yo la aviso por caridad, para prevenir accidentes, y también porque supongo que tengo derecho a hacerle una observación, con delicadeza, claro está.

HONORINE

Puede hacerme las que quiera. Con total confianza, señora Lepic. Por un momento me veía en la calle; me ha tranquilizado usted. Por mi parte, iré con cuidado con los platos, se lo garantizo.

SEÑORA LEPIC

¿Acaso pido otra cosa? Soy mejor que la fama que tengo, Honorine, y solo me privaría de sus servicios si usted me obligara.

HONORINE

En tal caso, ni una palabra más, señora Lepic. Creo que por ahora soy útil y, si me despidiera, lo consideraría una injusticia. Pero el día en que me dé cuenta de que me he convertido en una carga y ni siquiera sé poner una olla a calentar al fuego, me iré en el acto, sola, sin que nadie me empuje.

SEÑORA LEPIC

Y sin olvidar que siempre tendrá un plato de sopa en esta casa, Honorine.

HONORINE

No, señora Lepic, nada de sopa; solo pan. La tía Naïtte, desde que solo come pan, no quiere morir.

SEÑORA LEPIC

¿Sabe que tiene cien años, por lo menos? ¿Y sabe otra cosa, Honorine? Los mendigos son más felices que nosotros; se lo digo yo.

HONORINE

Si usted lo dice, señora Lepic, yo también.

La olla

Pelo de Zanahoria dispone de pocas ocasiones para ser útil a la familia. Las espera agazapado en un rincón. Sin opiniones preconcebidas, puede escuchar y, llegado el momento, salir de la sombra y, como una persona reflexiva, la única que mantiene la cabeza en su sitio entre gente alterada por las pasiones, coger las riendas de las situaciones.

Así, adivina que la señora Lepic necesita que alguien inteligente y firme la ayude. Por supuesto, ella, demasiado orgullosa, no lo reconocerá. El acuerdo se llevará a cabo tácitamente y Pelo de Zanahoria deberá actuar sin que le alienten y sin esperar recompensa.

Se decide.

Una olla cuelga de la cadena de la chimenea durante todo el día, desde la mañana hasta la noche. En invierno, cuando se necesita mucha agua caliente, se llena y se vacía con frecuencia, y hierve sobre un gran fuego.

En verano, el agua de la olla solo se usa después de cada comida para lavar los platos, y durante el tiempo restante hierve inútilmente para nada, con un silbidillo continuo, mientras bajo su vientre agrietado humean dos leños casi apagados.

En ocasiones Honorine deja de oír el silbido. Se inclina y aguza el oído. «Se ha evaporado toda», dice.

Vierte un cubo de agua en la olla, junta los dos leños y remueve la ceniza. El suave arrullo empieza de nuevo y Honorine, tranquila, se dispone a ocuparse de otras cosas.

Si le dijeran: «Honorine, ¿por qué calienta agua que no utilizará? Quite la olla y apague el fuego. Gasta leña, como si fuera gratis. ¡Con la de pobres que se hielan cuando llega el frío! Con lo ahorrativa que es usted…», ella menearía la cabeza.

Siempre ha visto una olla colgada de la cadena de la chimenea.

Siempre ha oído el arrullo del agua hirviendo y, si la olla se vacía, vuelve a llenarla ya llueva, sople el viento o haga un sol inclemente.

Ahora ni siquiera necesita mirarla ni tocarla: la conoce como si fuera parte de sí misma. Le basta con escucharla y, si la olla calla, vierte un cubo de agua en su interior, como si nada, como si fuera coser y cantar, pues está tan habituada a hacerlo que hasta ahora nunca le ha fallado la puntería.

Hoy le falla por primera vez.

El agua cae en el fuego y una nube de ceniza, como un animal que se enfurece cuando alguien lo molesta, se abalanza sobre Honorine, la envuelve, la ahoga y la quema.

Lanza un grito, estornuda y escupe al tiempo que retrocede.

—¡Qué horror! —dice—. ¡Creía que el demonio surgía desde el fondo de la tierra!

Con los ojos pegados e irritados, tantea con las manos ennegrecidas la noche de la

chimenea.

—¡Ah! Ya sé qué ocurre —añade, estupefacta—. La olla ha desaparecido. No; no sé qué ocurre. La olla estaba aquí hace un momento. Seguro, ya que silbaba como un pito.

Alguien ha debido de quitarla mientras Honorine se volvía de espaldas para sacudir por la ventana un delantal lleno de mondaduras.

Pero ¿quién?

La señora Lepic aparece, seria y tranquila, en la estera del dormitorio.

—¡Qué ruido, Honorine!

—¡Ruido, ruido…! —exclama Honorine—. ¡Qué importa el ruido que yo haga o deje de hacer! ¡Por poco me achicharro! Mire mis zuecos, mi falda y mis manos. Tengo barro en la chambra y trozos de carbón en los bolsillos.

SEÑORA LEPIC

Lo que miro es ese charco que mana de la chimenea, Honorine. ¡Qué limpio quedará el suelo!

HONORINE

¿Por qué me quitan la olla sin advertírmelo? ¿Es usted quien se la ha llevado?

SEÑORA LEPIC

La olla es de todos, Honorine. ¿Acaso el señor Lepic, yo o mis hijos tendremos que pedirle permiso para utilizarla?

HONORINE

Estoy tan furiosa que diría tonterías.

SEÑORA LEPIC

¿Contra nosotros o contra usted misma, querida Honorine? Sí, ¿contra quién? No me gustaría pecar de curiosa, pero quisiera saberlo. Me hace perder los estribos. Con el pretexto de que la olla ha desaparecido, echa usted alegremente un cubo de agua al fuego y, testaruda, en lugar de reconocer su torpeza, la emprende contra los demás, incluso contra mí. ¡Esto pasa de castaño oscuro!

HONORINE

Pelo de Zanahoria, cariño, ¿sabes dónde está mi olla?

SEÑORA LEPIC

¿Cómo quiere que lo sepa él, un niño irresponsable? Olvídese ya de su olla. Recuerde lo que me dijo ayer: «El día en que me dé cuenta de que ni siquiera sé poner una olla a calentar al fuego, me iré en el acto, sola, sin que nadie me empuje». La verdad es que creía que estaba usted mal de la vista, pero no sospechaba que su estado era tan crítico. No digo más, Honorine; póngase en mi lugar. Está usted al corriente, como yo, de la situación: juzgue y saque conclusiones. ¡Oh!, no se enoje, llore; hay motivo.

Omisión

—¡Mamá! ¡Honorine!

. . . . . .

¿Qué quiere Pelo de Zanahoria? Va a estropearlo todo.

Afortunadamente, ante la fría mirada de la señora Lepic, se corta en seco.

¿Por qué decir a Honorine: «He sido yo, Honorine»?

Nada puede salvar a la anciana. Ya no ve, ya no ve. Peor para ella. Tarde o temprano debía dar su brazo a torcer. La confesión del niño no haría sino afligirla más. Que se vaya y, en lugar de sospechar de Pelo de Zanahoria, se crea alcanzada por la mala suerte.

¿Y por qué decir a la señora Lepic: «Mamá, he sido yo»?

¿Para qué vanagloriarse de una acción meritoria, mendigar una sonrisa? Además, se expondría al peligro, pues sabe que la señora Lepic es capaz de desmentirlo en público. Es preferible que se dedique a sus propios asuntos o, mejor, que finja ayudar a su madre y a Honorine a buscar la olla.

Cuando los tres se unen para encontrarla, él es quien demuestra mayor celo en la búsqueda.

La señora Lepic pronto se desinteresa y es la primera en renunciar.

Honorine se resigna y se aleja refunfuñando, y Pelo de Zanahoria, que a punto ha estado de meterse en un lío a causa de sus escrúpulos, pronto vuelve a encerrarse en sí mismo, como en una vaina, como un instrumento de la justicia que ya no es necesario.

Agathe

Es Agathe, una nieta de Honorine, quien sustituye a la vieja criada.

Pelo de Zanahoria observa a la recién llegada, quien curiosamente durante unos días centrará la atención de los Lepic, por lo general dirigida a él.

—Agathe —dice la señora Lepic—, llame antes de entrar, lo que no significa que tenga que derribar la puerta a coces.

Ya empieza, pero ya verá lo que le espera en la comida, se dice Pelo de Zanahoria.

Comen en la gran cocina. Agathe, con una servilleta al brazo, corre del horno a la alacena, de la alacena a la mesa, ya que no sabe caminar pausadamente; prefiere jadear, con las mejillas arreboladas.

Y habla demasiado deprisa, ríe demasiado fuerte, tiene demasiadas ganas de hacerlo todo bien.

El señor Lepic es el primero en ocupar su sitio en la mesa, desanuda su servilleta, empuja su plato hacia la fuente que ve delante de él, se sirve carne y salsa, y atrae el plato de nuevo hacia sí. Se sirve la bebida y, con la espalda encorvada y los ojos bajos, come someramente, hoy y siempre, con indiferencia.

Cuando cambian la fuente, se reclina en su silla y mueve las piernas.

La señora Lepic sirve ella misma a los niños, primero a Félix, el hermano mayor, porque su estómago grita de hambre; después, a Ernestine, la hermana, por ser la mayor de los tres, y por fin a Pelo de Zanahoria, que se sienta a un extremo de la mesa.

Nunca pide repetir, como si estuviera formalmente prohibido. Una ración debe bastar. Si se lo ofrecen, acepta y, sin beber, se hincha de arroz, que no le gusta, para dar jabón a la señora Lepic, que es la única de la familia a quien le gusta mucho.

Félix, el hermano mayor, y Ernestine, la hermana, más independientes, quieren una segunda ración y, siguiendo el método del señor Lepic, empujan el plato hacia la fuente.

Pero nadie habla.

¿Qué les pasa?, se pregunta Agathe.

No les pasa nada. Son así, eso es todo.

Agathe no puede dejar de bostezar.

El señor Lepic come despacio, como si masticara vidrio molido.

La señora Lepic, quien entre comidas es más charlatana que una cotorra, dirige la mesa mediante gestos y movimientos de la cabeza.

Ernestine, la hermana, eleva la mirada hacia el techo.

Félix, el hermano mayor, esculpe su miga de pan, y Pelo de Zanahoria, que no tiene vaso, solo se preocupa de la limpieza de su plato: que no se produzca ni demasiado pronto, lo cual indicaría glotonería, ni demasiado tarde, lo que podría interpretarse como pereza. Y con tal finalidad se entrega a cálculos complicadísimos.

De repente el señor Lepic va a llenar una jarra de agua.

—Hubiera podido hacerlo yo —dice Agathe.

O más bien no lo dice, solo lo piensa. Alcanzada ya por la enfermedad de la casa, la lengua torpe, no se atreve a hablar; sin embargo, creyéndose en falta redobla su atención.

El señor Lepic apenas tiene pan. Esta vez, Agathe no permite que le tomen la delantera. Lo vigila hasta el extremo de olvidarse de los demás y de que la señora Lepic la llame al orden con un seco:

—Agathe, ¿está usted en Babia?

—Voy, señora —responde Agathe.

Y se multiplica sin quitarle el ojo al señor Lepic. Quiere conquistarlo con sus deferencias e intentará distinguirse.

Ha llegado el momento.

Ve que el señor Lepic se come el último bocado de pan, se precipita hacia la alacena y coge un roscón de cinco libras, sin empezar, que le ofrece gustosamente, muy ufana por haber adivinado los deseos de su amo.

Sin embargo, el señor Lepic anuda su servilleta, se levanta de la mesa, se pone el sombrero y sale al jardín a fumarse un cigarrillo.

Cuando el señor Lepic da la comida por terminada, no se echa para atrás.

Inmóvil como una piedra, alelada, con el roscón que pesa cinco libras apoyado en el vientre, Agathe parece una figura de cera utilizada como reclamo publicitario de una fábrica de utensilios de salvamento.

El programa

—Se queda usted cortada —dice Pelo de Zanahoria en cuanto se queda a solas con Agathe en la cocina—. No se desaliente, eso no es nada en comparación con lo que le espera. Pero ¿adónde va con esas botellas?

—A la bodega, señor Pelo de Zanahoria.

PELO DE ZANAHORIA

Disculpe, soy yo quien va a la bodega. Desde el día en que fui capaz de bajar por la escalera, tan mala que las mujeres resbalan en ella y corren el peligro de romperse la crisma, me convertí en el hombre de confianza para tal menester. Sé distinguir el precinto azul del rojo.

Vendo los toneles viejos para mis pequeños gastos, igual que las pieles de los conejos, y doy el dinero a mamá.

Por favor, hagamos un trato con el fin de no incordiarnos mutuamente en el trabajo.

Por la mañana abro al perro y le hago comer su sopa. Por la noche le silbo para que venga a acostarse. Cuando se retrasa callejeando, lo espero.

Además, mamá me ha prometido que cerraré siempre a las gallinas.

Arranco las hierbas, que es preciso conocer bien, y luego remuevo la tierra con el pie para tapar el agujero que dejan. Después las reparto entre los animales.

Como ejercicio, ayudo a mi padre a serrar madera.

Remato la caza que trae viva y usted la despluma con mi hermana Ernestine.

Destripo los pescados, los vacío y les reviento la vejiga a taconazos.

Sin embargo, usted les quita las escamas y es quien saca agua del pozo.

Ayudo a devanar las madejas de hilo.

Muelo el café.

Cuando el señor Lepic se quita los zapatos sucios, yo los llevo al pasillo; pero Ernestine, mi hermana, no cede a nadie el derecho de llevarle las zapatillas, que ella misma bordó.

Yo me encargo de los recados importantes, de los que requieren largas caminatas, de ir a la farmacia o al médico.

Por su parte, usted corre al pueblo para las provisiones de poca importancia.

Sin embargo, tendrá que ir a lavar al río dos o tres horas diarias, tanto en invierno como en verano. Será lo más duro de su trabajo, pobrecilla; no puedo remediarlo.

No obstante, a veces, si estoy libre de otras ocupaciones, intentaré echarle una mano en el tendido de la ropa en el seto.

Que no se me olvide: un consejo. No tienda nunca la ropa en los árboles frutales. El señor Lepic, sin ninguna reprimenda de por medio, la tiraría al suelo de un manotazo, y la señora Lepic, por un quítame allá una mancha, le mandaría lavarla de nuevo.

Respecto al calzado, mucha grasa en el de caza y muy poco betún en los botines, pues los quema.

No se preocupe demasiado por el barro de los pantalones. El señor Lepic afirma que el barro los conserva. Camina por la tierra arada sin recogerse los bajos del pantalón. Cuando el señor Lepic me lleva con él y yo cargo con el morral, prefiero remangármelo.

«Pelo de Zanahoria —me dice—, nunca llegarás a ser un cazador serio».

Y la señora Lepic me dice: «¡Aparta de mí tus orejas si te ensucias!».

Es una cuestión de gustos.

Resumiendo, no tendrá mucho de qué quejarse. Durante mis vacaciones nos repartiremos las tareas, y tendrá usted menos trabajo cuando mi hermana, mi hermano y yo volvamos al colegio. Será más o menos lo mismo.

Por otra parte, comprobará que ninguno de nosotros es especialmente malo. Pregunte a nuestros amigos; todos le jurarán que Ernestine, mi hermana, posee una dulzura angelical; que Félix, mi hermano, tiene un corazón de oro; que el señor Lepic es una persona recta y justa, y que la señora Lepic está dotada de un excepcional talento como cocinera de categoría. Quizá le parezca que el carácter más difícil de la familia es el mío. En el fondo, no valgo menos que los otros. Basta con saber llevarme. Por lo demás, razono, me corrijo; sin falsa modestia, voy mejorando y si usted pone algo de su parte, viviremos en buena armonía.

No, no me llame señor, llámeme Pelo de Zanahoria, como todo el mundo. Es menos largo que señor Lepic hijo. Solo le pido una cosa: por favor, no me tutee, como hacía su abuela Honorine, a quien yo detestaba porque siempre me humillaba.

El ciego

Llama discretamente a la puerta con la punta de su bastón.

SEÑORA LEPIC

¿Qué quiere ese ahora?

SEÑOR LEPIC

¿No lo sabes? Quiere sus diez céntimos. Es su día. Déjale entrar.

La señora Lepic, desabrida, abre la puerta, y debido al frío tira del ciego cogiéndole del brazo.

—¡Buenos días a todos! —dice el ciego.

Entra en la estancia. Su bastón avanza a poco a poco sobre las losas, como para cazar ratones, y da con una silla. El ciego se sienta y tiende sus ateridas manos hacia el fuego.

El señor Lepic coge una moneda de diez céntimos y se la da.

—¡Tenga usted!

Luego se despreocupa del ciego y sigue con la lectura del periódico.

Pelo de Zanahoria se divierte. Agazapado en su rincón, mira los zuecos del ciego, que se descongelan y alrededor de ellos ya cobran forma unos regueros de agua.

La señora Lepic se da cuenta.

—Deme sus zuecos, viejo —dice.

Los lleva hasta la chimenea, pero es demasiado tarde; han dejado un charco, y los pies del ciego, preocupado, huelen a humedad, se alzan, ora uno, ora el otro, se sacuden la nieve enlodada y la esparcen lejos.

Pelo de Zanahoria rasca el suelo con una uña, hace señas al agua sucia para que se deslice hacia él, le indica las hendiduras profundas.

—Ya tiene sus diez céntimos —dice la señora Lepic, sin temor a que el ciego la oiga—. ¿Qué quiere ahora?

Pero el ciego habla de política, primero tímidamente, después con más confianza. Cuando le cuesta dar con las palabras adecuadas, agita el bastón, se quema el puño con el tubo de la estufa, lo retira deprisa y, receloso, el blanco de sus ojos gira al fondo de sus lágrimas inextinguibles.

De vez en cuando el señor Lepic, al volver una página del periódico, dice:

—Claro que sí, tío Tissier, claro que sí; pero ¿está usted seguro?

—¡Muy seguro! —exclama el ciego—. ¡Eso es duro de creer! Escúcheme bien, señor Lepic, le contaré cómo me quedé ciego.

—Se quedará más rato —dice la señora Lepic.

En efecto, el ciego se encuentra a las mil maravillas. Cuenta su accidente, se despereza y se derrite por entero. En las venas tenía carámbanos que se deshacen y circulan. Diríase que sus ropas y los miembros de su cuerpo rezuman aceite.

En el suelo, el charco crece; se dirige hacia Pelo de Zanahoria, llega hasta él.

Pelo de Zanahoria era su meta.

Enseguida podrá jugar con el charco.

Sin embargo, la señora Lepic inicia una hábil maniobra. Choca con el ciego, le propina codazos, le da pisotones, lo hace retroceder, lo obliga a situarse entre el aparador y el armario, donde el calor no le alcanza. El ciego, desorientado, tantea, gesticula y sus dedos trepan en el aire cual animalillos. Deshollina su noche. Los carámbanos vuelven a formarse en sus venas; vuelve a congelarse.

Y con voz llorosa termina de contar su historia.

—Sí, queridos amigos, se acabó, nada de vista, nada, una noche más negra que el carbón.

El bastón se le escapa de entre las manos. Es lo que esperaba la señora Lepic. La mujer se precipita hacia él, lo recoge y se lo da al ciego, sin dárselo por completo, porque no lo suelta.

El ciego cree tener el bastón, pero no lo tiene.

Mediante hábiles engaños, la señora Lepic lo dirige por la estancia, le pone los zuecos y lo guía en dirección a la puerta.

Después le propina un ligero pellizco, para vengarse un poco; lo empuja a la calle, bajo el edredón del cielo gris, que se vacía totalmente de nieve, contra el viento que gruñe como un perro olvidado a la intemperie.

Y antes de cerrar la puerta la señora Lepic grita al ciego, como si este fuera sordo:

—Hasta la vista. No pierda su moneda. Hasta el próximo domingo, si hace buen tiempo y sigue usted en este mundo. A fe mía que tiene usted razón, tío Tissier, nunca se sabe ni quién vive ni quién muere. ¡Cada cual en su casa, con sus asuntos, y Dios en la de todos!

El día de Año Nuevo

Nieva. Para que el día de Año Nuevo sea perfecto, ha de nevar.

La señora Lepic, prudentemente, ha dejado la puerta del patio con el cerrojo echado. Unos chicos ya le dan al picaporte, golpean la parte inferior, primero discretos, después hostiles, con la punta de los zuecos, y, cansados de esperar, se alejan andando hacia atrás como los cangrejos, con la mirada en la ventana desde donde la señora Lepic los espía. El ruido de sus pasos se apaga en la nieve.

Pelo de Zanahoria salta de la cama, va a lavarse sin jabón en la pila del jardín. El agua está helada. Tiene que romper el hielo, y ese primer ejercicio del día expande por todo su cuerpo un calor más sano que el de las estufas. Pero solo simula mojarse la cara y, dado que siempre lo encuentran sucio, incluso cuando se asea a fondo, únicamente elimina lo más evidente.

Despierto y fresco como una rosa para la ceremonia, se coloca detrás de Félix, el hermano mayor, que se sitúa detrás de Ernestine, que es la de mayor edad. Los tres entran en la cocina. El señor y la señora Lepic acaban de reunirse allí, como si nada.

Ernestine, la hermana, les da un beso y dice:

—Buenos días, papá. Buenos días, mamá. Os deseo un feliz año, buena salud y el paraíso al final de vuestros días.

Félix, el hermano mayor, les dice lo mismo, muy deprisa, dirigiéndose rápidamente al final de la frase, y también les besa.

Sin embargo, Pelo de Zanahoria saca una carta de su gorra. En el sobre cerrado puede leerse: «A mis queridos padres». No hay dirección. Un pájaro exótico, de exuberantes colores, escapa al vuelo por una esquina del sobre.

Pelo de Zanahoria se la da a la señora Lepic, que la abre. Flores de pétalos abiertos adornan en abundancia la hoja de papel, cuyos bordes recorre una puntilla en cuyos agujerillos la pluma de Pelo de Zanahoria ha caído en más de una ocasión, manchando la palabra vecina.

SEÑOR LEPIC

¿Y yo? ¿No hay nada para mí?

PELO DE ZANAHORIA

Es para los dos. Mamá te la prestará.

SEÑOR LEPIC

Así pues, quieres más a tu madre que a mí, ¿eh? Entonces, ¡mira a ver si esta moneda de diez céntimos está en tu bolsillo!

PELO DE ZANAHORIA

Espera un momento, mamá ya ha terminado de leer.

SEÑORA LEPIC

Tienes estilo, pero tu caligrafía es tan mala que no puedo leerla.

—Toma, papá —dice Pelo de Zanahoria, diligente—. Ahora, tú.

Mientras Pelo de Zanahoria, muy tieso, espera la respuesta, el señor Lepic lee la carta una vez, dos veces, la examina atentamente, según su costumbre, dice «¡Ah!, ¡Ah!», y la deja encima de la mesa.

Ya no sirve para nada, ya ha producido su efecto. Pertenece a todos. Cada cual puede verla, tocarla. Ernestine, la hermana, y Félix, el hermano mayor, la cogen por turnos y buscan faltas de ortografía. Aquí Pelo de Zanahoria debió de cambiar de pluma, se lee mejor. Después se la devuelven.

Pelo de Zanahoria le da la vuelta, sonríe forzadamente y parece preguntarse: ¿Quién la quiere?

Al final, vuelve a guardársela en la gorra.

Reparten los obsequios. Ernestine, la hermana, tiene una muñeca tan alta como ella, o más, y Félix, el hermano mayor, una caja de soldados de plomo dispuestos al combate.

—Te he reservado una sorpresa —dice la señora Lepic a Pelo de Zanahoria.

PELO DE ZANAHORIA

¡Ah, sí!

SEÑORA LEPIC

¿Por qué dices «¡Ah, sí!»? Si ya sabes de qué se trata, no hace falta que te la dé.

PELO DE ZANAHORIA

¡Que Dios no me tenga en su gloria si lo sé!

Levanta la mano con expresión seria, seguro de sí mismo. La señora Lepic abre el aparador. Pelo de Zanahoria jadea. La mujer introduce el brazo en el aparador, hasta el hombro y lenta, misteriosa, saca algo envuelto en un papel amarillo: una pipa de caramelo rojo.

Pelo de Zanahoria, sin vacilación alguna, resplandece de alegría. Sabe qué tiene que hacer. Quiere fumar enseguida, en presencia de sus padres, bajo la mirada envidiosa (¡no se puede tener todo!) de Félix, el hermano mayor, y de Ernestine, la hermana. Con la pipa de caramelo rojo entre dos dedos, echa el torso hacia atrás e inclina la cabeza hacia la izquierda. Redondea los labios, hunde las mejillas y aspira con fuerza y ruidosamente.

A continuación lanza una enorme bocanada hacia el cielo y dice:

—Es buena. Tira bien.

Ida y vuelta

Los señores Lepic hijos y la señorita Lepic llegan para pasar las vacaciones. Al saltar de la diligencia y ver a sus padres a lo lejos, Pelo de Zanahoria se pregunta: ¿Es el momento de correr a plantarme ante ellos?

Duda. Es demasiado pronto, se dice; me quedaría sin aliento y, además, no hay que exagerar.

Sigue retrasando el momento.

Correré a partir de ahí… no, de allí.

Se plantea algunas preguntas: ¿Cuándo deberé quitarme la gorra? ¿A quién de los dos besaré primero?

Pero Félix, el hermano mayor, y Ernestine, la hermana, se le han adelantado y se reparten las caricias familiares. Cuando Pelo de Zanahoria llega, ya no quedan caricias para él.

—¿Cómo? —dice la señora Lepic—. ¿Sigues llamando «papá» al señor Lepic, a tu edad? Dile «padre» y dale un apretón de manos; es más viril.

Acto seguido le da un beso en la frente, para no suscitar celos.

Pelo de Zanahoria está tan contento de encontrarse de vacaciones que llora de felicidad. Eso le ocurre con frecuencia; a menudo se expresa al revés.

El día de regreso al colegio (el curso empieza el 2 de octubre, lunes, por la mañana, y se inicia con la misa del Espíritu Santo), en cuanto oye los cascabeles de la diligencia a lo lejos, la señora Lepic se abalanza sobre sus hijos y los estrecha en un solo abrazo. Pelo de Zanahoria no se encuentra en el interior de ese abrazo. Espera pacientemente su turno, con la mano tendida ya hacia los correajes del vehículo, con la despedida preparada y tan triste que, en contra de su voluntad, canturrea.

—Hasta la vista, madre —dice con expresión digna.

—¡Vaya! —dice la señora Lepic—. ¿Quién te crees que eres, renacuajo? ¿Qué te costaría llamarme «mamá» como los demás? ¡Habrase visto! ¡No ha salido del cascarón y ya pretende dárselas de original!

Sin embargo, le da un beso en la frente, para no suscitar celos.

El portaplumas

El colegio San Marcos, donde el señor Lepic ha mandado a Félix, el hermano mayor, y a Pelo de Zanahoria, imparte los cursos de bachillerato. Los alumnos hacen el mismo paseo cuatro veces al día. Resulta muy agradable cuando hace buen tiempo, y muy corto si llueve, tanto que los chicos, más que mojarse, se refrescan; eso sí, es muy higiénico durante todo el año.

Esta mañana, cuando regresan del instituto arrastrando los pies y formando un rebaño, Pelo de Zanahoria, que camina con la cabeza baja, oye que alguien le dice:

—¡Pelo de Zanahoria, mira, tu padre, allí!

Al señor Lepic le gusta sorprender así a sus hijos. Llega sin escribir y se lo encuentran de repente, plantado en la acera de enfrente, en la esquina de la calle, con las manos a la espalda y un cigarrillo entre los labios.

Pelo de Zanahoria y Félix, el hermano mayor, abandonan la fila y corren hacia su padre.

—¡Vaya! —dice Pelo de Zanahoria—. Si me hubieran dicho que iba a encontrarme con alguien, jamás se me habría ocurrido pensar que sería contigo.

—Tú solo piensas en mí cuando me tienes delante —señala el señor Lepic.

Pelo de Zanahoria desearía encontrar unas palabras afectuosas. Está tan ocupado que no da con ninguna. De puntillas, se esfuerza por besar a su padre. En un primer intento le roza la barba con los labios, pero el señor Lepic, con un movimiento maquinal, levanta la cabeza, como si lo eludiera. A continuación se inclina y se echa de nuevo hacia atrás, y Pelo de Zanahoria, que buscaba su mejilla, no acierta, solo le roza la nariz. Besa al vacío. Deja de insistir y, turbado, intenta explicar tan extraña acogida.

¿Acaso mi papá ya no me quiere?, se dice. He visto cómo besaba a Félix, el hermano mayor. Se mostraba tierno en lugar de apartarse. ¿Por qué me evita? ¿Quiere que tenga celos? He observado que si estoy tres meses lejos de mis padres siento grandes deseos de verles. Pienso que me arrojaré en sus brazos como un perrito y que nos comeremos a caricias. Pero en cuanto están ante mí me dejan helado.

Con estos tristes pensamientos, Pelo de Zanahoria responde distraídamente a las preguntas del señor Lepic referentes a sus avances en griego.

PELO DE ZANAHORIA

Depende. La traducción del griego al francés me va mejor que la inversa, pues en la directa uno puede acertar.

SEÑOR LEPIC

¿Y el alemán?

PELO DE ZANAHORIA

Es muy difícil de pronunciar, papá.

SEÑOR LEPIC

¡Demonios! ¿Y si entramos en guerra? ¿Cómo lucharás contra los prusianos si no sabes su idioma?

PELO DE ZANAHORIA

¡Ah! Para entonces ya lo sabré. Siempre me amenazas con la guerra. Estoy seguro de que antes de estallar esperará a que haya terminado mis estudios.

SEÑOR LEPIC

¿Qué lugar has obtenido con la última redacción? Espero que no estés el primero empezando por la cola.

PELO DE ZANAHORIA

Hay otro detrás de mí, papá.

SEÑOR LEPIC

¡Bribón! ¡Y yo que quería invitarte a almorzar! ¡Si fuera domingo…! Entre semana no me gusta mucho molestaros en vuestro trabajo.

PELO DE ZANAHORIA

Yo no tengo nada importante que hacer. ¿Y tú, Félix?

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

Precisamente esta mañana el profesor se ha olvidado de ponernos deberes.

SEÑOR LEPIC

En tal caso, podrás aprovechar para estudiar mejor la lección.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

¡Ah! Ya me la sé, papá. Es la misma de ayer.

SEÑOR LEPIC

Aun así, prefiero que volváis al colegio. Intentaré quedarme hasta el domingo y nos desquitaremos.

Ni la mueca de Félix, el hermano mayor, ni el silencio ostensible de Pelo de Zanahoria retrasan la despedida y llega el momento de separarse.

Pelo de Zanahoria lo esperaba lleno de inquietud.

Ahora veremos si tengo más éxito, se dice. Si a mi padre le gusta o no que le bese.

Y, decidido, le mira fijamente a los ojos, con la boca hacia arriba, y se le acerca.

El señor Lepic, con mano defensiva, lo mantiene a cierta distancia y le dice:

—Acabarás por sacarme un ojo con el portaplumas que llevas en la oreja. ¿No podrías colocártelo en otro sitio cuando me das un beso? Fíjate, yo me quito de la boca el cigarrillo.

PELO DE ZANAHORIA

¡Oh!, querido papá, te pido perdón. Es cierto, cualquier día ocurrirá una desgracia por mi culpa. Ya me lo han advertido, pero mi portaplumas se siente tan bien en el pabellón de mi oreja que lo dejo ahí todo el tiempo y se me olvida. ¡Al menos debería quitarle la plumilla! ¡Ah, querido papá, estoy muy contento de saber que mi portaplumas te da miedo!

SEÑOR LEPIC

¡Bribón! Te ríes porque has estado a punto de dejarme tuerto.

PELO DE ZANAHORIA

No, querido papá, me río de otra cosa: de una idea absurda que se me había metido en la cabeza.

Las mejillas rojas

I

Una vez finalizada su habitual inspección, el señor director del colegio San Marcos sale del dormitorio. Todos los alumnos se han deslizado entre las sábanas, como en un estuche, encogidos, para no salirse del reducido espacio. El preceptor, Violone, de un vistazo se asegura de que todo el mundo se haya acostado y, de puntillas, baja el gas muy despacio. A continuación empieza la cháchara entre vecinos. Los cuchicheos se cruzan de una cabecera de la cama a otra, y de los labios en movimiento asciende por todo el dormitorio un rumor confuso en el que, de vez en cuando, se distingue el breve silbido de una consonante.

Es sordo, continuo, irritante, y parece que esos balbuceos, invisibles y movedizos como ratas, se entretengan royendo el silencio.

Violone se pone las zapatillas, se pasea entre las camas durante un rato, ora cosquilleando el pie de un alumno, ora tirando de la borla del gorro de otro, y se detiene junto a Marseau, con quien a diario da ejemplo de largas conversaciones que se prolongan hasta bien avanzada la noche. Por lo general, los alumnos han terminado con sus parloteos, que se apagan gradualmente, como si poco a poco se hubieran subido el embozo de la sábana hasta cubrirse la boca, y duermen cuando el preceptor aún está inclinado sobre la cama de Marseau, con los codos fuertemente apoyados en el hierro de la cama, insensible a la parálisis de sus antebrazos y al hormigueo que los recorre a flor de piel hasta la punta de los dedos.

Se divierte con sus relatos infantiles y lo mantiene despierto con confidencias íntimas e historias sentimentales. Enseguida se ha encariñado con él por la tierna y transparente coloración de su rostro, que parece iluminado por dentro. No es una piel, sino una pulpa detrás la que, a la menor variación atmosférica, se enmarañan visiblemente las venillas, como las líneas de un mapa bajo una hoja de papel de calco. Por otra parte, Marseau posee un modo muy seductor de ruborizarse de repente y sin saber por qué, como una muchacha. Con frecuencia algún compañero le hunde la punta del dedo en una mejilla y, al retirarla súbitamente, deja una mancha blanca que pronto se recubre de un hermoso color rojo que se expande con rapidez, como el vino en agua transparente, con una variedad de bellos matices, desde el rosa de la punta de la nariz hasta el lila de las orejas. Todos pueden hacerlo; Marseau se presta complaciente a los experimentos. Le han adjudicado los motes de Mariposa de Aceite, Linterna, Mejilla Colorada. Esta facultad de ruborizarse a voluntad le ha creado muchas envidias.

Pelo de Zanahoria, su vecino de cama, es quien más envidia le tiene. Pierrot

linfático y canijo, de rostro farináceo, en vano se pellizca hasta hacerse daño la epidermis exangüe para dotarla —¿de qué será?, ¡y no siempre!— de un puntito de un rojo dudoso. De buena gana le arañaría, con odio, y despellejaría, como si de naranjas se tratara, las bermejas mejillas de Marseau.

Desde la llegada de Violone, y tras llevar mucho tiempo intrigado, Pelo de Zanahoria se mantiene a la escucha, receloso quizá con razón, y deseoso de saber la verdad acerca del comportamiento taimado del preceptor. Emplea toda su habilidad de pequeño espía, simula un ronquido que da risa, cambia afectadamente de lado teniendo buen cuidado de dar una vuelta completa, lanza un grito penetrante como si tuviera una pesadilla, de modo que despierta a todo el dormitorio, asustado, e imprime un intenso movimiento de oleaje a las sábanas. Después, en cuanto Violone se ha alejado, dice a Marseau, con el torso fuera de la cama y casi sin aliento:

—¡Marica! ¡Marica!

El otro no dice nada. Pelo de Zanahoria se arrodilla en la cama, coge a Marseau por el brazo y lo sacude con fuerza.

—¿Me oyes? ¡Marica!

Marica parece no oírle. Pelo de Zanahoria, frenético, vuelve a la carga.

—¡Buena la has hecho…! ¿Crees que no os he visto? ¡Niega que te ha besado! ¡Di que no eres su marica!

Se yergue, con el cuello estirado, como un ganso blanco al que hubieran importunado, los puños cerrados en el borde de la cama.

Esta vez obtiene respuesta.

—¿Y qué?

De un brinco Pelo de Zanahoria se mete entre las sábanas.

El preceptor vuelve a entrar en escena, haciendo una repentina reaparición.

II

—Sí —dice Violone—, te he besado, Marseau; puedes confesarlo, pues no has hecho nada malo. Te he besado en la frente, pero Pelo de Zanahoria no puede comprenderlo. Demasiado depravado para su edad, no puede comprender que ha sido un beso casto y puro, un beso de padre a hijo, y que te quiero como a un hijo o, si lo prefieres, como a un hermano, y mañana el imbécil irá por ahí repitiendo quién sabe qué.

Ante tales palabras, mientras la voz de Violone vibra sordamente, Pelo de Zanahoria finge dormir. Sin embargo, levanta la cabeza para seguir escuchando.

Marseau escucha al preceptor, apenas sin aliento, pues, aun considerando muy naturales sus palabras, tiembla como si temiera la revelación de algún misterio. Violone prosigue, con voz lo más baja que puede. Son palabras inarticuladas, lejanas,

sílabas apenas delimitadas. Pelo de Zanahoria, que sin atreverse a darse la vuelta se acerca sigilosamente con ligeros movimientos de las caderas, ya no oye nada. Está tan sobreexcitado que tiene la sensación de que materialmente las orejas se le abren y se le ensanchan en forma de embudo en el que, sin embargo, no cae nada.

Recuerda haber experimentado a veces una sensación de esfuerzo parecido al escuchar detrás de las puertas, con el ojo pegado al de la cerradura, deseando agrandar el agujero y atraer hacia él como con un garfio lo que quería ver. Sin embargo, le parece que Violone sigue repitiendo:

—¡Sí, mi sentimiento es puro, puro, y ese imbécil no lo comprende!

Finalmente el preceptor, con la suavidad de una sombra, se inclina hacia la frente de Marseau, lo besa, lo acaricia con la perilla como con un pincel. Después se levanta para irse, y Pelo de Zanahoria le sigue con la mirada, mientras Violone se desliza entre las hileras de camas. Cuando su mano roza una cabecera, el durmiente importunado se da la vuelta en el lecho con un hondo suspiro.

Pelo de Zanahoria permanece al acecho durante un buen rato. Teme una nueva y repentina reaparición de Violone. Marseau ya se ha ovillado en su cama, con la manta tapándole los ojos, aunque está muy despierto, entregado al recuerdo de la aventura de la que no sabe qué pensar. No ve nada maligno en lo sucedido, nada que pueda atormentarlo. Sin embargo, en la noche reinante entre las sábanas, la imagen de Violone flota luminosamente, dulce como esas imágenes femeninas que lo han encendido en más de un sueño.

Pelo de Zanahoria se cansa de esperar. Los párpados se le pegan, como imantados. Se esfuerza en mirar fijamente el gas, casi apagado; pero, tras contar tres amagos de llamitas crepitantes y presurosas por salir del mechero, se duerme.

III

A la mañana siguiente, en el lavabo, mientras se frota ligeramente los pómulos con el borde de la toalla empapado de agua fría, Pelo de Zanahoria mira a Marseau con malicia y, empeñándose en parecer feroz, lo insulta de nuevo con los dientes apretados.

—¡Maricón ¡Maricón!

Las mejillas de Marseau enrojecen; sin embargo, reacciona sin ira, y con mirada casi suplicante dice:

—¡Te digo que lo que piensas no es cierto!

El preceptor pasa revista a las manos. Los alumnos, divididos en dos filas, ofrecen maquinalmente a la vista primero el dorso y a continuación la palma de las manos, que cierran rápidamente y vuelven a meter en los bolsillos, o bajo el edredón más cercano, para calentárselas. Por lo general Violone no las mira. En esta ocasión,

sin venir a cuento, considera que las de Pelo de Zanahoria no están limpias. Pelo de Zanahoria, ante la petición de que vuelva a lavárselas poniéndolas bajo el grifo, se rebela. De hecho, se puede observar en ellas una mancha azulina, pero el chico asegura que se trata de un inicio de sabañón. No hay duda de que le tienen ojeriza.

Violone está obligado a conducirle al despacho del señor director.

El señor director, madrugador, en su despacho de un color verde desvaído, prepara las clases de historia que imparte a los mayores en sus ratos libres. Clavando la punta de sus gruesos dedos en el tapete de la mesa, establece los principales hitos de la historia: aquí, la caída del Imperio romano; en el centro, la toma de Constantinopla por los turcos; más allá, la historia moderna, que empieza no se sabe dónde y no ha terminado.

Lleva un ancho batín cuyos galones bordados le ciñen el imponente pecho, cual jarcias alrededor de una columna. Ese hombre, evidentemente, come demasiado; sus facciones son gruesas y muy aparentes. Habla en voz muy alta, incluso a las mujeres, y los pliegues del cuello se le ondulan en un movimiento lento y rítmico. Además, destaca también por la redondez de sus ojos y el espesor de sus bigotes.

Pelo de Zanahoria permanece de pie ante él, con la gorra entre las piernas, para salvaguardar su libertad de movimientos.

Con un tono de voz terrorífico, el director pregunta:

—¿Qué ocurre?

—Señor, el preceptor me ha enviado aquí para que le diga que tengo las manos sucias, ¡pero no es verdad!

Y concienzudamente Pelo de Zanahoria le muestra las manos; primero el dorso y a continuación las palmas. El director las revisa; primero el dorso y a continuación las palmas.

—¡Ah, es verdad! —dice el director—. ¡Cuatro días de encierro, pequeño!

—El preceptor me tiene manía, señor —dice Pelo de Zanahoria.

—¡Ah, vaya! ¡Te tiene manía! ¡Ocho días de encierro, pequeño!

Pelo de Zanahoria conoce a ese hombre. Tal dulzura no le sorprende en absoluto. Está completamente decidido a afrontar lo que sea. Adopta un gesto firme, junta prietamente las piernas y, aun a riesgo de recibir una bofetada, se envalentona.

El señor director tiene la inocente manía de golpear de vez en cuando con el revés de la mano a algún alumno recalcitrante: ¡plaf! El objetivo de la bofetada, es decir, el alumno, debe ser lo bastante hábil para prever el golpe y agacharse, de modo que el director pierde el equilibrio, ante las risas ahogadas de todos los demás. Sin embargo, no vuelve a la carga, ya que su dignidad le impide valerse de astucias. Debe dar directamente en la mejilla elegida o, de lo contrario, renunciar.

—Señor —dice Pelo de Zanahoria, en verdad valiente y orgulloso—, ¡el preceptor y Marseau hacen cosas!

Los ojos del director se enturbian como si sendas moscas se hubieran metido de repente en ellos. Apoya los puños cerrados en el borde de la mesa, se incorpora a

medias, con la cabeza hacia delante, como si fuera a estrellarla contra el pecho de Pelo de Zanahoria, y con sonidos guturales pregunta:

—¿Qué cosas?

Pelo de Zanahoria parece pillado por sorpresa, desprevenido. Esperaba (quizá llegará luego) el vuelo de un macizo tomo de Henri Martin, por ejemplo, arrojado por mano dotada de puntería, y he ahí que le piden detalles.

El director espera. Los pliegues del cuello se le juntan para formar un único cojín, un espesor redondo de piel en el que, ladeada, se asienta su cabeza.

Pelo de Zanahoria vacila durante los instantes que tarda en comprender que no se le ocurre qué debe decir; después, con aire desconcertado, la espalda encorvada y una actitud aparentemente torpe y avergonzada, busca la gorra que tiene entre las piernas, la coge, aplastada, se encorva más, se encoge, la levanta despacio hasta la altura de la barbilla y poco a poco, taimadamente, con púdica cautela, hunde su simiesca cabeza en el forro acolchado, sin pronunciar palabra.

IV

El mismo día, después de una breve investigación, ¡Violone queda despedido! Es un adiós conmovedor, casi una ceremonia.

—Volveré —afirma Violone—. Se trata de una ausencia.

Sin embargo, no consigue que nadie lo crea. El colegio renueva su personal, como si temiera que enmoheciera. Es un vaivén de preceptores. Este se va como los otros, mejor aún: se va antes. Casi todos le quieren. No hay nadie que pueda comparársele en el arte de escribir títulos para los cuadernos, al estilo de: «Cuaderno de ejercicios de griego perteneciente a…». Moldea las mayúsculas como si fueran letras de rótulos. Los pupitres se vacían. Se forma un círculo alrededor de su escritorio. Su bonita mano, en la que brilla la piedra verde de un anillo, se pasea elegantemente sobre el papel. Improvisa una firma en la parte inferior de la página. Cual una piedra en el agua, cae con una ondulación y un remolino de líneas regulares y, a la vez, caprichosas que forman la rúbrica, una pequeña obra maestra. La cola de la rúbrica se extravía, se pierde en la misma rúbrica. Forzoso es mirar de muy cerca, buscar durante largo rato para encontrarla. Huelga decir que todo es producto de un solo trazo. En una ocasión consiguió trazar un enmarañamiento de líneas llamado viñeta. Los pequeños se quedan maravillados durante un rato.

Su despido los entristece hondamente.

De común acuerdo deciden que a la primera ocasión que se tercie zumbarán al director, es decir, inflarán las mejillas y, con los labios, imitarán el vuelo del moscardón para manifestar su descontento. Cualquier día lo harán, no fallarán.

Mientras tanto, se entristecen. Violone, que se siente añorado, tiene la coquetería

de partir a la hora del recreo. Cuando aparece en el patio, seguido de un mozo que le lleva la maleta, todos los pequeños se abalanzan sobre él. Estrecha manos, da golpecitos en las mejillas y trata de liberar los faldones de su levita sin desgarrarlos, cercado, aplastado y sonriente, emocionado. Unos, colgados de la barra fija, se paran en mitad de una voltereta y saltan a tierra, con la boca abierta, la frente sudorosa, las mangas de la camisa remangadas y los dedos separados porque los llevan impregnados de colofonia. Otros, más plácidos, que daban vueltas monótonamente por el patio, agitan la mano en señal de despedida. El mozo, encorvado bajo el equipaje, se detiene con objeto de mantener las distancias, lo que uno de los más pequeños aprovecha para plantar en su blanco delantal los cinco dedos untados de arena mojada. Las mejillas de Marseau se han puesto tan arreboladas que parecen pintadas. Experimenta su primera pena sentimental seria pero, turbado y obligado a reconocer que echará de menos al preceptor, como si fuera una especie de primita, se mantiene al margen, preocupado, casi avergonzado. Sin embarazo alguno, Violone se dirige hacia él justo cuando se oye un estruendo de cristales.

Todas las miradas se dirigen hacia arriba, al ventanuco de la celda de castigo. Aparece la desagradable y salvaje cabeza de Pelo de Zanahoria. Hace muecas, pálido como un animalillo enjaulado, malvado, con los cabellos sobre los ojos y enseñando los blancos dientes. Pasa la mano derecha sobre los restos del cristal roto, que le muerde como si tuviera vida, y amenaza a Violone con su puño ensangrentado.

—¡Imbécil! —dice el preceptor—. ¡Puedes estar contento!

—¡Demonios! —exclama Pelo de Zanahoria, mientras rompe otro cristal de un puñetazo—. ¿Por qué le besaba a él y no a mí? —Y embadurnándose la cara con la sangre que le mana de la mano cortada, añade—: ¡Yo también tengo las mejillas rojas cuando quiero!

Los piojos

En cuanto Félix, el hermano mayor, y Pelo de Zanahoria llegan del colegio San Marcos, la señora Lepic les hace tomar un baño de pies. De hecho, hace tres meses que lo necesitan, pues en el internado nunca se los lavan. Por otra parte, ningún artículo de las normas del establecimiento prevé el caso.

—¡Qué negros debes de tener los tuyos, mi pobre Pelo de Zanahoria! —dice la señora Lepic.

No se equivoca. Los de Pelo de Zanahoria siempre están más negros que los de Félix, el hermano mayor. ¿Por qué? Ambos viven juntos, llevan el mismo régimen de vida, en el mismo ambiente. Es verdad que, al cabo de tres meses, Félix, el hermano mayor, no puede mostrar unos pies blancos; pero Pelo de Zanahoria, según propia confesión, ni siquiera reconoce los suyos.

Avergonzado, los sumerge en el agua con la habilidad propia de un prestidigitador. Imposible verlos surgir de los calcetines y unirse a los de Félix, el hermano mayor, que ocupan ya el fondo de la tina. De inmediato una capa de mugre se extiende como una sábana sobre los cuatro horrores.

Como siempre, el señor Lepic se pasea de una ventana a la otra. Relee los boletines trimestrales de sus hijos, sobre todo las notas escritas por el propio señor rector. En el de Félix, el hermano mayor, se dice: «Atolondrado, pero inteligente. Llegará».

En el de Pelo de Zanahoria: «Cuando quiere, destaca, pero no siempre quiere».

La idea de que Pelo de Zanahoria destaque en ocasiones divierte a la familia. Ahora, con los brazos cruzados sobre las rodillas, deja que los pies se le remojen e hinchen de bienestar. Se siente observado. Lo encuentran más bien feo con esos cabellos demasiado largos y de un rojo oscuro. El señor Lepic, poco dado a las efusiones, solo atina a expresar la alegría que siente al volver a verle pinchándole. En su paseo por la estancia, al ir hacia la ventana le arrea un capirotazo en una oreja; al volver, le da con el codo, y Pelo de Zanahoria ríe con ganas.

Al fin el señor Lepic le pasa la mano por las greñas y chasquea las uñas como si quisiera matar algún piojo. Es su broma favorita.

Pero ahora mata uno a la primera.

—¡Vaya! ¡Qué puntería! —dice—. He acertado.

Y mientras con un poco de asco se limpia en los cabellos de Pelo de Zanahoria, la señora Lepic levanta los brazos al cielo.

—Me lo temía —dice, agobiada—. ¡Dios mío! ¡Buena la hemos hecho! Ernestine, corre a por una jofaina; hijita, ya tienes algo que hacer.

Ernestine, la hermana, trae una jofaina, un peine de púas finas y un platillo con vinagre. Y empieza la caza.

—¡Primero péiname! —exclama Félix, el hermano mayor—. ¡Seguro que me los ha pasado!

Se rasca furiosamente la cabeza con los dedos y pide un cubo de agua para ahogar a todo bicho viviente.

—Cálmate, Félix —dice Ernestine, la hermana, a quien le encanta sacrificarse—, no te haré daño.

Le coloca una toalla en torno al cuello y demuestra una habilidad y una paciencia propias de una madre. Separa el pelo con una mano, sostiene delicadamente el peine con la otra y, sin hacer ni una mueca de desdén, busca entre los cabellos sin miedo de atrapar a sus habitantes.

Cuando dice: «¡Otro!», Félix, el hermano mayor, patalea en la tina y amenaza con el puño a Pelo de Zanahoria, que, silencioso, aguarda su turno.

—Tú ya estás, Félix —dice Ernestine, la hermana—. Solo tenías siete u ocho, cuéntalos. Después contaremos los de Pelo de Zanahoria.

A la primera intervención del peine, Pelo de Zanahoria ya aventaja a su hermano. Ernestine, la hermana, cree haber descubierto el nido, pero solo ha cazado al azar en un hormiguero.

Rodean a Pelo de Zanahoria. Ernestine, la hermana, se aplica en su labor. El señor Lepic, con las manos a la espalda, sigue el curso del trabajo como un forastero curioso. La señora Lepic lanza exclamaciones lastimeras.

—¡Oh! —dice—. Necesitaremos una pala y un rastrillo.

Félix, el hermano mayor, agachado, remueve el agua de la jofaina y ve caer a los piojos. Caen envueltos en caspa. Se ve cómo agitan las patas, menudas como cejas cortadas. Se mueven a merced de las ondulaciones del agua de la jofaina y el vinagre los mata rápidamente.

SEÑORA LEPIC

La verdad es que no logramos comprenderte, Pelo de Zanahoria. A tu edad y ya tan crecido, debería darte vergüenza. Paso por alto los pies, que quizá solo te veas aquí, pero los piojos se te comen y no pides ayuda a tus maestros ni los cuidados de tu familia. Explícanos, te lo ruego, qué placer encuentras en dejarte devorar así, en vivo.

Tienes sangre entre las greñas.

PELO DE ZANAHORIA

El peine araña.

SEÑORA LEPIC

¡Ah, es el peine! ¡Vaya manera de dar las gracias a tu hermana! ¿Lo has oído, Ernestine? El señor, tan delicado, tiene quejas de su peluquera. Hija mía, te aconsejo que abandones enseguida a ese mártir voluntario a la plaga que lo consume.

ERNESTINE, LA HERMANA

Por hoy he terminado, mamá. Solo le he quitado lo más gordo; mañana le daré otra mano. Pero sé de una que se perfumará con agua de colonia.

En cuanto a ti, Pelo de Zanahoria, coge la jofaina y ponla sobre el murete del jardín. Que todo el pueblo venga a verla, para tu vergüenza.

Pelo de Zanahoria coge la jofaina y sale. Después de dejarla al sol, monta guardia junto a ella.

La primera en acercarse es la anciana Marie-Nanette. Siempre que encuentra a Pelo de Zanahoria, se detiene, lo observa con sus ojillos miopes y maliciosos y, moviendo su cofia negra, parece adivinar lo que ocurre.

—¿Qué es eso? —pregunta.

Pelo de Zanahoria no contesta. Ella se inclina sobre la jofaina.

—¿Son lentejas? La verdad es que no veo bien. Mi hijo Pierre debería comprarme un par de gafas.

Toca la jofaina con un dedo, como si se dispusiera a probar lo que hay en su interior. Decididamente no comprende nada.

—Y tú, ¿qué haces ahí, mohíno y con la mirada turbia? Seguro que te han regañado y estás castigado. Escucha, no soy tu abuela, pero pienso lo que pienso y te compadezco, pobrecito, porque imagino que te obligan a llevar una vida muy dura.

Pelo de Zanahoria, de una ojeada, se asegura de que su madre no puede oírlo y dice a la anciana Marie-Nanette:

—¿Y qué? ¿Acaso es asunto suyo? Métase en sus cosas y déjeme tranquilo.



Como Bruto

SEÑOR LEPIC

Pelo de Zanahoria, el año pasado no trabajaste como yo esperaba. Tus boletines de notas dicen que podrías haberlo hecho mucho mejor. Estás en las nubes, lees libros prohibidos. Dotado de una memoria excelente, obtienes calificaciones bastante buenas cuando te preguntan la lección, pero descuidas los deberes. Tienes que pensar en convertirte en una persona seria, Pelo de Zanahoria.

PELO DE ZANAHORIA

Cuenta conmigo, papá. Reconozco que el año pasado me descuidé un poco. Esta vez he hecho el propósito de trabajar duro, pero no te prometo ser el primero de la clase en todo.

SEÑOR LEPIC

Inténtalo al menos.

PELO DE ZANAHORIA

No, papá; me pides demasiado. No lo conseguiría ni en geografía, ni en alemán, ni en física y química, asignaturas en las que los más fuertes son dos o tres tipos nulos para el resto de materias y que solo se dedican a las que te he dicho. Imposible igualarles. Pero quiero (escucha, papaíto), quiero ser el primero en lengua francesa, y si pese a mis esfuerzos no lo consigo, al menos no tendré nada que reprocharme, y como Bruto podré exclamar con orgullo: «¡Oh, virtud, solo eres un nombre!».

SEÑOR LEPIC

¡Ah!, hijo mío, creo que los dominarás.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

¿Qué dice, papá?

ERNESTINE, LA HERMANA

Yo no le he oído.

SEÑORA LEPIC

Yo tampoco. ¿Quieres repetir lo que has dicho, Pelo de Zanahoria?

PELO DE ZANAHORIA

¡Oh!, nada, mamá.

SEÑORA LEPIC

¿Cómo? ¿No decías nada y perorabas, con la cara roja, el puño amenazante hacia el cielo y en voz tan alta que llegaba al otro lado del pueblo? Repite esa frase para que todos podamos oírla.

PELO DE ZANAHORIA

No vale la pena, mamá.

SEÑORA LEPIC

Sí, sí, hablabas de alguien; ¿de quién hablabas?

PELO DE ZANAHORIA

No lo conoces, mamá.

SEÑORA LEPIC

Razón de más. Para empezar, ojo con tu ironía, por favor, y obedece.

PELO DE ZANAHORIA

De acuerdo, mamá. Conversaba con papá, que me daba consejos de amigo, y por casualidad, no se cómo, se me ha ocurrido, para agradecérselos, comprometerme, como aquel romano llamado Bruto, e invocar a la virtud…

SEÑORA LEPIC

Bla-bla-bla, ya deliras. Te ruego que repitas, sin cambiar ni una palabra y en el mismo tono de voz, la frase que has pronunciado hace un momento. Creo que no te pido la luna y que bien puedes hacer eso por tu madre.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

¿Quieres que la repita yo, mamá?

SEÑORA LEPIC

No, primero él; luego tú, y después compararemos. Vamos, Pelo de Zanahoria.

PELO DE ZANAHORIA (*Balbucea, con voz llorosa*).

Virtud, solo eres un nombre.

SEÑORA LEPIC

Es mi desesperación. No se puede hacer nada con este chico. Se dejaría moler a palos antes que complacer a su madre.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

Mira, mamá, lo dijo así. (*Mueve los ojos y lanza miradas de desafío*). Si no soy el primero en lengua francesa (*hincha las mejillas y golpea el suelo con un pie*), exclamaré como Bruto (*levanta los brazos hacia el techo*): ¡Oh, virtud! (*los deja caer sobre los muslos*), ¡solo eres un nombre! Lo ha dicho así.

SEÑORA LEPIC

¡Bravo! Te felicito, Pelo de Zanahoria, y lamento tu testarudez, ya que una imitación nunca es lo mismo que el original.

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR

¿Estás seguro, Pelo de Zanahoria, de que fue Bruto quien lo dijo? ¿No fue Catón?

PELO DE ZANAHORIA

Estoy seguro de que fue Bruto. «Después se arrojó sobre una espada que le tendió

uno de sus amigos y murió».

ERNESTINE, LA HERMANA

Pelo de Zanahoria tiene razón. Incluso recuerdo que Bruto fingía haber enloquecido con el oro en una caña.

PELO DE ZANAHORIA

Perdona, hermana, te estás liando. Confundes a mi Bruto con otro.

ERNESTINE, LA HERMANA

Creía que era sí. De todos modos, te advierto que la señorita Sophie nos da unas clases de historia que están a la altura de las de tu profesor del instituto.

SEÑORA LEPIC

Poco importa. No discutáis. Lo esencial es tener un Bruto en la familia, y nosotros lo tenemos. ¡Que nos envidien, gracias a Pelo de Zanahoria! No somos conscientes de este honor. Admirad al nuevo Bruto. Habla latín como un obispo y se niega a decir la misa dos veces para provecho de los sordos. Dadle la vuelta; visto de frente, muestra las manchas de una chaqueta que ha estrenado hoy y, visto de espaldas, el pantalón roto. ¡Señor!, ¿dónde se habrá metido? ¡Mirad la pinta de Pelo de Zanahoria Bruto! ¡Anda, vete, especie de pequeño bruto!

Cartas escogidas

De Pelo de Zanahoria al señor Lepic
y algunas respuestas del señor Lepic a Pelo de Zanahoria

De Pelo de Zanahoria al señor Lepic.
Colegio San Marcos

Querido papá:

Mis sesiones de pesca durante las vacaciones me removieron la sangre. Me han salido unos granos enormes en las piernas. Unos granos como clavos. Estoy en la cama. Permanezco echado sobre la espalda y la enfermera me pone cataplasmas. Hasta que el forúnculo revienta, me duele. Después, ya está. Pero se multiplican como pollitos. Por uno que se me cura, me salen tres. Por otra parte, espero que no sea nada.

Tu hijo afectísimo

Respuesta del señor Lepic

Querido Pelo de Zanahoria:

Ya que te preparas para la primera comunión y vas a catecismo, debes saber que la especie humana no te ha esperado a ti para tener clavos. Jesucristo los tuvo en los pies y en las manos. No se quejaba y, sin embargo, los suyos eran de verdad.

¡Ánimo!

Tu padre, que te quiere

De Pelo de Zanahoria al señor Lepic

Querido papá:

Tengo el placer de comunicarte que acaba de salirme una muela. Aunque no tengo edad para que así sea, creo que se trata de una muela del juicio precoz. Me atrevo a esperar que no sea la única y que siempre te dé motivos para que te sientas satisfecho de mi buen comportamiento y mi aplicación.

Tu hijo afectísimo

Respuesta del señor Lepic

Querido Pelo de Zanahoria:

Justo cuando a ti te salía la muela, una de las mías empezaba a moverse. Decidió caerse ayer por la mañana. De manera que si tú tienes una muela más, tu padre tiene una menos. Por lo tanto, nada ha cambiado y el número de muelas de la familia sigue siendo el mismo.

Tu padre, que te quiere

De Pelo de Zanahoria al señor Lepic

Querido papá:

Imagínate que ayer fue el santo del señor Jâques, nuestro profesor de latín, y que, de común acuerdo, los alumnos me eligieron para felicitarle en nombre de toda la clase. Henchido por semejante honor, preparo aplicadamente el discurso, en el que intercalo adrede algunas citas latinas. Lo digo sin falsa modestia: estoy satisfecho de mi trabajo. Lo paso a limpio en un folio y, el día señalado, animado por mis compañeros, que murmuran: «Vamos, ve, ve…», aprovecho un momento en que el señor Jâques no nos mira y avanzo hacia su tarima. Pero apenas desdoblo la hoja de papel y exclamo con voz potente: «¡VENERADO MAESTRO!», el señor Jâques se levanta furioso y grita:

—¡Haga el favor de largarse a su sitio ahora mismo!

Puedes imaginar lo que sigue: huyo de estampida y corro a sentarme, mientras mis amigos se esconden detrás de sus libros y el señor Jâques me ordena, con voz iracunda:

—Traduzca.

¿Qué opinas, querido papá?

Respuesta del señor Lepic

Querido Pelo de Zanahoria:

Cuando seas diputado, verás cosas peores. Cada cual desempeña su función. Si han puesto a tu profesor en una tarima, aparentemente es para que él pronuncie discursos, no para que escuche los tuyos.

De Pelo de Zanahoria al señor Lepic

Querido papá:

Acabo de entregar tu liebre al señor Legris, nuestro profesor de historia y de geografía. La verdad es que me ha dado la sensación de que el regalo le ha gustado. Te da las gracias efusivamente. Como he entrado con el paraguas mojado, él mismo me lo ha cogido de las manos para llevarlo al vestíbulo. Después hemos charlado de esto y lo otro. Me ha dicho que si yo quisiera a fin de año podría llevarme el primer premio de historia y de geografía. Pero ¿podrás creer que he permanecido de pie

durante todo el rato que ha durado nuestra conversación y que el señor Legris, que aparte de esto ha sido muy amable, lo repito, ni siquiera me ha indicado que me sentara?

¿Ha sido un descuido o falta de educación?

Lo ignoro, y tengo curiosidad por saber tu opinión, querido papá.

Respuesta del señor Lepic

Querido Pelo de Zanahoria:

Siempre te estás quejando. Te quejas porque el señor Jâques te hace sentar, y te quejas porque el señor Legris te deja de pie. Quizá eres aún demasiado joven para exigir miramientos. Si el señor Legris no te ha ofrecido un asiento, excúsale; seguramente, engañado por tu poca estatura, te habrá creído sentado.

De Pelo de Zanahoria al señor Lepic

Querido papá:

Me he enterado de que tienes que ir a París. Comparto la alegría que sentirás al visitar la capital, que tanto me gustaría conocer y donde mi corazón estará contigo. Comprendo que mis trabajos escolares me impiden hacer este viaje, pero aprovecho la ocasión para preguntarte si podrías comprarme uno o dos libros. Me sé los míos de memoria. Elige los que quieras, no importa cuáles. En el fondo, tanto da. Sin embargo, desearía en especial *La Henriada*, de François-Marie Arouet de Voltaire, y *La nueva Eloísa*, de Jean-Jacques Rousseau. Si me los traes (en París, los libros no cuestan nada), te juro que el preceptor nunca me los confiscará.

Respuesta del señor Lepic

Querido Pelo de Zanahoria:

Los escritores de quienes me hablas eran hombres como tú y como yo. Lo que hicieron, puedes hacerlo tú. Escribe libros; no tendrás que esperarte para leerlos.

Del señor Lepic a Pelo de Zanahoria

Querido Pelo de Zanahoria:

Tu carta de esta mañana me ha sorprendido muchísimo. La releo en vano. No es tu estilo habitual y hablas en ella de cosas extrañas que no considero ni de tu competencia ni de la mía.

Normalmente nos hablas de tus cosas, nos comunicas los puestos que obtienes, las cualidades o los defectos que encuentras en los profesores, el nombre de tus nuevos compañeros, el estado de tu ropa, si duermes y comes bien.

Eso es lo que me interesa. Hoy no comprendo nada. ¿A qué viene esta salida sobre la primavera, si estamos en invierno? ¿Qué quieres decir? ¿Necesitas una

bufanda? Tu carta no lleva fecha y no se sabe si la diriges a mí o al perro. Incluso tu letra me parece otra, y la disposición de los renglones y la cantidad de mayúsculas me desconciertan. En resumen, pareces burlarte de alguien. Supongo que de ti, y no te lo reprocho, solo lo señalo.

Respuesta de Pelo de Zanahoria

Querido papá:

Unas líneas apresuradas para explicarte mi última carta. No has advertido que estaba escrita en verso.

El cobertizo

Ese pequeño cobertizo en el que, unos tras otros, han vivido gallinas, conejos y cerdos, y que ahora está vacío, pertenece en exclusiva a Pelo de Zanahoria durante las vacaciones. Entra en él cómodamente, pues no tiene puerta. Algunas ortigas pequeñas ornan el umbral, y si Pelo de Zanahoria las mira tendido de bruces se le antojan un bosque. Un polvo fino recubre el suelo. Las piedras de las paredes brillan de humedad. Pelo de Zanahoria roza el techo con sus cabellos. Es su casa y allí se divierte, desdeñando los cargantes juguetes gracias a su imaginación.

Su principal entretenimiento consiste en cavar cuatro nidos con el trasero, uno en cada rincón del cobertizo. Con la mano, como si de una pala se tratara, recoge puñados de polvo y se acomoda.

La espalda contra la pared lisa, las piernas dobladas, las manos cruzadas sobre las rodillas, a cubierto, se encuentra bien. De hecho, menos espacio no puede tener. Se olvida del mundo, ya no le teme. Lo único que le alteraría sería un buen trueno.

El agua de lavar los platos que fluye no lejos de allí, por el desagüe del fregadero, ora a torrentes, ora gota a gota, le envía frescas bocanadas.

De repente, una alarma.

Llamadas, pasos que se acercan.

—¡Pelo de Zanahoria! ¡Pelo de Zanahoria!

Se agacha una cabeza y Pelo de Zanahoria, reducido a un ovillo, cobijándose entre la tierra y la pared, conteniendo la respiración, con la boca abierta, e incluso con la mirada inmovilizada, advierte que unos ojos hurgan en la oscuridad.

—Pelo de Zanahoria, ¿estás ahí?

Le revientan las sienes, sufre. Está a punto de gritar de angustia.

—No está aquí, el animalillo. ¿Dónde demonios estará?

Se alejan, y el cuerpo de Pelo de Zanahoria se dilata un poco, recobra la calma.

Su pensamiento sigue recorriendo los largos caminos del silencio.

De pronto un gran estrépito le llena los oídos. En el techo, un mosquito ha quedado preso en una tela de araña, vibra y se debate. Y la araña se desliza a lo largo de un hilo. Su vientre tiene la blancura de una miga de pan. Se queda suspendida por un instante, inquieta, hecha una pelota.

Pelo de Zanahoria la acecha, aguarda el desenlace y, cuando la trágica araña se lanza, cierra la estrella de sus patas y atrapa la presa que se comerá, él se levanta, lleno de ardor, como si quisiera su parte.

Nada más.

La araña asciende de nuevo. Pelo de Zanahoria se sienta, vuelve a encerrarse en sí mismo, en su alma de liebre, donde es de noche.

Pronto, como un hilillo de agua obstaculizado por la arena, su ensimismamiento se detiene, por falta de pendiente, forma un charco y se estanca, pudriéndose.

El gato

I

Pelo de Zanahoria lo ha oído decir: nada como la carne de gato para pescar cangrejos, ni las tripas de pollo ni los desechos de una carnicería.

Sabe de un gato, despreciado por viejo, por enfermo, por viejo, por esto y aquello, y por pelado. Pelo de Zanahoria lo invita a su casa, a su cobertizo, a tomar una taza de leche. Estarán solos. Puede suceder que un ratón se aventure a salir por algún agujero de la pared, pero Pelo de Zanahoria solo le promete la taza de leche. Se la pone en un rincón. Empuja al gato hacia la taza y dice:

—Deléitate.

Le acaricia el lomo, le da nombres cariñosos, observa sus rápidos lengüetazos y, al final, se enternece.

—Pobre viejo, disfruta de lo que te queda.

El gato vacía la taza, limpia el fondo, seca el borde, y solo se lame los labios, en los que ha quedado azúcar.

—¿Has terminado? ¿Has terminado del todo? —pregunta Pelo de Zanahoria, que sigue acariciándole—. Seguro que te beberías otra taza, pero solo he podido robar esto. De todos modos, tarde o temprano…

Con estas palabras, le pone el cañón de la carabina en la frente y dispara.

La detonación le aturde. Cree que el mismísimo cobertizo ha saltado por los aires y, cuando la nube se disipa, ve al gato, que, a sus pies, le mira con un ojo abierto.

Ha desaparecido la mitad de la cabeza del animal, y la sangre mana en la taza de leche.

—No parece muerto —dice Pelo de Zanahoria—. Caramba, sin embargo, he apuntado bien.

El único ojo del gato, de un color amarillo brillante, le inquieta tanto que no se atreve a moverse.

El gato, a juzgar por el temblor de su cuerpo, se diría que vive, pero no intenta hacer ningún esfuerzo para desplazarse. Parece sangrar en la taza adrede, poniendo mucho cuidado en que todas las gotas caigan en el recipiente.

Pelo de Zanahoria no es un principiante. Ha matado pájaros silvestres, animales domésticos y un perro, por propio placer o por el de otro. Sabe cómo proceder y que, si el animal es duro de pelar, hay que apresurarse, excitarse, rabiar, arriesgarse, si es preciso, a una lucha cuerpo a cuerpo. De lo contrario, nos asaltan por sorpresa accesos de falsa sensibilidad. Nos volvemos cobardes. Perdemos el tiempo, no acabamos nunca con el trámite.

Primero recurre a algunos arrumacos prudentes. Después coge al gato por la cola y le asesta en la nuca unos golpes de carabina tan violentos que cada uno parece el último, el golpe de gracia.

Con las patas enloquecidas, el gato moribundo araña el aire, se hace un ovillo o se queda tendido y deja de gritar.

—¿Quién afirmaba que los gatos lloran al morir? —dice Pelo de Zanahoria.

Se impacienta. La cosa se prolonga demasiado. Arroja la carabina al suelo, abraza al animal y, exaltándose al contacto con las garras que le penetran la piel, con los dientes apretados y las venas agitadas, lo ahoga.

Pero él también se ahoga, vacila, agotado, y cae al suelo, sentado, con la cara pegada a la del animal y los dos ojos clavados en el ojo del gato.

II

Pelo de Zanahoria está acostado en su cama de hierro.

Sus padres y los amigos de estos, reclamados con premura, visitan, encorvados bajo el techo del cobertizo, el escenario del drama.

—¡Ah! —dice la madre—. Tuve que centuplicar mis fuerzas para arrancarle de las manos el gato despedazado, que tenía apretado contra el corazón. Os aseguro que a mí no me abraza así.

Mientras ella explica los indicios de una ferocidad, que posteriormente será legendaria en las veladas familiares, Pelo de Zanahoria duerme y sueña:

Pasea a lo largo de un arroyo, en el que los rayos de la consabida luna se tornan movedizos y se entrecruzan como las agujas de una mujer que hace calceta.

Los pedazos del gato llamean en las pequeñas redes a través del agua transparente.

Brumas blancas se deslizan a ras del prado y quizá ocultan tenues fantasmas.

Pelo de Zanahoria, con las manos a la espalda, les demuestra que no tienen nada que temer.

Un buey se acerca, se detiene y resopla; se marcha enseguida, mandando hasta el cielo el ruido de sus cuatro pezuñas, se desvanece.

Qué calma si el arroyo charlatán no cacareara, no cuchicheara, no exasperara tanto, él solo, como una asamblea de ancianas.

Pelo de Zanahoria, como si quisiera golpearle para hacerle callar, levanta despacio la estaca de las redes, y he aquí que de entre las cañas aparecen cangrejos gigantes.

Emergen y salen del agua, erguidos, relucientes.

Pelo de Zanahoria, agarrotado por la angustia, no atina a huir.

Y los cangrejos lo rodean.

Se le suben a la garganta.
Crepitan.
Ya abren sus enormes pinzas.

Los carneros

Al principio Pelo de Zanahoria solo ve vagas bolas saltarinas. Lanzan gritos ensordecedores que se mezclan, como niños que juegan en el patio de la escuela. Una se le tira a las piernas, y Pelo de Zanahoria experimenta un ligero malestar; otra salta a la luz de la claraboya. Es un cordero. Pelo de Zanahoria sonríe por haber tenido miedo. Sus ojos se acostumbran gradualmente a la oscuridad y los detalles se concretan.

Ha empezado la época de los nacimientos. Cada mañana el granjero Pajol cuenta dos o tres corderos más. Los encuentra extraviados entre las madres, torpes, inseguros sobre sus patas rígidas: cuatro trozos de madera toscamente esculpida.

Pelo de Zanahoria aún no se atreve a acariciarlos. Más osados, los animalitos le chupetean los zapatos o le ponen encima las patas delanteras, con una brizna de heno en la boca.

Los mayores, los de una semana de vida, se estiran con un gran esfuerzo de las patas traseras y ejecutan un zigzag en el aire. Los de un día, flacos, caen sobre las rodillas angulosas, para volver a levantarse llenos de vida. Uno recién nacido se arrastra, viscoso; aún no le ha lamido la madre, que, molesta por su bolsa hinchada de agua y bamboleante, lo rechaza a cabezazos.

—¡Mala madre! —dice Pelo de Zanahoria.

—Los animales actúan como las personas —apunta Pajol.

—Seguro que le gustaría darlo a criar.

—Más o menos —dice Pajol—. A más de uno hay que darle el biberón, un biberón como los que se compran en la farmacia. Pero eso dura poco; la madre acaba por enternecerse. Además, se las enseña a criarlos.

La coge y la aísla en una jaula. Le ata una corbata de paja al cuello para reconocerla en caso de que se escape. El cordero la ha seguido. La oveja come haciendo ruido, como si raspara, y el pequeño, tembloroso, se levanta sobre sus blandos miembros, intenta mamar, quejoso, con el morrito envuelto en una gelatina temblequeante.

—¿Cree usted que adquirirá sentimientos más humanos? —pregunta Pelo de Zanahoria.

—Sí, cuando se le cure el trasero —contesta Pajol—. Ha tenido partos muy duros.

—Insisto en mi idea —dice Pelo de Zanahoria—. ¿Por qué no confiar provisionalmente la cría al cuidado de otra oveja?

—Ella no querría —responde Pajol.

En efecto, desde los cuatro rincones del establo los balidos de las madres se cruzan indicando la hora de mamar y, aunque idénticos a los oídos de Pelo de Zanahoria, para los corderos poseen matices, pues sin equivocarse cada uno de ellos se abalanza directamente a las ubres de su madre.

—Aquí no hay ladronas de crías —afirma Pajol.

—Qué extraño resulta ese instinto familiar en estos fardos de lana —dice Pelo de Zanahoria—. ¿Qué explicación tiene? Quizá se deba a su fino olfato.

Le entran ganas de taparle la nariz a una de ellas para ver qué pasa.

Compara a los hombres con los carneros, y le gustaría saber el nombre de los corderos.

Mientras los corderos chupan con avidez, sus mamás comen tranquilamente, indiferentes, pese a los bruscos golpes de los hocicos que reciben en los flancos. En el agua de un abrevadero, Pelo de Zanahoria descubre trozos de cadenas, ruedas, una pala usada.

—¡Vaya, qué limpio tiene el abrevadero, eh! —dice con retintín—. Seguro que con toda esa chatarra alimenta bien a sus bestias!

—Exacto —dice Pajol—. ¿Acaso no tomas tú píldoras?

Invita a Pelo de Zanahoria a que pruebe el agua. Le echa todo cuanto encuentra a mano para hacerla más nutritiva.

—¿Quieres una garrapata? —pregunta.

—Con mucho gusto —responde Pelo de Zanahoria, ignorante de lo que se trata —, gracias por adelantado.

Pajol hurga en la densa lana de una de las madres, y con las uñas atrapa una garrapata amarillenta, redonda, rolliza, ahíta, enorme. Según Pajol, dos de ese tamaño devorarían la cabeza de una criatura como si de una ciruela se tratara. La pone en el hueco de la mano de Pelo de Zanahoria y le sugiere que, si quiere divertirse, la eche en el cuello o en el pelo de su hermano o de su hermana.

La garrapata ya trabaja, ataca la piel. Pelo de Zanahoria siente picotazos en los dedos, como si le cayera granizo. Enseguida llegan a la muñeca, y al codo. Diríase que la garrapata se multiplica, que se dispone a roerle todo el brazo, hasta el hombro.

Peor para la garrapata; Pelo de Zanahoria la aplasta y se limpia la mano en el lomo de una oveja, sin que Pajol lo advierta.

Dirá que la ha perdido.

Durante un instante Pelo de Zanahoria escucha ensimismado los balidos, que poco a poco se acallan. Dentro de un momento solo se oirá el ruido sordo del heno triturado por las lentas mandíbulas.

Colgada de un travesaño del pesebre, una capa de lana de rayas desteñidas parece la única guardiana de los carneros.

El padrino

A veces, la señora Lepic permite a Pelo de Zanahoria ir a visitar a su padrino e incluso pasar la noche con él. Es un anciano brusco, solitario, que se pasa la vida pescando o en las viñas. No quiere a nadie y solo soporta a Pelo de Zanahoria.

—¡Has venido, pajarito! —le dice.

—Sí, padrino —dice Pelo de Zanahoria sin besarlo—. ¿Me has preparado mi caña?

—Con una para los dos tendremos suficiente —responde el padrino.

Pelo de Zanahoria abre la puerta de la granja y ve su caña preparada. Así le pincha siempre el padrino, pero Pelo de Zanahoria, que lo sabe, no se enfada y esa manía del viejo apenas complica sus relaciones. Cuando dice sí, significa no, y al revés.

Si eso le divierte, a mí no me molesta, piensa Pelo de Zanahoria.

Y siguen tan amigos.

El padrino, que por lo general solo cocina una vez a la semana, en honor de Pelo de Zanahoria pone al fuego una gran olla de alubias con un buen trozo de tocino y, para empezar la jornada, le hace tomar un vaso de vino.

Después se van a pescar.

El padrino se sienta a la orilla del agua y desenrolla metódicamente su sedal. Apuntala con pesadas piedras sus impresionantes cañas y solo pesca peces grandes, a los que envuelve, en una toalla para que se mantengan frescos, como si fueran bebés.

—Sobre todo —indica a Pelo de Zanahoria—, no tires de la caña hasta que el corcho se haya hundido tres veces.

PELO DE ZANAHORIA

¿Por qué tres veces?

EL PADRINO

La primera no significa nada: el pez mordisquea. La segunda va en serio: traga. La tercera es cosa segura: no tiene escapatoria. Nunca es demasiado tarde para tirar de la caña.

Pelo de Zanahoria prefiere pescar gobios. Se descalza, entra en el río y remueve el fondo arenoso con los pies para enturbiar al agua. Los gobios, estúpidos, acuden y Pelo de Zanahoria, cada vez que echa la caña, saca uno. Apenas le da tiempo a gritar al padrino: «¡Dieciséis, diecisiete, dieciocho…!».

El padrino, cuando ve el sol situado encima de su cabeza, regresa a casa a almorzar. Atiborra de alubias a Pelo de Zanahoria.

—No conozco nada mejor —dice—, pero me gustan cocidas con caldo. Preferiría morder el hierro de un pico a comer una alubia que cruje entre los dientes, como el chasquido de un balín en el ala de una perdiz.

PELO DE ZANAHORIA

Estas se deshacen en la lengua. Normalmente a mamá no le quedan del todo mal, pero no le salen como estas. Debe de ahorrar leche.

EL PADRINO

Pajarito, me encanta verte comer. Apuesto cualquier cosa a que en casa de tu madre no comes hasta hartarte.

PELO DE ZANAHORIA

Depende del hambre que ella tenga. Si tiene hambre, como hasta que se sacia. Al servirse, me sirve a mí generosamente. Cuando ella termina, yo también.

EL PADRINO

Vuelve a pedir, tonto.

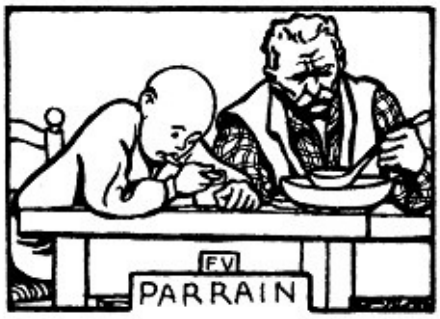
PELO DE ZANAHORIA

Decirlo es fácil, padrino. Además, siempre es mejor quedarse con hambre.

EL PADRINO

¡Y yo, que no tengo hijos, le lamería el culo a un mono, si ese mono fuera mi hijo! ¡Ya ves!

Terminan la jornada en la viña, donde Pelo de Zanahoria ora contempla cavar a su padrino y le sigue paso a paso, ora mordisquea una ramita de mimbrera, tumbado sobra haces de sarmientos, con la mirada hacia el cielo.



La fuente

No duerme con el padrino por el placer de dormir. Aunque la habitación sea fría, el colchón de pluma da demasiado calor, y las plumas, suaves para los avejentados miembros del cuerpo del padrino, pronto hacen sudar al ahijado. Pero, eso sí, al menos duerme lejos de su madre.

—¿Le tienes mucho miedo? —pregunta el padrino.

PELO DE ZANAHORIA

Más bien es ella la que no me tiene miedo a mí. Cuando quiere castigar a mi hermano, él va a por un mango de escoba, se planta delante de mi madre y te juro que ella cede. Por eso, prefiere cogerle por el lado de los sentimientos. Dice que Félix tiene un carácter tan susceptible que con golpes no se conseguiría nada y que, en cambio, a mí me van mejor.

EL PADRINO

Deberías probar lo de la escoba, Pelo de Zanahoria.

PELO DE ZANAHORIA

¡Ah, si me atreviera a hacerlo! Félix y yo nos hemos pegado muchas veces, en serio o jugando. Soy tan fuerte como él. Me defendería igual que él, pero si yo fuera armado con una escoba, seguro que mamá creería que me dispongo a dársela; la escoba pasaría de mis manos a las suyas, y quizá me daría las gracias antes de golpearme con ella.

EL PADRINO

¡Duerme, pajarito, duerme!

Ninguno de los dos puede dormir. Pelo de Zanahoria se da la vuelta, se asfixia y busca el aire, y a su anciano padrino le da pena.

De repente, cuando Pelo de Zanahoria empieza a adormecerse, el padrino lo coge del brazo.

—¿Estás ahí, pajarito? —dice—. Soñaba, y creía que aún estabas en la fuente. ¿Te acuerdas de la fuente?

PELO DE ZANAHORIA

Como si estuviera allí, padrino. No te lo digo como un reproche, pero me hablas de la fuente muy a menudo.

EL PADRINO

Pobre gorrioncito mío, cuando pienso en lo que sucedió, tiemblo de pies a cabeza. Me había dormido en la hierba. Tú jugabas al borde de la fuente, resbalaste, te caíste; gritabas, te debatías, y yo, miserable de mí, no te oía en absoluto. Apenas había agua para cubrir a un gato, pero tú no te levantabas. Y eso era lo malo. ¿No pensabas

levantarte?

PELO DE ZANAHORIA

¡Si crees que recuerdo qué pensaba en la fuente…!

EL PADRINO

Por fin tu chapoteo me despertó. Menos mal. ¡Pobre pajarito, pobre pajarito! Vomitabas como una bomba. Te cambiamos, te pusimos el traje de los domingos del pequeño Bernard.

PELO DE ZANAHORIA

Sí, me picaba. Me rascaba. ¿Era un traje de crin?

EL PADRINO

No, pero el pequeño Bernard no tenía una camisa limpia para prestarte. Ahora me río, pero un minuto, un segundo más, y te saco muerto.

PELO DE ZANAHORIA

Ya no estaría aquí.

EL PADRINO

Calla, calla. La de tonterías que me he dicho a mí mismo, y desde entonces no he vuelto a dormir bien nunca más. Este ha sido mi castigo: perder el sueño. Me lo merezco.

PELO DE ZANAHORIA

Padrino, yo no me lo merezco y me gustaría dormir.

EL PADRINO

Duerme, pajarito, duerme.

PELO DE ZANAHORIA

Si quieres que duerma, suéltame la mano, padrinito. En cuanto me haya dormido, te la devuelvo. Y aparta la pierna; me molestan los pelos. Si me tocan, no puedo dormir.

Las ciruelas

Están nerviosos desde hace rato, removiéndose sobre el colchón de plumas. El padrino pregunta:

—¿Duermes, pajarito?

PELO DE ZANAHORIA

No, padrino.

EL PADRINO

Yo tampoco. Tengo ganas de levantarme. Si quieres, podemos ir a buscar gusanos.

—Buena idea —dice Pelo de Zanahoria.

Saltan de la cama, se visten, encienden una linterna y salen al jardín.

Pelo de Zanahoria lleva la linterna, y el padrino, una caja de hojalata medio llena de tierra húmeda. En su interior, una provisión de gusanos para pescar. Los guarda cubiertos con musgo húmedo, de modo que nunca carece de ellos. Cuando ha llovido durante todo el día, la recolección es abundante.

—Ve con cuidado de no pisarlos —indica a Pelo de Zanahoria—. Camina despacio. Si no tuviera miedo de acatarrarme, me pondría zapatillas. Al menor ruido, los gusanos vuelven a meterse en sus agujeros. Solo se les puede atrapar si se alejan mucho de sus guaridas. Hay que agarrarlos de golpe y apretarlos un poco, para que no se deslicen entre los dedos. Si vuelven a meter en el agujero una parte de su cuerpo, déjalos: los romperías. Un gusano roto no vale para nada. Además, pudre al resto, y a los peces delicados no les gustan. Hay pescadores que escatiman los gusanos; es un error. Solo se pescan buenos peces con gusanos enteros, vivos, de los que se retuercen en el fondo del agua. Los peces imaginan que los gusanos están huyendo, corren tras ellos y, confiados, los devoran.

—Casi siempre se me escapan —dice Pelo de Zanahoria, y me quedo con los dedos embadurnados de su baba asquerosa.

EL PADRINO

Un gusano no es asqueroso. Es lo más limpio del mundo. Se alimenta solo de tierra y, si lo apretamos, suelta solo tierra. Yo me los comería.

PELO DE ZANAHORIA

Pues yo te los regalo. A ver, cómetelos.

EL PADRINO

Estos están un poco gordos. Primero habría que pasarlos por la parrilla y luego extenderlos sobre una rebanada de pan. Sin embargo, sí me como crudos los pequeños, los de las ciruelas, por ejemplo.

PELO DE ZANAHORIA

Sí, ya lo sé. Por eso le das asco a mi familia, sobre todo a mamá, quien, en cuanto piensa en ti tiene náuseas. En cambio yo, aunque no te imito, no te censuro, porque no eres una persona complicada y nos entendemos muy bien.

Baja la linterna, coge una rama del ciruelo y arranca algunas ciruelas. Se guarda las buenas y da las agusanadas a su padrino, quien, tras devorarlas de golpe, con hueso y todo, dice:

—Son las mejores.

PELO DE ZANAHORIA

¡Oh!, acabaré por probarlas y me las comeré, como tú. Solo tengo miedo de oler mal y de que mamá, al besarme, se dé cuenta.

—No huele en absoluto —dice el padrino, y echa el aliento a la cara de su ahijado.

PELO DE ZANAHORIA

Es cierto. Solo hueles a tabaco. En realidad, apestas. Te quiero mucho, padrinito, pero te querría más, más que a nadie, si no fumaras en pipa.

EL PADRINO

¡Pajarito, pajarito! Eso me mantiene en forma.

Mathilde

—Mamá, ¿sabes que Pelo de Zanahoria sigue jugando a marido y mujer con la pequeña Mathilde, en el prado? —dice Ernestine, la hermana, casi sin aliento—. Y Félix, el hermano mayor, los viste. Si no me equivoco, eso está prohibido.

En efecto, en el prado la pequeña Mathilde se queda quieta y rígida, tocada con clemátides silvestres de flores blancas. Tan adornada, parece de verdad una novia aderezada de azahar. Tiene tantas como para calmar todos los cólicos que pueda sufrir a lo largo de su vida.

Las clemátides, trenzadas en forma de corona que luce en la cabeza, descienden ondeando hasta debajo del mentón, por los hombros, a lo largo de los brazos, ligeras, enguirnaldan el talle y, ya en el suelo, componen una cola rampante que Félix, el hermano mayor, alarga más y más.

Retrocede y dice:

—¡No te muevas! Ahora te toca a ti, Pelo de Zanahoria.

Pelo de Zanahoria, a su vez, va vestido de novio. Está cubierto también él de clemátides, entre las que florecen aquí y allá adormideras, bayas de acebo y un diente de león amarillo, para distinguirse de Mathilde. No tiene ganas de reír, y los tres permanecen serios. Saben qué tono requiere cada ceremonia. En los entierros hay que estar triste de principio a fin, y en las bodas hay que estar serio hasta que termina la misa. De lo contrario, el juego no es divertido.

—Cogeos de la mano —indica Félix, el hermano mayor—. ¡Adelante, despacio!

Avanzan con paso lento, separados. Cuando Mathilde tropieza, se recoge la cola y la sostiene con los dedos. Pelo de Zanahoria, gallardamente, la espera con una pierna levantada.

Félix, el hermano mayor, los guía por el prado. Camina hacia atrás, y con el balanceo de sus brazos les indica la cadencia de la marcha. Se cree el señor alcalde y los saluda; después el señor cura y los bendice; luego el amigo que los felicita, y a continuación el violinista, y rasca un palo con otro.

Los pasea de aquí allá.

—¡Alto! —dice—. Eso no pita.

La pausa dura solo unos segundos, el tiempo que tarda en aplastar la corona de Mathilde propinándole una palmada.

—¡Ay! —exclama ella, haciendo una mueca.

—¡Ya está! —dice él—. Ahora sois marido y mujer. Besaos. —Al verles vacilar, añade—: ¡Vamos! ¿Qué pasa? Besaos. Cuando la gente se casa, se besa. Cortejaos, declaraos vuestro amor. Parecéis unos plastas.

Con aires de superioridad, se burla de la torpeza de la pareja, él, que quizá ya ha pronunciado palabras de amor. Da ejemplo siendo el primero en besar a Mathilde, lo que le cuesta un esfuerzo.

Pelo de Zanahoria se envalentona, busca el rostro de Mathilde entre la planta

trepadora y la besa en la mejilla.

—No lo digo en broma —dice—, me encantaría casarme contigo.

Mathilde le devuelve el beso. Torpes, vergonzosos, se sonrojan.

Félix, el hermano mayor, les hace señal de cornudos.

—¡Os ponéis colorados!

Se frota dos dedos uno con el otro, da unas patadas en el suelo y les hace la pedorreta.

—¡Serán imbéciles! Creen que es de verdad.

—Para empezar —replica Pelo de Zanahoria—, yo no me pongo colorado y, además, ya puedes burlarte, que no serás tú quien me impida casarme con Mathilde, si mamá quiere.

Pero he aquí que mamá acaba de decir que no, que no quiere. Abre la cerca del prado. Entra seguida de Ernestine, la chivata. Al pasar junto al seto rompe una rama, le quita las hojas y deja las espinas.

Llega directa e inevitable como la tormenta.

—Ojo con los tortazos —dice Félix, el hermano mayor.

Huye al fondo del prado. Allí está a salvo y puede ver lo que sucede.

Pelo de Zanahoria nunca se escapa. Por lo general, aunque cobarde, prefiere terminar cuando antes, y hoy se siente valiente.

Mathilde, temblorosa, llora como una viuda, entre hipidos.

PELO DE ZANAHORIA

No temas. Conozco a mamá, solo la tiene tomada conmigo. Me las cargaré yo solo.

MATHILDE

Sí, pero tu mamá se lo contará a mi mamá, y mi mamá me pegará.

PELO DE ZANAHORIA

Te castigará. Lo llaman «castigo» como a los deberes de verano. ¿Te castiga, tu mamá?

MATHILDE

A veces, depende.

PELO DE ZANAHORIA

A mí siempre.

MATHILDE

¡Pero yo no he hecho nada!

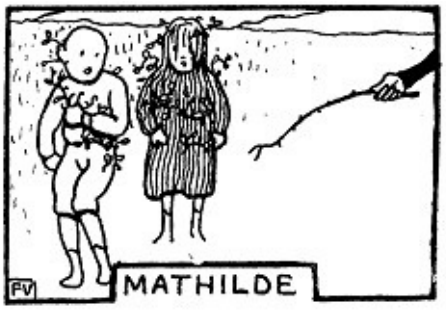
PELO DE ZANAHORIA

Eso da igual. ¡Cuidado!

La señora Lepic se acerca. Ya los tiene a mano. Tiene tiempo. Enlentece el

avance. Está tan cerca que Ernestine, la hermana, por miedo a recibir algún golpe que no le corresponda, se detiene al borde del círculo donde se concentrará la acción. Pelo de Zanahoria se planta delante de «su mujer», que solloza con más fuerza. Las flores blancas de las clemátides silvestres se enredan unas con otras. La vara de la señora Lepic se levanta, presta al azote. Pelo de Zanahoria, pálido, con los brazos cruzados y la nuca entre los hombros levantados, los riñones ya calientes y las pantorrillas escociéndole por adelantado, tiene el orgullo de exclamar:

—¡Qué importa, si nos lo pasamos en grande!



La caja fuerte

Al día siguiente, cuando Pelo de Zanahoria se encuentra con Mathilde, esta la dice:

—Tu mamá ha ido a contárselo todo a mi mamá y he recibido una buena somanta. ¿Y tú?

PELO DE ZANAHORIA

¿Yo? No me acuerdo. Pero no te merecías una paliza, no hicimos nada malo.

MATHILDE

No, claro que no.

PELO DE ZANAHORIA

Te aseguro que cuando dije que me encantaría casarme contigo hablaba en serio.

MATHILDE

A mí también me encantaría casarme contigo.

PELO DE ZANAHORIA

Podría despreciarte porque tú eres pobre y yo soy rico; pero no temas; te quiero.

MATHILDE

¿Cómo eres de rico, Pelo de Zanahoria?

PELO DE ZANAHORIA

Mis padres tienen un millón, por lo menos.

MATHILDE

¿Cuánto es un millón?

PELO DE ZANAHORIA

Mucho. Los millonarios no pueden gastarse todo el dinero que tienen.

MATHILDE

Mis padres se lamentan a menudo de que apenas tienen dinero.

PELO DE ZANAHORIA

¡Oh! Los míos también. La gente se queja para que la compadezcan y para hacer felices a los envidiosos. Pero sé que somos ricos. Cada primero de mes, papá se queda un momento solo en su habitación. Oigo chirriar la cerradura de la caja fuerte; parece una rana cuando croa al atardecer. Papá pronuncia una palabra que nadie conoce, ni mamá, ni mi hermano, ni mi hermana, nadie, excepto él y yo, y la puerta de la caja fuerte se abre. Papá coge dinero del interior y lo deja encima de la mesa de la cocina. No dice nada, solo hace sonar las monedas para que mamá, atareada en el horno, las oiga. Papá sale. Mamá se vuelve y recoge deprisa el dinero. Todos los meses, lo mismo, y eso desde hace mucho tiempo, lo que demuestra que tiene más de un millón en la caja fuerte.

MATHILDE

¿Y pronuncia una palabra para abrirla? ¿Qué palabra?

PELO DE ZANAHORIA

No trates de adivinarla, perderías el tiempo. Cuando nos casemos, te la diré a condición de que me jures no repetirla nunca.

MATHILDE

Dímela ahora. Te prometo no repetirla nunca.

PELO DE ZANAHORIA

No, es un secreto entre mi padre y yo.

MATHILDE

No la sabes. Si la supieras, me la dirías.

PELO DE ZANAHORIA

Perdona, sí la sé.

MATHILDE

No la sabes. No la sabes. Seguro que no.

—Apostemos algo a que sí la sé —dice Pelo de Zanahoria, muy serio.

—¿Qué apostamos? —pregunta Mathilde, vacilante.

—Déjame que te toque donde yo quiera —dice Pelo de Zanahoria— y te diré la palabra.

Mathilde mira a Pelo de Zanahoria. No acaba de comprender sus palabras. Entorna sus ojillos grises de pillina; ahora tiene dos motivos de curiosidad en lugar de uno.

—Primero di la palabra, Pelo de Zanahoria.

PELO DE ZANAHORIA

¿Me juras que después dejarás que te toque donde quiera?

MATHILDE

Mamá me prohíbe jurar.

PELO DE ZANAHORIA

Te quedarás sin saber la palabra.

MATHILDE

Me importa un comino tu palabra. La he adivinado, la he adivinado.

Pelo de Zanahoria, impaciente, se precipita.

—Escucha, Mathilde, tú no has adivinado nada de nada, pero me conformo con tu palabra de honor. Lo que papá dice antes de abrir la caja fuerte es «Lustucru». Ahora puedo tocarte donde quiera.

—¡Lustucru! ¡Lustucru! —dice Mathilde, que retrocede, con el placer de conocer

un secreto y el recelo de que no tenga ningún valor—. ¿No te burlas de mí, verdad?

A continuación, cuando Pelo de Zanahoria avanza, decidido, con la mano extendida, ella se da a la fuga. Y Pelo de Zanahoria oye su risotada.

Mathilde ha desaparecido. Pelo de Zanahoria oye reír burlonamente a alguien detrás de él.

Se vuelve. Por el ventanuco de una cuadra, un criado del castillo asoma la cabeza y enseña los dientes.

—Te he visto, Pelo de Zanahoria —exclama—. Se lo contaré todo a tu madre.

PELO DE ZANAHORIA

Era un juego, Pierre. Quería pillar a la pequeña. Lustucru es un nombre falso que me he inventado. El de verdad no lo sé.

PIERRE

Cálmate, Pelo de Zanahoria, me río de Lustucru, y no es eso precisamente lo que le contaré a tu madre. Le contaré lo otro.

PELO DE ZANAHORIA

¿Lo otro?

PIERRE

Sí, lo otro. Te he visto, te he visto, Pelo de Zanahoria. Reconoces que te he visto, ¿no? ¡Ah, empiezas pronto! ¡Pero esta noche te tirarán de las orejas!

Pelo de Zanahoria no atina a replicar. Con el rostro tan enrojecido que el color de sus cabellos parece apagarse, se aleja con las manos en los bolsillos, resoplando y encogido como un sapito saltarín.

Los renacuajos

Pelo de Zanahoria juega solo en el patio, en medio del patio, para que la señora Lepic pueda vigilarlo a través de la ventana, y se aplica en jugar como es debido cuando aparece su amigo Rémy. Es un muchacho de su misma edad, que cojea y siempre quiere correr, de manera que su pierna izquierda, la enferma, se arrastra en pos de la otra sin nunca alcanzarla. Lleva una cesta y dice:

—¿Vienes, Pelo de Zanahoria? Papá va a meter el cáñamo en el río. Lo ayudaremos y pescaremos renacuajos con las cestas.

—Pregúntaselo a mamá —dice Pelo de Zanahoria.

RÉMY

¿Por qué yo?

PELO DE ZANAHORIA

Porque a mí no me dará permiso.

Justo en ese momento, la señora Lepic asoma a la ventana.

—Señora —dice Rémy—, por favor, ¿me permite que me lleve a Pelo de Zanahoria conmigo a pescar renacuajos?

La señora Lepic pega el oído al cristal. Rémy repite sus palabras a gritos. La señora Lepic lo ha oído y comprendido perfectamente. Se ve cómo mueve los labios. Los dos amigos no oyen nada y se miran, indecisos. Pero la señora Lepic mueve la cabeza con un evidente gesto de negación.

—No quiere —dice Pelo de Zanahoria—. Seguramente me necesitará para algo.

RÉMY

¡Vaya! Nos hubiéramos divertido de lo lindo. No quiere, no quiere…

PELO DE ZANAHORIA

Quédate. Podemos jugar aquí.

RÉMY

¡Oh, no! Prefiero pescar renacuajos. Hace buen tiempo. Pescaré renacuajos hasta llenar varias cestas.

PELO DE ZANAHORIA

Espera un poco. Mamá siempre dice que no al principio. Después, a veces, se echa para atrás.

RÉMY

Esperaré un cuartito de hora, más o menos.

Plantados ambos de pie con las manos en los bolsillos, observan con disimulo la escalera y Pelo de Zanahoria enseguida da un codazo a Rémy.

—¿Qué te decía?

En efecto, la puerta se abre y la señora Lepic, llevando una cesta en la mano para Pelo de Zanahoria, desciende un escalón. Sin embargo, se detiene, desafiante

—¡Vaya, aún estás aquí, Rémy! Creía que te habías ido. Le diré a tu papá que andas por ahí sin hacer nada. Te reñirá.

RÉMY

Señora, Pelo de Zanahoria me ha pedido que esperara.

SEÑORA LEPIC

¿Es cierto, Pelo de Zanahoria?

Pelo de Zanahoria no dice ni sí ni no. No sabe qué decir. Conoce a la señora Lepic al dedillo; había adivinado lo que haría. Sin embargo, dado que el imbécil de Rémy ha liado las cosas y lo ha estropeado todo, Pelo de Zanahoria pierde interés por el final de la historia. Aplasta la hierba con el pie y mira hacia otra parte.

—De todos modos —dice la señora Lepic—, creo que no tengo la costumbre de retractarme.

No añade más.

Vuelve a subir el escalón. Entra en la casa con la cesta que debía llevarse Pelo de Zanahoria para pescar renacuajos y que ella había vaciado de nueces para dársela a su hijo.

Rémy ya está lejos.

La señora Lepic casi nunca bromea y los hijos de las demás gentes del pueblo se le acercan con recelo y la temen casi tanto como al maestro de la escuela.

Rémy corre hacia el río. Galopa tan deprisa que su pie izquierdo, siempre rezagado, deja una raya en el polvo del camino, baila y suena como una cacerola.

Pelo de Zanahoria da el día por perdido y ya no intenta divertirse con nada.

Le ha fallado la pesca de renacuajos.

Se acerca la hora de los pesares.

Los espera.

Solitario, indefenso, deja que el aburrimiento llegue a por él y que la penitencia se aplique por sí misma.

Efecto teatral

Escena I

SEÑORA LEPIC

¿Adónde vas?

PELO DE ZANAHORIA

(*Se ha puesto su corbata negra y escupido los zapatos hasta anegarlos en saliva*). Voy a pasear con papá.

SEÑORA LEPIC

Te lo prohíbo, ¿entendido? Si… (*Su mano derecha retrocede como para tomar impulso*).

PELO DE ZANAHORIA

(*En voz baja*).

Entendido.

Escena II

PELO DE ZANAHORIA

(*Meditando cerca del reloj*).

¿Qué quiero? Evitar tortazos. Papá me da menos que mamá. Lo he calculado. ¡Peor para él!

Escena III

SEÑOR LEPIC

(Quiere a Pelo de Zanahoria, pero nunca se ocupa de él, siempre corriendo de un lado a otro, atareado en sus quehaceres).

¡Vamos! ¡Andando!

PELO DE ZANAHORIA

No, papá.

SEÑOR LEPIC

¿Cómo que no? ¿No quieres venir conmigo?

PELO DE ZANAHORIA

¡Oh, sí! Pero no puedo.

SEÑOR LEPIC

Explícate. ¿Qué pasa?

PELO DE ZANAHORIA

Nada, pero me quedo.

SEÑOR LEPIC

¡Ah, vaya! Otro de tus caprichos. ¡Qué tonto eres! No se sabe por dónde cogerte. Ora quieres, ora no quieres. Quédate, quédate y lloriquea a gusto.

Escena IV

SEÑORA LEPIC

(*Siempre tiene buen cuidado de escuchar detrás de las puertas para oír mejor*).

¡Pobrecito! (*Mimosa, le pasa la mano por los cabellos y tira de ellos*). Está llorando porque su padre… (*mira de reojo al señor Lepic*) quiere llevárselo contra su voluntad. Tu madre no te atormentaría sometiéndote a esa clase de crueldad. (*Los señores Lepic, padre y madre, se dan la espalda*).

Escena V

PELO DE ZANAHORIA

(*Al fondo de un armario. En la boca, dos dedos; en la nariz, solo uno*).

No todo el mundo puede ser huérfano.

De caza

El señor Lepic lleva a sus hijos de caza por turnos. Caminan detrás de él, un poco hacia la derecha, debido a la inclinación de la escopeta, y llevan el morral. El señor Lepic es un andarín infatigable. Pelo de Zanahoria se enterca apasionadamente en seguirle sin quejarse. Los zapatos le hacen daño, pero no dice nada; los dedos de los pies se le retuercen, se le hinchan por la punta, de modo que cobran forma de martillos.

Si el señor Lepic mata una liebre al dar comienzo la caza, dice:

—¿Quieres que la dejemos en la primera granja que encontremos o prefieres que la escondamos en un seto y la recojamos por la tarde?

—No, papá —responde Pelo de Zanahoria—, prefiero llevarla con nosotros.

A veces carga durante todo el día con dos liebres y cinco perdices. Desliza la mano o su pañuelo por debajo de la correa del morral, para alivio del hombro, ya dolorido. Si se encuentran con alguien, le muestra la espalda con afectación, y por un momento se olvida de la carga.

Pero se cansa, sobre todo cuando no matan ningún animal y la vanidad deja de sostenerle.

—Espérame aquí —dice a veces el señor Lepic—. Voy a dar una batida por este sembrado.

Pelo de Zanahoria, impaciente, se queda de pie bajo el sol. Ve cómo su padre recorre el campo surco a surco, terrón a terrón, ve cómo lo pisotea, lo nivela como con un rastrillo, golpea los setos, las zarzas y los cardos con la escopeta, mientras el mismísimo Pyrame, que ya no puede más, busca la sombra, se recuesta y jadea, con la lengua fuera.

No hay nada allí, piensa Pelo de Zanahoria. Sí, golpea, destroza ortigas y forraje. Si yo fuera liebre, agazapada en una zanja, oculta bajo unas hojas, ¡a buena hora me movería, con este calor!

Y en voz baja maldice al señor Lepic y le dedica insultos menores.

El señor Lepic salta otro portillo para hurgar en el campo de alfalfa contiguo, donde le sorprendería mucho no dar con alguna liebre.

—Me ha dicho que lo espere —murmura Pelo de Zanahoria—. Ahora tendré que ir corriendo junto a él. El día que mal empieza, mal acaba. Trota y suda, papá, desriñona al perro, agótame a mí, lo mismo daría que nos sentáramos; esta noche, volveremos a casa con el morral vacío.

Y es que Pelo de Zanahoria es ingenuamente supersticioso.

(*Cada vez que se toca el borde la gorra*). Pyrame se detiene, con el pelo erizado y la cola tiesa. El señor Lepic, de puntillas, se acerca cuanto puede, con la culata en el hombro. Pelo de Zanahoria permanece inmóvil, y un primer acceso de emoción se apodera de él.

(*Se quita la gorra*).

Vuelan perdices o salta una liebre. Y según Pelo de Zanahoria deje caer la gorra o simule un saludo, el señor Lepic yerra o acierta el tiro.

Pelo de Zanahoria reconoce que ese método no es infalible. El gesto repetido con demasiada frecuencia deja de producir efecto, como si la suerte se cansara de responder a las mismas señales. Pelo de Zanahoria las espacia discretamente, y con esa condición el método casi siempre funciona.

—¿Has visto el tiro? —pregunta el señor Lepic, que sopesa una liebre aún caliente, cuyo rubio vientre aprieta para inducirle a hacer sus últimas necesidades—. ¿Por qué te ríes?

—Porque la has matado gracias a mí —responde Pelo de Zanahoria.

Orgulloso de ese nuevo éxito, expone su método con aplomo.

—¿Hablas en serio? —dice el señor Lepic.

PELO DE ZANAHORIA

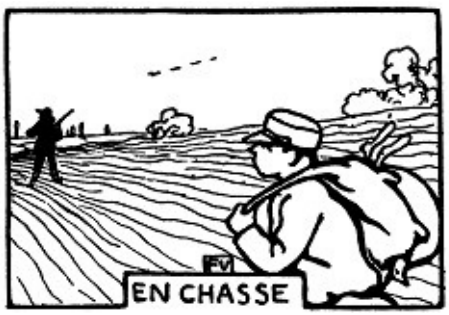
¡Dios mío! No pretendo afirmar que nunca me equivoco.

SEÑOR LEPIC

Vale más que te calles, memo. Si quieres seguir gozando de tu reputación de chico listo, te aconsejo que no sueltes esas sandeces ante extraños. Se te reirían en las narices. A menos que, por casualidad, te estés burlando de tu padre.

PELO DE ZANAHORIA

Te juro que no, papá. Pero tienes razón, perdona; soy un bobo.



La mosca

La caza continúa y Pelo de Zanahoria, que encoge los hombros debido al remordimiento de tan tontorrón como se siente, acomoda el paso al de su padre con renovado ardor, se esfuerza en poner el pie izquierdo exactamente allí donde el señor Lepic ha puesto el suyo, y da grandes zancadas como si huyera de un ogro. Solo descansa para coger una mora, una pera y endrinas, con las que se llena la boca y que dejan los labios blancos y calman la sed. Además, en uno de los bolsillos del morral lleva la botella de aguardiente. Sorbo a sorbo, se lo bebe casi todo, pues el señor Lepic, embriagado por la caza, olvida pedírselo.

—¿Una gota, papá?

El viento solo trae un rumor de negación. Pelo de Zanahoria bebe la gota que ofrecía, vacía la botella y, con la cabeza dándole vueltas, parte en persecución de su padre. De repente se detiene, se introduce un dedo en la oreja, se la agita con fuerza, retira el dedo, simula escuchar y grita al señor Lepic:

—Papá, creo que tengo una mosca en la oreja.

SEÑOR LEPIC

Quítatela, hijo.

PELO DE ZANAHORIA

Se me ha metido muy adentro, no puedo tocarla. Oigo su zumbido.

SEÑOR LEPIC

Deja que se muera sola.

PELO DE ZANAHORIA

¿Y si cría ahí dentro? ¿Y si hace su nido en mi oído?

SEÑOR LEPIC

Intenta matarla con la punta de un pañuelo.

PELO DE ZANAHORIA

¿Y si vertiera en mi oído un poco de aguardiente para ahogarla? ¿Me das permiso?

—Vierte en tu oído lo que quieras —exclama el señor Lepic—. Pero date prisa.

Pelo de Zanahoria se aplica el gollete de la botella a la oreja y la vacía por segunda vez, por si al señor Lepic se le ocurriera pedir su parte.

Pelo de Zanahoria, alegre, enseguida echa a correr y exclama:

—Ya no oigo a la mosca, papá. Debe de haber muerto. Pero se lo ha bebido todo.

La primera becada

—Ponte aquí —dice el señor Lepic—. Es el mejor sitio. Yo me pasearé por el bosque con el perro; levantaremos las becadas y, cuando oigas «pit, pit», aguza el oído y abre bien los ojos; las becadas pasarán por encima de tu cabeza.

Pelo de Zanahoria sostiene la escopeta entre los brazos. Es la primera vez que va a disparar a una becada. Ya ha matado a una codorniz, desplumado a una perdiz y errado el tiro contra una liebre con la escopeta del señor Lepic.

Mató a la codorniz en el suelo, bajo las narices del perro al acecho. Al principio miraba, sin verla, aquella bolita redonda de color tierra.

«Retrocede —le indicó el señor Lepic—. Estás demasiado cerca».

Sin embargo, Pelo de Zanahoria, llevado por el instinto, avanzó otro paso, apuntó, descargó el arma a bocajarro y el disparo devolvió la bolita gris a la tierra. De su codorniz triturada, desaparecida, solo encontró algunas plumas y un pico ensangrentado.

No obstante, lo que consagra el renombre de un joven cazador es matar una becada, y esta tarde habrá de marcar la vida de Pelo de Zanahoria.

Como es sabido, el crepúsculo engaña. Los contornos difusos de los objetos se mueven. El vuelo de un mosquito turba tanto como la cercanía del trueno. Pelo de Zanahoria, nervioso, desearía que lo que está a punto de ocurrir hubiera ocurrido ya.

Los tordos, de regreso de los prados, pasan vertiginosamente entre las encinas. Los apunta para entrenar la vista. Con la manga frota el vaho que empaña el cañón de la escopeta. Por aquí y por allá trotan hojas secas.

Por fin dos becadas, cuyos largos picos les entorpecen el vuelo, se levantan, se persiguen enamoradas y giran por encima del bosque estremecido.

Tal como el señor Lepic ha afirmado, las becadas hacen «pit, pit», pero tan débilmente que Pelo de Zanahoria duda que se dirijan hacia donde él está. Sus ojos se mueven con vivacidad. Ve pasar dos sombras sobre su cabeza, y con la culata de la escopeta apoyada en el vientre dispara al azar, al aire.

Una becada cae, con el pico hacia delante, y el eco dispersa a los cuatro puntos cardinales del bosque la formidable detonación.

Pelo de Zanahoria recoge la becada, a la que se le ha roto un ala, la agita gloriosamente y aspira el olor de la pólvora.

Pyrame llega corriendo, delante del señor Lepic, que avanza ni más despacio ni más deprisa de lo normal en él.

No podrá creérselo, piensa Pelo de Zanahoria, dispuesto a recibir los elogios.

Sin embargo, el señor Lepic separa las ramas, aparece, y con voz serena dice a su hijo, todavía humeante:

—¿Cómo es que no les has dado a las dos?

El anzuelo

Pelo de Zanahoria está quitando las escamas de sus pescados: gobios, alburnos e incluso percas. Los rasca con un cuchillo, les abre el vientre y con el tacón de los zapatos revienta las dobles vesículas transparentes. Junta los desperdicios para el gato. Trabaja, se apresura, absorto, inclinado sobre el cubo blanco de espuma, y se esmera en no mojarse.

La señora Lepic va a echar un vistazo.

—Magnífico —dice—. Hoy nos has pescado una buena fritura. Cuando quieres, no eres nada torpe.

Le acaricia el cuello y los hombros, pero cuando retira la mano lanza gritos de dolor.

Tiene un anzuelo clavado en la punta del dedo.

Ernestine, la hermana, llega corriendo. Félix, el hermano mayor, la sigue, y pronto acude el propio señor Lepic.

—Déjanos ver —dicen.

Pero ella se aprieta el dedo en la falda, entre las rodillas, y el anzuelo se hunde más en la carne. Mientras Félix, el hermano mayor, y Ernestine, la hermana, la sostienen, el señor Lepic le coge el brazo, se lo levanta y todos pueden ver el dedo. El anzuelo lo ha atravesado.

El señor Lepic intenta quitárselo.

—¡Oh, no! ¡Así no! —dice la señora Lepic con voz aguda.

En efecto, el anzuelo no se mueve: por un lado, debido a su gancho; por el otro, debido a su anillo.

El señor Lepic se pone sus quevedos.

—¡Diablos! —dice—. ¡Hay que romper el anzuelo!

¡Romperlo! ¿Cómo? Al menor esfuerzo de su marido, que no tiene por dónde coger el anzuelo, la señora Lepic salta y aúlla. ¿Acaso le arrancan el corazón, la vida? Además, el anzuelo es de acero de buena calidad.

—Habrá que cortar la carne —dice el señor Lepic.

Se coloca bien los quevedos, saca la navaja y empieza a pasar su hoja mal afilada por el dedo, tan débilmente que no penetra en la carne. Aprieta, suda. Sale sangre.

—¡Ay, ay! —grita la señora Lepic, y el grupo familiar tiembla.

—¡Más deprisa, papá! —dice Ernestine.

—¡No seas tan pesada! —dice Félix, el hermano mayor, a su madre.

El señor Lepic pierde la paciencia. La navaja desgarra, corta al azar, y la señora Lepic, tras murmurar: «¡Carnicero! ¡Carnicero!», afortunadamente pierde el conocimiento.

El señor Lepic aprovecha el desmayo de su mujer. Blanco, enloquecido, hace una chapuza, hurga en la carne, y el dedo queda convertido en una herida sangrante de la que cae el anzuelo.

¡Uf!

Mientras, Pelo de Zanahoria no ha servido para nada. Al primer grito de su madre, ha echado a correr. Sentado en la escalera, con la cabeza entre las manos, piensa en su aventura. Seguramente, cuando lanzó lejos el hilo de la caña, el anzuelo se le quedó enganchado en la espalda.

—¡No me sorprende que no picaran! —dice.

Oye los quejidos de su madre, y al principio oírlos no le apena demasiado. ¿No gritará él a su vez dentro de unos instantes no menos fuerte que ella, tan fuerte como pueda, hasta quedarse afónico, para que se crea vengada y lo deje tranquilo?

Los vecinos, atraídos por los gritos, le preguntan:

—Pelo de Zanahoria, ¿qué ocurre?

No contesta; se tapa los oídos y su cabeza roja desaparece. Los vecinos se alinean al pie de la escalera y esperan noticias.

Por fin llega la señora Lepic. Está pálida como una parturienta y, orgullosa de haber corrido un gran peligro, avanza con el dedo por delante, el dedo vendado con esmero.

Triunfa por encima del dolor. Sonríe a los presentes, los tranquiliza con unas palabras y, dulcemente dice a Pelo de Zanahoria:

—Me has hecho daño, hijito. Pero no estoy enfadada contigo, no ha sido culpa tuya.

Nunca ha hablado en este tono a Pelo de Zanahoria. Sorprendido, levanta la cabeza. Ve el dedo de su madre, envuelto en trozos de tela blanca y cintas, limpio, grueso y cuadrado, como una muñeca de niña pobre. Sus ojos secos se llenan de lágrimas.

La señora Lepic se inclina. Él hace el gesto habitual de protegerse con el codo, pero, generosa, ella lo besa delante de todo el mundo.

Pelo de Zanahoria no entiende nada. Llora a mares.

—¡Te digo que ya ha pasado todo, que te perdono! ¿Tan malvada me crees?

Los sollozos de Pelo de Zanahoria se multiplican.

—¡Qué tontorrón! Cualquiera diría que lo están degollando —dice la señora Lepic a los vecinos, enternecidos por su bondad.

Les muestra el anzuelo, que examinan, llenos de curiosidad. Uno de ellos afirma que se trata de un anzuelo del número ocho. Poco a poco la señora Lepic recobra su facilidad de palabra y, locuaz, cuenta el drama al público.

—¡Ah!, si no lo quisiese tanto, en ese momento lo habría matado. ¡Cuánto daño puede hacer algo tan pequeño como este anzuelo! Creí que me llevaba directa al cielo.

Ernestine, la hermana, propone ir a enterrarlo lejos, al final del jardín, en un agujero, y pisotear después la tierra.

—¡Oh, no! —dice Félix, el hermano mayor—. Yo me lo quedo. ¡Caramba! ¡Un anzuelo con sangre de mamá seguro que funciona de maravilla! ¡La de peces que

picarán, gordos como vacas!

Y sacude a Pelo de Zanahoria, que, todavía estupefacto por haber escapado al castigo, sigue exagerando su arrepentimiento, emite gemidos broncos y lava con abundante agua las manchas de su fea cara, idónea para recibir tortas.

La moneda de plata

I

SEÑORA LEPIC

¿Has perdido algo, Pelo de Zanahoria?

PELO DE ZANAHORIA

No, mamá.

SEÑORA LEPIC

¿Por qué contestas que no enseguida, sin saberlo con seguridad? Primero mira en los bolsillos.

PELO DE ZANAHORIA

(*Vuelve del revés el forro de los bolsillos y los ve colgar como orejas de asno*).

¡Ah, sí, mamá! Devuélvemelo.

SEÑORA LEPIC

¿Devolverte qué? ¿Acaso has perdido algo? ¡Te lo he preguntado al tuntún y resulta que lo he adivinado! ¿Qué has perdido?

PELO DE ZANAHORIA

No lo sé.

SEÑORA LEPIC

¡Cuidado! Estás a punto de mentir. Ya divagas como un besugo aturdido. Contesta despacio. ¿Qué has perdido? ¿Tu peonza?

PELO DE ZANAHORIA

Exacto. Ya no me acordaba. Mi peonza, sí, mamá.

SEÑORA LEPIC

No, mamá. No es tu peonza. Te la confisqué la semana pasada.

PELO DE ZANAHORIA

Entonces se trata de mi cuchillo.

SEÑORA LEPIC

¿Qué cuchillo? ¿Quién te ha dado un cuchillo?

PELO DE ZANAHORIA

Nadie.

SEÑORA LEPIC

Hijo mío, esto es el cuento de nunca acabar. Cualquiera diría que trato de enloquecerte. Estamos solos. Te hago las preguntas con toda tranquilidad. Un hijo que quiere a su madre se lo confía todo. Apuesto cualquier cosa a que has perdido tu moneda de plata. No tengo pruebas, pero estoy segura de que la has perdido. No lo niegues. Se te mueve la nariz.

PELO DE ZANAHORIA

Mamá, esa moneda me pertenece. Mi padrino me la dio el domingo. Si la pierdo, peor para mí. Es lamentable, pero me consolaré. Además, no me importaba demasiado. Total, una moneda más o una moneda menos…

SEÑORA LEPIC

¡Vaya con el orador! Y yo aquí, escuchándote como una pobre imbécil. ¿Acaso no tienes en cuenta la pena de tu padrino, que tanto te mima y que se pondrá furioso?

PELO DE ZANAHORIA

Mamá, imaginemos que me he gastado la moneda a mi antojo. No iba a guardarla toda mi vida.

SEÑORA LEPIC

¡Basta, monito de feria! No debías perder la moneda ni malgastarla sin permiso. Ya no la tienes; reemplázala, encuéntrala, fabrícala, arréglatelas como puedas. Muévete y no discutas.

PELO DE ZANAHORIA

Sí, mamá.

SEÑORA LEPIC

Y te prohíbo decir «sí, mamá» y hacerte el original. Y ojo con canturrear, silbar entre dientes o maldecir como un carretero despreocupadamente. Conmigo no valen esos recursos.

II

Pelo de Zanahoria pasea a pasos cortos por los caminillos del jardín. Gime. Busca un ratito y resopla con frecuencia. Cuando nota que su madre lo observa, se queda quieto o se agacha y hurga en la hierba y la arena con la punta de los dedos. Cuando cree que la señora Lepic se ha esfumado, deja de buscar. Sigue caminando, para mantener las apariencias, olisqueando el aire.

¿Dónde diablos puede estar la moneda de plata? ¿Allá arriba, en lo alto del árbol, en un antiguo nido?

A veces gente despistada, que no busca nada, encuentra monedas de oro. Se ha

comprobado que esto sucede. Sin embargo, Pelo de Zanahoria se arrastraría por el suelo, se destrozaría las rodillas y las uñas, y no encontraría ni un alfiler.

Cansado de vagar, de esperar no sabe qué, Pelo de Zanahoria se rinde y decide volver a entrar en casa para calibrar el estado de ánimo de su madre. Quizá se tranquilice y, si la moneda sigue sin aparecer, renuncie a ella.

No ve a la señora Lepic. La llama tímidamente.

—¡Mamá, eh, mamá!

No responde. Acaba de salir y ha dejado abierto el cajón de su costurero. Entre lanas, agujas, carretes de hilo blanco, rojo o negro, Pelo de Zanahoria descubre algunas monedas de plata.

Parecen estar allí envejeciendo. Parecen dormir en el costurero, despertándose alguna que otra vez, empujadas de un lado a otro, mezcladas entre sí y sin ser contadas.

Pueden ser tres lo mismo que cuatro u ocho. Resultaría complicado contarlas. Sería necesario vaciar el cajón, sacudir los ovillos. ¿Y cómo demostrarlo?

Con esa presencia de ánimo que solo lo abandona en las ocasiones importantes, Pelo de Zanahoria, decidido, alarga el brazo, roba una moneda y echa a correr.

El miedo de ser descubierto le evita las dudas, los remordimientos y un peligroso regreso al costurero.

Camina derecho, demasiado lanzado para poder detenerse, recorre los caminillos del jardín, elige su sitio y «pierde» la moneda, la hunde en la tierra con un taconazo, se tumba boca abajo y, con la hierba cosquilleándole la nariz, se arrastra, describe círculos irregulares, como cuando uno da vueltas con los ojos vendados alrededor de un objeto escondido y quien dirige el juego inocente se golpea frenéticamente las pantorrillas y exclama: «¡Cuidado! ¡Caliente, caliente…!».

III

PELO DE ZANAHORIA

Mamá, mamá, ya la tengo.

SEÑORA LEPIC

Yo también.

PELO DE ZANAHORIA

¿Cómo? Aquí está.

SEÑORA LEPIC

Y aquí.

PELO DE ZANAHORIA

¡Vaya! Déjame verla.

SEÑORA LEPIC

Déjame verla tú.

PELO DE ZANAHORIA

(*Muestra su moneda. La señora Lepic muestra la suya. Pelo de Zanahoria las manosea, las compara y prepara la frase que debe decir*).

Qué curioso. ¿Dónde la has encontrado tú, mamá? Yo la he encontrado en este caminillo, al pie del peral. Habré pasado por encima de ella veinte veces sin verla. Brillaba. Al principio creía que era un trozo de papel o una violeta blanca. No me atrevía a cogerla. Debió de caérseme del bolsillo un día que daba tumbos por la hierba, haciendo el loco. Ven, mamá, fíjate dónde se escondía, la muy taimada; mira su madriguera. Puede vanagloriarse de haberme provocado mucha inquietud.

SEÑORA LEPIC

No digo que no. Yo la he encontrado en tu chaqueta, en la otra. Pese a mis consejos, sigues olvidándote de vaciar los bolsillos cuando te cambias de ropa. He querido darte una lección de orden. Te he dejado buscar la moneda para que aprendas. Habrá que creer que quien busca siempre encuentra, pues ahora tienes dos monedas de plata en lugar de una. Estás forrado de oro. Bien está lo que bien acaba, pero te advierto que el dinero no da la felicidad.

PELO DE ZANAHORIA

Así pues, ¿puedo ir a jugar, mamá?

SEÑORA LEPIC

Sí, claro. Diviértete, nunca te divertirás tanto como ahora. Llévate tus dos monedas.

PELO DE ZANAHORIA

¡Oh, mamá, con una me basta! Incluso te pido que la guardes tú hasta que la necesite. ¿Tendrás la amabilidad de hacerlo?

SEÑORA LEPIC

No, las cuentas claras y el chocolate espeso. Guárdate tus monedas. Las dos te pertenecen, la de tu padrino y la otra, la del peral, a menos que el propietario la reclame. ¿Quién será? Por más que me rompo la cabeza, no se me ocurre quién puede ser. Y tú, ¿piensas en alguien?

PELO DE ZANAHORIA

No, la verdad, y lo mismo me da. Mañana lo pensaré. Hasta luego, mamá, y gracias.

SEÑORA LEPIC

¡Espera! ¿Y si fuera el jardinero?

PELO DE ZANAHORIA

¿Quieres que vaya a preguntarlo ahora mismo?

SEÑORA LEPIC

Quédate aquí conmigo, hijito, y ayúdame. Reflexionemos. Tu padre, a sus años, no es sospechoso de negligencia. Tu hermana mete sus ahorros en su hucha. Tu hermano no tiene tiempo de perder dinero porque, en cuanto una moneda cae en sus manos, se le funde entre los dedos.

Pensándolo bien, quizá sea yo.

PELO DE ZANAHORIA

Me extrañaría mucho, mamá. Eres muy ordenada con tus cosas.

SEÑORA LEPIC

A veces las personas adultas se equivocan tanto como los niños. En fin, ya veremos. En cualquier caso, esa cuestión solo me concierne a mí. No hablemos más del asunto. No te preocupes; corre a jugar, cariño, pero no vayas demasiado lejos. Mientras, iré a echar un vistazo al cajón de mi costurero.

(*Pelo de Zanahoria, que ya se disponía a coger carrerilla, se vuelve, sigue con la mirada a su madre, que se aleja. Por fin, de repente, se le adelanta, se le planta delante y le ofrece una mejilla en silencio*).

SEÑORA LEPIC

(*Su mano derecha, levantada, anuncia lo peor*).

Te sabía mentiroso, pero no tanto. Ahora mientes el doble. Sigue así. Se empieza por robar un huevo. Después se roba un buey. Y luego se asesina a la madre.

(*Cae la primera bofetada*).



Las ideas personales

El señor Lepic; Félix, el hermano mayor; Ernestine, la hermana, y Pelo de Zanahoria pasan la velada junto a la chimenea, en la que arde un tronco con sus raíces, y las cuatro sillas se balancean sobre las patas delanteras. Conversan y Pelo de Zanahoria, mientras la señora Lepic no está presente, desarrolla sus ideas personales.

—En mi opinión —dice—, el parentesco en sí mismo no significa nada. Así, papá, tú bien sabes cómo te quiero, pero no te quiero porque seas mi padre, sino porque eres mi amigo. Ser mi padre no encierra mérito alguno por tu parte; pero considero tu amistad un alto favor que no me debes y que, sin embargo, me concedes generosamente.

—¡Vaya, vaya…! —dice el señor Lepic.

—¿Y yo? ¿Y yo? —preguntan Félix, el hermano mayor, y Ernestine, la hermana.

—Lo mismo —responde Pelo de Zanahoria—. Sois mi hermano y mi hermana por obra del azar. ¿Por qué debo dar gracias al azar? ¿Quién es el culpable de que los tres seamos Lepic? No podéis impedirlo. Es absurdo que os agradezca un parentesco involuntario. Lo que sí os agradezco es, a ti, hermano, tu protección, y a ti, hermana, tus eficaces cuidados.

—A tu servicio —dice Félix, el hermano mayor.

—¿De dónde sacará esas reflexiones? —pregunta Ernestine, la hermana.

—Conste que afirmo lo que he dicho de una manera general, sin personalizar —añade Pelo de Zanahoria—. Si mamá estuviera aquí, lo repetiría delante de ella.

—No lo repetirías dos veces —dice Félix, el hermano mayor.

—¿Qué hay de malo en lo que he dicho? —pregunta Pelo de Zanahoria—. Ojo con desvirtuar mis ideas. Lejos de carecer de corazón, os quiero más de lo que parece, pero este afecto, en lugar de ser banal, instintivo y rutinario, es producto de la voluntad, de la razón y de la lógica. Lógica, esa es la palabra que buscaba.

—¿Cuándo se te quitará la manía de utilizar palabras cuyo significado desconoces? —dice el señor Lepic, que se levanta para irse a la cama—. ¿Cuándo se te quitará la manía de querer, a tu edad, mostrarte superior a los demás? Si vuestro difunto abuelo me hubiera oído soltar la cuarta parte de tus pamplinas, de una patada y un buen cachete me habría demostrado que era su hijo y punto.

—Hay que hablar para pasar el rato —dice Pelo de Zanahoria, ya inquieto.

—Es mejor que te calles —dice el señor Lepic, con una vela en la mano.

Y desaparece. Félix, el hermano mayor, le sigue.

—Hasta luego, compañero —dice a Pelo de Zanahoria.

A continuación, Ernestine, la hermana, se levanta.

—Buenas noches, amigo —dice, muy seria.

Pelo de Zanahoria se queda solo, confuso.

Ayer el señor Lepic le aconsejó que aprendiera a reflexionar. «¿Quién es uno? —le decía—. Uno no existe. Todo el mundo es nadie. Tú sueltas lo que oyes. Intenta

pensar un poco por ti mismo. Expresa ideas personales, pese a que, para empezar, solo tengas una».

La primera que ha soltado ha sido mal acogida. Pelo de Zanahoria tapa el fuego del hogar, alinea las sillas contra la pared, se despide del reloj y se retira a su habitación, a la que da la escalera de la bodega y que llaman la habitación de la bodega. Es una habitación fresca y agradable en verano. En su interior, la caza se conserva bien durante una semana. En un plato, la última liebre cazada sangra por la nariz. Hay canastas llenas de grano para las gallinas y Pelo de Zanahoria nunca se cansa de removerlo con los brazos desnudos, que hunde hasta el codo.

Por lo general, los trajes de toda la familia colgados del perchero le impresionan. Parecen suicidas que acaban de colgarse tras haber tenido la precaución de dejar sus botines ordenadamente en el estante de arriba.

Sin embargo, esta noche Pelo de Zanahoria no siente miedo. No echa un vistazo debajo de la cama. No le asustan ni la luna ni las sombras; tampoco el pozo del jardín, que diríase construido allí adrede para quien quisiera arrojarse a él desde la ventana.

Tendría miedo si pensara en tener miedo, pero ya no lo piensa. En camisón, se olvida de caminar sobre los talones para sentir menos el frío de las baldosas rojas.

Y en la cama, con la mirada fija en las ampollas formadas por el yeso húmedo, sigue desarrollando sus ideas personales, así llamadas porque hay que guardárselas para uno mismo.

La tormenta de hojas

Hace ya tiempo que Pelo de Zanahoria, soñador, observa la hoja más alta del gran álamo.

Se ensimisma y aguarda a que se mueva.

Indiferente al árbol, la hoja parece vivir aparte, sola, sin tallo, libre.

Cada día se dora al primer y al último rayo de sol.

Después del mediodía, mantiene una inmovilidad de muerta, más mancha que hoja, y Pelo de Zanahoria pierde la paciencia, inquieto, cuando por fin hace una seña.

Debajo de ella, otra hoja cercana hace la misma seña.

Otras la repiten, la comunican a las hojas vecinas, que la transmiten rápidamente.

Es un signo de alarma: el borde de un casquete oscuro aparece en el horizonte.

¡El álamo tiembla! Intenta moverse, desplazar las pesadas capas de aire que le molestan.

Su angustia invade al haya, a una encina, a los castaños, y todos los árboles del jardín se transmiten la noticia, por gestos, de que en el cielo el casquete se agranda y envía por delante su borde delimitado y sombrío.

Primero agitan las ramas delgadas y hacen callar a los pájaros, al mirlo, que lanzaba una nota al azar, como un guisante crudo; a la tórtola, a la que hasta hace unos instantes Pelo de Zanahoria veía emitir a sacudidas los arrullos de su garganta pintada, y a la insoportable urraca con su cola de urraca.

A continuación ponen en movimiento sus grandes tentáculos para amedrentar al enemigo.

El casquete lívido prosigue su lenta invasión.

Va abovedando el cielo poco a poco. Hace retroceder a su azul, tapa los agujeros que permitirían el paso del aire, prepara el sofoco de Pelo de Zanahoria. A veces parece debilitarse bajo su propio peso y estar a punto de caer sobre el pueblo, pero se detiene en lo alto del campanario, por miedo a desgarrarse al chocar contra él.

Ahí está, tan cerca que, sin más provocación, comienza el pánico, se elevan los clamores.

Las confusas y enfurecidas masas de los árboles, en cuyo fondo Pelo de Zanahoria se imagina unos nidos repletos de ojos redondos y picos blancos, se mezclan. Las copas se inclinan y vuelven a erguirse como cabezas que despertaran de repente. Las hojas vuelan en bandadas, regresan enseguida, temerosas, sumisas, e intentan colgarse de nuevo a las ramas. Las de acacia, finas, suspiran; las del abedul desollado se lamentan; las del castaño silban, y las aristoloquias trepadoras chapotean persiguiéndose por el muro.

Más abajo, los manzanos achaparrados sacuden sus manzanas con sordos golpes contra el suelo.

Más abajo, los groselleros sangran gotas rojas, y las casias, gotas de tinta.

Y más abajo, las coles ebrias agitan sus orejas de asno y las cebollas chocan entre

sí rompiendo sus bolas hinchadas de semillas.

¿Por qué? ¿Qué les ocurre? ¿Qué significa eso? No truena. No graniza. Ni un relámpago, ni una gota de lluvia. Es la negrura tempestuosa del cielo, esta noche silenciosa en mitad del día, lo que les enloquece, lo que espanta a Pelo de Zanahoria.

Ahora el casquete se ha desplegado del todo bajo el sol escondido.

Se mueve, Pelo de Zanahoria lo sabe; se desliza y, hecho de nubes movedizas, huirá: volverá a verse el sol. Aunque techa el cielo entero, le oprime la cabeza, la frente. Pelo de Zanahoria cierra los ojos y el casquete le venda dolorosamente los párpados.

Se tapa los oídos con los dedos. Pero la tempestad penetra en él desde el exterior, con sus gritos y con su torbellino.

Recoge su corazón como un papel en medio de la calle.

Lo arruga, lo magulla, lo hace rodar por el suelo, lo reduce.

Y Pelo de Zanahoria ya solo posee una bolita de corazón.

La revolución

I

SEÑORA LEPIC

Pelo de Zanahoria, cariño, ¿serías tan mono de ir a por una libra de mantequilla al molino, por favor? Corre, date prisa. Te esperamos para sentarnos a la mesa.

PELO DE ZANAHORIA

No, mamá.

SEÑORA LEPIC

¿Por qué contestas «no, mamá»? Sí, te esperaremos.

PELO DE ZANAHORIA

No, mamá; no iré al molino.

SEÑORA LEPIC

¿Cómo? ¿Qué dices, que no irás al molino? ¿Quién te pregunta…? ¿Deliras?

PELO DE ZANAHORIA

No, mamá.

SEÑORA LEPIC

A ver, Pelo de Zanahoria, no te entiendo. Te ordeno que vayas ahora mismo a por una libra de mantequilla al molino.

PELO DE ZANAHORIA

Te he oído. No iré.

SEÑORA LEPIC

Entonces, ¿soy yo la que delira? ¿Qué pasa? Te niegas a obedecerme por primera vez en tu vida.

PELO DE ZANAHORIA

Sí, mamá.

SEÑORA LEPIC

Te niegas a obedecer a tu madre.

PELO DE ZANAHORIA

A mi madre; sí, mamá.

SEÑORA LEPIC

Me gustará verlo. ¿Vas corriendo a hacer lo que te he mandado?

PELO DE ZANAHORIA

No, mamá.

SEÑORA LEPIC

¿Quieres callar e ir corriendo a hacer lo que te he mandado?

PELO DE ZANAHORIA

Callaré, pero sin ir corriendo a hacer lo que me has mandado.

SEÑORA LEPIC

¿Quieres largarte de una vez con este plato?

II

Pelo de Zanahoria se calla, pero no se mueve.

—¡Esto es una revolución! —grita la señora Lepic en lo alto de la escalera, levantando los brazos.

En efecto, es la primera vez que Pelo de Zanahoria le ha dicho no. ¡Si ella le hubiera importunado…! ¡Si Pelo de Zanahoria hubiera estado jugando…! Pero estaba sentado en el suelo, mano sobre mano, con la nariz al viento y los ojos cerrados para mantenerlos calientes. Y ahora la enfrenta con la mirada, con la cabeza alta. La señora Lepic no comprende nada. Llama a todo el mundo, como pidiendo auxilio.

—¡Ernestine, Félix, hay novedades! Venid a ver. Venid con vuestro padre, y también con Agathe. Nadie estará de más.

Incluso los pocos transeúntes que pasan por la calle pueden detenerse a ver qué ocurre.

Pelo de Zanahoria permanece en medio del patio, a distancia, sorprendido por afianzarse ante el peligro, y más asombrado aún por el hecho de que la señora Lepic se olvide de pegarle. La situación es tan grave que ella pierde sus recursos. Renuncia a sus gestos habituales de intimidación, a la mirada penetrante y ardiente, como al rojo vivo. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, los labios se le despegan debido a la presión de una rabia interior que se le escapa de lo más profundo de sí misma con un silbido.

—Amigos —dice—, he pedido amablemente a Pelo de Zanahoria que me hiciera un favor, que fuera paseando hasta el molino. Adivinad qué me ha contestado. Preguntádselo, no vaya a ser que creáis que me lo invento.

Todos lo adivinan y su actitud ahorra a Pelo de Zanahoria tener que repetirlo.

La tierna Ernestine se acerca y le susurra al oído:

—Cuidado, la desgracia caerá sobre ti. Obedece, escucha a tu hermana, que te quiere.

Félix, el hermano mayor, cree estar asistiendo a un espectáculo. No cedería su lugar a nadie. No piensa que si Pelo de Zanahoria escurre el bulto de ahora en adelante parte de sus encargos le tocarán a él, al hermano mayor. Más bien le anima. Ayer lo despreciaba, lo trataba de gallina. Hoy lo contempla de igual a igual y le tiene en consideración. Da brincos y se divierte mucho.

—Ya que esto es el fin del mundo al revés —dice la señora Lepic, anonadada—, tiro la toalla. Me retiro. Que otro tome la palabra y se encargue de domar a la fiera. Dejo al hijo con el padre. Que se las compongan.

—Papá —dice Pelo de Zanahoria, en plena crisis y con voz estrangulada, pues aún no está acostumbrado a su papel—, si me exiges que vaya a por la libra de mantequilla al molino, iré por ti, solo por ti. Me niego a ir por mi madre.

Tal preferencia por parte de Pelo de Zanahoria parece enojar, más que halagar, al señor Lepic. Le incordia tener que ejercer su autoridad así, porque los espectadores le inciten a ponerla en práctica, y por una libra de mantequilla.

Confuso, da unos pasos en la hierba, se encoge de hombros, se vuelve de espaldas y entra en la casa.

De momento, el asunto queda así.



La última palabra

Por la noche después de la cena, a la que la señora Lepic, enferma y en cama, no ha asistido y en la que todos permanecen callados, no solo por costumbre, sino por lo embarazoso de la situación, el señor Lepic anuda su servilleta, la arroja encima de la mesa y dice:

—¿Nadie viene a pasear conmigo por la carretera vieja?

Pelo de Zanahoria comprende que el señor Lepic ha elegido esta manera de invitarle. Se levanta también, lleva la silla junto a la pared, como siempre, y sigue dócilmente a su padre.

Al principio caminan en silencio. La pregunta inevitable no surge enseguida. Pelo de Zanahoria trata de adivinarla y de contestarla para sí. Está preparado. Muy agitado emocionalmente, no se arrepiente de nada. Hoy ha experimentado tal emoción que no teme enfrentarse a otra más intensa. E incluso la voz del señor Lepic, que se decide a hablar, lo tranquiliza.

SEÑOR LEPIC

¿A qué esperas para explicarme tu comportamiento de hoy, que tanto ha apenado a tu madre?

PELO DE ZANAHORIA

Querido papá, he dudado durante mucho tiempo, pero hay que terminar con esto. Lo confieso: ya no quiero a mamá.

SEÑOR LEPIC

¡Ah, vaya! ¿Por qué? ¿Desde cuándo?

PELO DE ZANAHORIA

Por todo. Desde que la conozco.

SEÑOR LEPIC

¡Oh, qué desgracia, hijo! Al menos cuéntame qué te ha hecho.

PELO DE ZANAHORIA

Sería largo. Pero ¿no te has dado cuenta de nada?

SEÑOR LEPIC

Sí. He notado que ponías cara larga con frecuencia.

PELO DE ZANAHORIA

Me saca de quicio que digan que pongo cara larga. Naturalmente, Pelo de Zanahoria no puede guardar rencor de verdad. Pone cara larga. Dejadle. Cuando se le pase, abandonará su rincón, tranquilo y contento. Sobre todo, que no parezca que os preocupáis por él. No tiene importancia.

Te pido perdón, papá; solo es importante para los padres y los extraños. A veces

pongo cara larga, lo confieso, y lo hago adrede; pero a veces también rabio intensamente, con todo mi corazón, y no olvido la ofensa recibida.

SEÑOR LEPIC

Olvidarás esas pullas, claro que sí.

PELO DE ZANAHORIA

No, no. Tú no lo sabes todo, tú estás poco en casa.

SEÑOR LEPIC

Estoy obligado a viajar.

PELO DE ZANAHORIA (*con suficiencia*).

Los negocios son los negocios, papá. Las preocupaciones te absorben y, debo decirlo, mientras tanto mamá solo tiene un perro que azotar: yo. Me guardaré bien de echarte la culpa. Seguro que si te viniera con chivatazos, me protegerías. Ya que me lo pides, poco a poco te pondré al corriente de lo pasado. Verás si exagero y si tengo memoria. Pero te ruego que me aconsejes, papá.

Me gustaría separarme de mi madre.

En tu opinión, ¿cuál sería la manera más fácil de hacerlo?

SEÑOR LEPIC

Solo la ves dos veces al año, en vacaciones.

PELO DE ZANAHORIA

Deberías darme permiso para pasarlas en el colegio. Adelantaría en mis estudios.

SEÑOR LEPIC

Es un trato de favor reservado a los alumnos pobres. La gente creería que te he abandonado. Además, solo piensas en ti. En lo que a mí respecta, te echaría de menos.

PELO DE ZANAHORIA

Irías a visitarme, papá.

SEÑOR LEPIC

Los viajes de placer cuestan dinero, Pelo de Zanahoria.

PELO DE ZANAHORIA

Podrías aprovechar tus viajes de trabajo. Darías un pequeño rodeo.

SEÑOR LEPIC

No. Hasta ahora te he tratado como a tu hermano y a tu hermana, procurando no favorecer a nadie. Así seguiré haciéndolo.

PELO DE ZANAHORIA

En tal caso, olvidémonos de mis estudios. Sácame del colegio con el pretexto de que he robado dinero y elegiré un oficio.

SEÑOR LEPIC

¿Qué? ¿Quieres que te coloque de aprendiz con un zapatero, por ejemplo?

PELO DE ZANAHORIA

En una zapatería o en otro sitio. Me ganaré la vida y seré libre.

SEÑOR LEPIC

Demasiado tarde, hijo mío. ¿Crees que me he impuesto tantos sacrificios a fin de darte una buena educación para que acabes clavando suelas de zapato?

PELO DE ZANAHORIA

Papá, ¿y si te dijera que he intentado matarme?

SEÑOR LEPIC

¡Exageras, Pelo de Zanahoria!

PELO DE ZANAHORIA

Te juro que ayer mismo tenía ganas de colgarme.

SEÑOR LEPIC

Pero aquí estás, así que no tendrías tantas ganas. Ante el recuerdo de tu fallido suicidio, levantas la cabeza orgullosamente. Crees que la muerte solo te ha tentado a ti. El egoísmo te perderá, Pelo de Zanahoria. Barres para adentro. Te crees que estás solo en el universo.

PELO DE ZANAHORIA

Papá, mi hermano es feliz, mi hermana es feliz, y si, como dices, mamá no disfruta fastidiándome, me doy por vencido. En fin, tú mandas y te temen, incluso mi madre. Ella no puede contra tu dicha. Lo que demuestra que en la especie humana hay seres felices.

SEÑOR LEPIC

Piensas con los pies. ¿Ves claro en el fondo de los corazones? ¿Eres ya capaz de comprenderlo todo?

PELO DE ZANAHORIA

Todo lo que se refiere a mí, sí, papá; al menos lo intento.

SEÑOR LEPIC

Entonces, hijo mío, renuncia a la felicidad. Te advierto que nunca serás más feliz que ahora. ¡Nunca, nunca!

PELO DE ZANAHORIA

¡Vaya futuro!

SEÑOR LEPIC

Resígnate, blíndate, hasta que una vez que seas mayor y dueño de ti mismo puedas emanciparte, renegar de nosotros y cambiar de familia, ya que no de carácter

y de humor. Hasta entonces, intenta superarte, ahoga tu sensibilidad y observa a los demás, incluso a los que viven cerca de ti. Te divertirás, te garantizo sorpresas que te consolarán.

PELO DE ZANAHORIA

Seguro que los demás cargan también con sus penas, pero los compadeceré mañana. Hoy reclamo la justicia por mi cuenta. ¿Qué suerte no sería preferible a la mía? Tengo una madre. Esta madre no me quiere y yo no la quiero.

—¿Y yo?, ¿crees que yo la quiero? —dice bruscamente el señor Lepic, nervioso.

Al oír tales palabras, Pelo de Zanahoria levanta la mirada hacia su padre. Contempla su rostro duro, su barba densa, en la que la boca se oculta, como avergonzada por haber hablado demasiado, su frente arrugada, sus patas de gallo y sus párpados caídos, que le prestan un aspecto somnoliento.

Pelo de Zanahoria guarda silencio durante un instante. Teme que su secreta alegría y esa mano que ha cogido y retiene casi a la fuerza se desvanezcan.

Después aprieta el puño, amenaza al pueblo adormilado allá abajo, en las tinieblas, y con mucho énfasis exclama:

—¡Mala mujer! ¿Qué más quieres? ¡Te detesto!

—Cállate —dice el señor Lepic—. Al fin y al cabo, es tu madre.

—¡Oh! —dice Pelo de Zanahoria, de nuevo ingenuo y prudente—. No lo digo por el hecho de que sea mi madre.



El álbum de Pelo de Zanahoria

I

Si un extraño hojea el álbum de fotografías de los Lepic, seguro que se sorprende. Ve a Ernestine, la hermana, y a Félix, el hermano mayor, bajo diversos aspectos: de pie, sentados, bien vestidos o a medio vestir, alegres o enfurruñados, en medio de ricos decorados.

—¿Y Pelo de Zanahoria?

—Tenía fotos de cuando era muy pequeño —responde la señora Lepic—, pero era tan guapo que me las arrancaban y no conseguí guardar ni una.

La verdad es que a Pelo de Zanahoria nunca le hicieron fotos.

II

Todo el mundo le llama Pelo de Zanahoria, un nombre tan incuestionable que la familia, cuando se ve obligada a recordar su nombre de pila, duda.

—¿Por qué le llaman Pelo de Zanahoria? ¿Debido a sus cabellos amarillos?

—Su alma es aún más amarilla —dice la señora Lepic.

III

Otras señas particulares:

El rostro de Pelo de Zanahoria no añade nada a favor suyo.

Pelo de Zanahoria tiene la nariz hundida como una madriguera de topos.

Pelo de Zanahoria siempre, aunque se las quiten, lleva cortezas de pan en las orejas.

Pelo de Zanahoria chupa la nieve y deja que se le deshaga en la lengua.

Pelo de Zanahoria se golpea los tobillos al andar y camina tan mal que parece un jorobado.

El cuello de Pelo de Zanahoria se tiñe de una mugre azul como si llevara un collar.

En fin, Pelo de Zanahoria tiene un olfato muy curioso y huele mal.

IV

Es el primero en levantarse, a la misma hora que la criada. En las mañanas de invierno salta de la cama antes del alba y mira la hora con las manos, palpando las agujas del reloj con la punta de los dedos.

Cuando el café y el chocolate están servidos, come un trozo de cualquier cosa, de pie, deprisa y corriendo.

V

Cuando le presentan a alguien, vuelve la cabeza, tiende la mano por detrás, pone cara de fastidio, dobla las piernas y araña la pared.

Y si le preguntan:

—¿Me das un beso, Pelo de Zanahoria?

Responde:

—¡Oh, no vale la pena!

VI

SEÑORA LEPIC

Cuando te hablen, contesta, Pelo de Zanahoria.

PELO DE ZANAHORIA

Bí, baba.

SEÑORA LEPIC

Creo que ya te he dicho que los niños nunca deben hablar con la boca llena.

VII

No puede evitar meterse las manos en los bolsillos. Y por muy deprisa que las saque al ver llegar a la señora Lepic, siempre es demasiado tarde. Un día la señora Lepic acabará por cosérselos, con las manos dentro.

VIII

—Te hagan lo que te hagan —le dice amigablemente su padrino—, no debes mentir. Es un defecto ruin y, además, es inútil: siempre acaba por saberse todo.

—Sí —responde Pelo de Zanahoria—, pero se gana tiempo.

IX

Félix, el hermano mayor, perezoso, acaba de terminar penosamente sus estudios.

Se estira y suspira a sus anchas.

—¿Cuáles son tus aficiones? —le pregunta el señor Lepic—. Estás en edad de decidir tu futuro. ¿Qué quieres hacer?

—¿Cómo? ¿Más? —dice Félix, el hermano mayor.

X

Juegan a los inocentes.

La señorita Berthe está en el banquillo.

—Porque tiene los ojos azules —dice Pelo de Zanahoria.

Exclaman:

—¡Qué bonito! ¡Qué poeta más galante!

—¡Oh! —dice Pelo de Zanahoria—. No se los he visto. He dicho esto como hubiera podido decir otra cosa. Se trata de una fórmula convencional, una figura retórica.

XI

En las batallas de bolas de nieve, Pelo de Zanahoria forma un bando él solo. Es temible, y su reputación se extiende vastamente porque introduce piedras en las bolas.

Apunta a la cabeza: es más corto.

Cuando hiela y otros se deslizan, organiza un deslizadero, aparte, a un lado del

hielo, en la hierba.

En el juego del salto de carnero, prefiere quedarse abajo de una vez por todas.

En el juego de policías y ladrones, se deja pillar siempre que los demás quieren, sin importarle su libertad.

En el juego del escondite, se esconde tan bien que se olvidan de él.

XII

Los chicos se miden.

A simple vista y fuera de concurso, Félix, el hermano mayor, sobrepasa una cabeza a los demás. Pero Pelo de Zanahoria y Ernestine, la hermana, aunque sea una chica, tienen que colocarse uno al lado de la otra. Mientras Ernestine, la hermana, se pone de puntillas, Pelo de Zanahoria, deseoso de no contrariar a nadie, recurre al engaño y se agacha ligeramente, para añadir nada, una miseria, al deseo de diferencia.

XIII

Pelo de Zanahoria da el siguiente consejo a Agathe, la criada:

—Si quieres llevarte bien con la señora Lepic, háblale mal de mí.

Hay un límite.

Así, la señora Lepic no soporta que nadie más que ella ataque a Pelo de Zanahoria.

Una vecina se permite amenazar a Pelo de Zanahoria y la señora Lepic acude corriendo, se enfada con ella y defiende a su hijo, que está radiante de gratitud.

—¡Y ahora nos veremos las caras tú y yo! —le dice.

XIV

—¡Mimar! ¿Qué significa? —pregunta Pelo de Zanahoria al pequeño Pierre, a quien su mamá mima mucho.

Y tras recibir una información más o menos exacta al respecto exclama:

—A mí lo que me gustaría es picotear patatas fritas de la bandeja con los dedos, y chupetear medio melocotón por la parte del hueso.

Reflexiona:

—Si la señora Lepic me devorara a caricias, empezaría por la nariz.

XV

A veces, cansados de jugar, Ernestine, la hermana, y Félix, el hermano mayor, le prestan sus juguetes a Pelo de Zanahoria, quien, tomando así una pequeña parte de la felicidad de cada uno, compone modestamente la suya.

Nunca parece divertirse demasiado, por temor a que se los reclamen.

XVI

PELO DE ZANAHORIA

Entonces, ¿no te parecen largas mis orejas?

MATHILDE

Me parecen graciosas. Préstamelas. Me gustaría llenarlas de arena para hacer pastas.

PELO DE ZANAHORIA

Si fuera mamá quien las pusiera al fuego, seguro que quedaban bien cocidas.

XVII

—¡Para de una vez! ¡Que no vuelva a oírte! Conque quieres más a tu padre que a mí, ¿eh? —dice una y otra vez la señora Lepic.

No me muevo, no hablo y te juro que os quiero igual a los dos, responde Pelo de Zanahoria para sus adentros.

XVIII

SEÑORA LEPIC

¿Qué haces, Pelo de Zanahoria?

PELO DE ZANAHORIA

No lo sé, mamá.

SEÑORA LEPIC

Eso quiere decir que haces alguna tontería. ¿Lo haces siempre adrede?

PELO DE ZANAHORIA

¡Sería el colmo!

XIX

Creyendo que su madre le sonríe, Pelo de Zanahoria, ufano, también le sonríe.

Sin embargo, la señora Lepic, que se sonríe únicamente a sí misma, con la mirada perdida, de repente pone cara de malos amigos.

Y Pelo de Zanahoria, turbado, no sabe dónde meterse.

XX

—Pelo de Zanahoria, ¿te importaría reírte como una persona bien educada, sin hacer ruido? —dice la señora Lepic.

—Cuando se llora, hay que saber por qué —dice.

Y también:

—Es un muro. Cuando le doy una bofetada, no suelta ni una lágrima.

XXI

Y también dice:

—Si hay una mancha en el aire, o una cagarruta en el camino, seguro que le van a él.

—Cuando tiene una idea en la cabeza, no la tiene en el culo.

—Es tan orgulloso que se suicidaría con tal de hacerse el interesante.

XXII

En efecto, Pelo de Zanahoria intenta suicidarse en un cubo de agua fresca, en cuyo interior mantiene heroicamente nariz y boca; de un trompazo, alguien le tira el cubo de agua sobre los zapatos y Pelo de Zanahoria vuelve a la vida.

XXIII

Unas veces, la señora Lepic dice de Pelo de Zanahoria:

—Es como yo, no tiene malicia, más bobo que malo y demasiado tontorrón para inventar la pólvora.

Otras veces se complace en reconocer que, si los cerdos no se lo comen, con el tiempo llegará a ser un joven rico y elegante.

XXIV

Si algún día, fantasea Pelo de Zanahoria, me regalan un caballo de madera como el de Félix, el hermano mayor, monto en él y me largo.

XXV

Fuera, Pelo de Zanahoria silba para demostrarse a sí mismo que todo le da lo mismo. Sin embargo, al ver a la señora Lepic, que le ha seguido, se le corta el silbido. Es tan doloroso como si le rompiera un silbato de juguete entre los dientes.

No obstante, hay que reconocer que, cuando tiene hipo solo con ver a la señora Lepic delante de él se le corta.

XXVI

Sirve de puente entre su padre y su madre. El señor Lepic dice:

—Pelo de Zanahoria, a esta camisa le falta un botón.

Pelo de Zanahoria le lleva la camisa a la señora Lepic, quien dice:

—¿Acaso necesito tus órdenes, payaso? —Aun así, coge su costurero y cose el

botón.

XXVII

—Si tu padre no estuviera —exclama la señora Lepic—, hace tiempo que me habrías asestado un golpe asesino; me hubieras hundido este cuchillo en el corazón y arrojado al pajar.

XXVIII

—Suénate la nariz —dice la señora Lepic a cada momento.

Pelo de Zanahoria se suena, incansable, con el borde del pañuelo. Y si no lo hace bien, rectifica.

Es verdad: cuando se resfría, la señora Lepic lo unta con sebo, lo embadurna hasta despertar los celos de Ernestine, la hermana, y de Félix, el hermano mayor. Pero añade esa frase, dedicada solo a él:

—Hace más bien que mal. Despeja el cerebro.

XXIX

El señor Lepic lo pincha desde esta mañana y, al final, a Pelo de Zanahoria se le escapa la siguiente barbaridad:

—¡Déjame tranquilo, imbécil!

De inmediato tiene la sensación de que el aire se ha helado en torno a él, y que tiene dos manantiales ardientes en los ojos.

Balbucea, dispuesto a que la tierra se lo trague a la menor señal.

Pero el señor Lepic lo mira, lo mira y vuelve a mirarlo, y no hace ninguna señal.

XXX

Ernestine, la hermana, se casará pronto. La señora Lepic permite que la joven

pasee con su novio, bajo la vigilancia de Pelo de Zanahoria.

—¡Ve delante —le dice— y brinca!

Pelo de Zanahoria pasa delante. Se esfuerza en brincar, hace de perro y, si afloja el paso, sin él quererlo, oye algún que otro beso furtivo.

Tose.

La situación lo enerva y, de repente, descubriéndose ante la cruz del pueblo, arroja su gorra al suelo, la aplasta con el pie y exclama:

—¡Nunca me amará nadie!

En aquel mismo instante la señora Lepic, que no es sorda, aparece detrás del muro, con una sonrisa en los labios, una sonrisa terrible.

Y Pelo de Zanahoria, exasperado, añade:

—Excepto mamá.



JULES RENARD (1864-1910) nació en Châlons-du-Maine y murió en París. En la capital francesa frecuentó la bohemia que reunía a talentos como Schwob, Gide, Claudel y Valéry. Se dedicó al periodismo, pero fue en la prosa narrativa, que publicó de forma fragmentaria en diarios y revistas, donde transcribió literariamente lo vivido: sus experiencias de infancia, la observación de ambientes naturales y humanos, la atmósfera de su época. Pronto se convirtió en uno de los escritores más leídos y respetados de su tiempo. Es el autor de dos libros clásicos de la literatura francesa: la novela *Pelo de Zanahoria* (1894) y las *Historias naturales* (1896). Al final de su vida se retiró a la campiña, donde produjo buena parte de su famoso *Diario*, admirado por escritores como Josep Pla o Paul Morand.